



Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Tradiciones coloniales

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Carlos Valenzuela Solís de Ovando

Tradiciones coloniales

La mano del muerto

Corría el año de 1667, cuando se produjo en Santiago un duelo galante que alteró la apacible vida de la ciudad turbada de vez en cuando por los desmanes del gobernador Meneses, que tan bien se había ganado el apodo de Barrabás.

La causa de la discordia fue, como casi siempre ocurre, una hermosa joven española cuya belleza traía transtornados a solteros y casados, atracción que le cerraba el paso a muchos de los estrados de las elegantes tertulias, única forma de defensa de las altivas matronas para sustraer a sus maridos de la posible tentación.

La niña en cuestión era doña Inés de Moncayo. Nacida en España, había contraído matrimonio a temprana edad por imposición paterna con un viejo y achacoso hidalgo, cuya provecta edad se compensaba con su bien provista bolsa. El oportuno fallecimiento del carcamal, que no alcanzó a gozar de sus encantos, la dejó en completa libertad, en estado de legítima viudez, y con los medios para mantenerse con relativa holgura. Pero como el matrimonio no había calmado sus inquietudes primaverales, fue buscando, casi sin darse cuenta, la compañía y el amor de muchos jóvenes que, además de dejarle el corazón vacío, le alivianaron también el arca, hasta quedar con lo necesario para pagarse el viaje al lejano reino de Chile, donde nadie conocía sus andanzas, y donde podría sostenerse por un par de años.

A poco de su llegada, doña Inés ya se había hecho de una reputación inmaculada de inconquistable viuda que, unida a su hermosura, gracia y donaire, la convirtieron en la más perseguida de las jóvenes capitalinas, con la consiguiente secuela de chismes y celos de las menos agraciadas.

Pero, en honor a la verdad, debemos reconocer que la prudencia y recato que la joven demostraba no era otra cosa que un plan muy bien madurado, para vengarse de los hombres que habían mermado su fortuna, volviendo a llenar la bolsa a su costa. Su más valioso capital era ella misma y había aprendido a desenvolverse con sutileza. Cuantiosos regalos y préstamos nunca devueltos, ante la expectativa de poder contar con sus mercedes, trocaron su virtud en un rico e inagotable filón.

La bella muchacha se había transformado en la comidilla de todas las consejas y pelambres de las mujeres de la ciudad, que enmudecían ante la presencia de sus maridos, hermanos o novios. Los hombres sólo hablaban maravillas de ella, y las puertas que las mujeres cerraban, eran abiertas generosamente por ellos, especialmente los más encopetados, que se disputaban el honor de contarla entre sus huéspedes, sobre todo cuando

se comentaba, sotto voce, que era la viuda de un cortesano de gran estima del Rey, y que la ninfa, por modestia, no quería confesarlo.

Es así como se tejen los mitos. Basta algo contado en susurro, y luego la renuencia a hablar del tema, en un lugar tan alejado de las fuentes de información, para que todos den por cierto algo que sólo está en el magín. Una dama de tal alcurnia, que, pese a su enorme beldad y garbo, permanece distante y no presta atención a los más empingorotados galanes que corren alborotados detrás de ella, se mantiene indudablemente en un alto sitio.

Pero la realidad era bien distinta. Doña Inesita otorgaba sus favores con tanta habilidad, que los propios interesados quedaban condenados a mantener la boca cerrada a riesgo de caer en el mayor de los ridículos. Sabido es que los hombres son más habladores que las mujeres, especialmente respecto a sus aventuras amorosas. ¡Muy inteligente debió ser la niña para tenerlos así encadenados!

Doña Inés de Moncayo había adquirido una casona en la ribera del Mapocho, cuya puerta principal se abría a la calle de Las Ramadas, y el portalón trasero del último patio, iba a dar a las orillas mismas del río. La maledicencia femenina hacía circular, en el corro de la crónica escandalosa, que hasta el propio presidente Meneses había sido su amante, antes de enamorarse perdidamente y casarse en secreto con doña Catalina Bravo de Saravia. Pero como todas las malicias e intrigas se estrellaban contra su angelical pureza, no pasaban de convertirse en murmullos, que más se tomaban por envidia de quienes hablaban, que por verídicos.

Fue transcurriendo el tiempo, y en la medida en que el arcón de doña Inés aumentaba su volumen, crecía el número de sus admiradores. Entre sus cortejantes figuraban dos jóvenes de gran reputación en la capital: don Matías Cerpa y don Luis de Bahamondes, que habían venido en el séquito del presidente Meneses.

El primero, oriundo de Granada, servía en las filas del Ejército y pertenecía a la guardia personal del gobernador. Era de contextura atlética, musculoso, de soberbia estampa y gran elocuencia, pero... de héticas faltriqueras. El segundo, Bahamondes, provenía de Valladolid y era de físico muy parecido a Cerpa, y aunque menos hercúleo, no le iba en zaga en la regia apostura.

Se habían hecho muy amigos desde España, y luego compartieron toda clase de aventuras galantes, de riñas y pendencias, en que siempre se cuidaron mutuamente las espaldas haciendo gala de sus habilidades de esgrimistas. Tenían una especie de cofradía o hermandad de hidalgos, para disfrutar de la vida y repartirse tanto pérdidas como ganancias.

Bahamondes se había convertido, gracias a su innata inteligencia para los negocios, en la mano derecha del presidente Meneses. Participaba en todos los turbios enredos y concusiones con que Barrabás enriquecía su hacienda, y manejaba, en forma secreta, los hilos de los escandalosos tráficos que aquél ejercía desembozadamente, por lo que había acumulado un ingente caudal, muy útil para pagar sus francachelas. Y así anduvieron largo tiempo hasta dar en las redes que la hermosa araña de las riberas del Mapocho les tendió.

Comenzaron a frecuentar su casa con aire alegre y conquistador, mas, al corto tiempo, empezaron a mirarse como enemigos. Ambos se habían enamorado de la coqueta y retrechera viudita, que pronto procedió a citarles por separado. La verdad es que la niña se fascinaba con los dos jóvenes y apolíneos pretendientes; pero su natural desconfiado y mercantil la hacía postergar una decisión, porque, ¿para qué escoger si podía solazarse con uno y otro, conteniendo sus requiebros con provocadoras sonrisas; y sus exigencias amorosas, con vagas promesas?

La vieja amistad se trizó. Los muchachos comprendieron que eran rivales, y aunque la pregunta no alcanzó a brotar de sus labios, se tuvieron desconfianza. Don Matías Cerpa aprovechaba cualquier momento que sus obligaciones le permitían, para rondar la casa de su amada. Bahamondes abandonaba sus especulaciones comerciales, en la trastienda del almacén que el gobernador tenía en la esquina de la Plaza de Armas, y volaba a golpear la puerta de la calle de Las Ramadas. Doña Inesita se las arreglaba para que nunca se encontraran, y con ambos retozaba, en plácida y excitante charla, bajo los limoneros de su jardín, a pesar de que los jóvenes se desvivían por llevarla más al interior, cerca de la alcoba y lejos de los ojos de las complacientes criadas. Pero la viudita se daba maña para que siempre hubiera una de ellas que, en el momento peligroso, se acercara a ofrecer una mistelita o un vaso de aloja de culén.

Pronto se convenció don Matías de que la niña era realmente pura, y que la única forma de conseguir sus favores era a través del matrimonio. Tanta negativa lo enfebrecía. No podía mirar sus profundos ojos negros sin enloquecer de pasión, creyendo descubrir en ellos infinitas promesas de placer. Tampoco podía escuchar su voz grave, ni contemplar su talle cimbreante, sin que despertaran sus instintos más violentos. El galán, que en cosas de amor sabía más que Lepe, Lepijo y su hijo, no encontraba manera de que Inesita rindiera la plaza.

Por su parte, a la viudita le pasaba lo mismo con sus dos pretendientes. Había instruido a las criadas que la servían, de que se mantuvieran al acecho y a la escucha, como una forma de protección en contra de ella misma, para que, en cuanto vieran que el fuego se estaba avivando, aparecieran en forma inocente y solícita con cualquier pretexto. La astuta joven comprendía que no podía perder la cabeza ni dejarse llevar por sus impulsos, antes de sacar el mejor partido de la situación.

Buscando una forma de tomar una decisión y, al mismo tiempo, de acrecentar su peculio, discurrió pedir a ambos, separadamente, un alto préstamo sobre una cuantiosa y supuesta herencia que había de llegarle de su extinto marido. Don Luis de Bahamondes respondió alegremente:

-¿Y por tan poco os preocupáis, tontuela? Esta misma tarde tendréis más de lo que necesitáis.

Y, efectivamente, al anoecer, dos esclavos mulatos trajeron una talega de cuero cargada de patacones, que el joven depositó a los pies de su amada con estudiada despreocupación.

Cuando hizo la petición a don Matías Cerpa, éste le respondió encendidamente:

-¡Amada mía, olvidad esos menesteres! ¡Sed mi esposa y os juro que nada os faltará!
¡Sabéis que os amo más que a mi vida!

-¿Y de qué vale vuestra vida que tantas veces os la habéis jugado? ¿Queréis convertirme en viuda por segunda vez?

-Soy pobre, lo reconozco. Pero tengo una brillante hoja de servicios que algún día será reconocida por el monarca, y entonces no habrá estrado ni sitio, por alto que esté, que no sea para vos.

-Cuando eso suceda, querido mío, tendré ya a todos los santos vestidos -respondió con un mohín de desdén.

-¡Pero el presidente me estima y me distingue! ¡Seréis una dama muy principal! -arguyó el joven, enardecido.

-Debemos aguardar. Es todavía muy pronto para tomar decisiones -concluyó la viudita, ofreciéndole unos bizcochuelos.

Esa misma noche, la cancela se abrió rechinando para dar paso a un amante embozado en su negra capa. Los pasos resonaron seguros hasta la alcoba de doña Inesita, que esperaba anhelante el arribo de don Luis. Al verle llegar, sus ojos se iluminaron, y con suave voz le invitó a sentarse en uno de los bordes de la elegante cama:

-¿Sabéis, don Luis? Creo que si esta noche me pidierais algo definitivo, me platicarais del porvenir, no podría negarme a vuestros requerimientos -manifestó la pícara hija de Eva.

Hacía tiempo que acariciaba la idea de que don Luis de Bahamondes la pidiera por esposa. La última prueba de su fortuna había logrado romper la indecisión. Sus dos pretendientes eran hidalgos, pero don Luis era, además, muy rico y le ofrecía honores, riquezas y pergaminos. Como el enamorado no manifestaba sus intenciones, quizá por timidez, pensó en facilitarle el camino. Pero él respondió:

-¡Querida mía, bien sabéis cómo os amo! ¡Pero sabéis también que en cuanto hiciésemos público nuestro compromiso, el presidente Meneses me separaría de sus servicios, porque os mira con particular atención! ¿Y vos no queréis que yo sea pobre, no es cierto?

-¿Y eso qué significa? -preguntó, ansiosa, doña Inesita.

-¡Que debéis escoger entre marido pobre o amante rico! -respondió desenfadadamente don Luis, y como si no concediera importancia a la respuesta, inquirió mientras se echaba al colete un trago de aguardiente- ¿Qué preferís?

-¡Amante rico, amor mío! -contestó Inesita, mientras se reclinaba sobre los almohadones del sillón, al tiempo que sonreía mirándole con ojos brillantes.

El segundo domingo de noviembre, según había dispuesto el Rey de España, debía celebrarse una gran fiesta en la Catedral, en reconocimiento de las grandes mercedes que María Santísima había concedido a todos sus súbditos.

Ese día, la Iglesia Mayor, situada entonces donde hoy se halla El Sagrario, estaba repleta de flores, de luces y de gente. Según la costumbre, las mujeres se agrupaban en una de las naves, sentadas en alfombrillas que portaban sus criadas, mientras en la otra los caballeros asistían de pie. Nadie quería perderse semejante festividad, y los funcionarios de baja y alta jerarquía, competían por estar más cerca del púlpito, donde el más elocuente de los predicadores coloniales pronunciaría el sermón.

La muchedumbre se hacinaba. Las mujeres lucían sus mejores galas y los hombres habían hecho lavar, y hasta almidonar, sus cuellos de encajes, y se hacían acompañar, a título de escudero, por un sirviente vestido con librea de paño negro.

Cerca de la puerta, junto a la pila de agua bendita, se encontraron los dos rivales. Se miraron sin simpatía, más aún, con rencor. En la columna donde estaba la fuente, se apoyaron aparentando indiferencia, mientras sus ojos buscaban con avidez entre las basquiñas, los mantos y los negros encajes, a la dama de sus sueños.

En cierto instante, como si hubiera escogido el momento con certeza absoluta, se abrieron las puertas de la Catedral, llamando la atención de todos los presentes, e hizo su entrada doña Inés de Moncayo. Luego de detenerse unos segundos, mirando a la concurrencia, se dirigió a la pila a humedecer sus dedos para santiguarse. Como por ensalmo, sin pensarlo y simultáneamente, los dos pretendientes metieron sus manos en el agua para ofrecerla a la niña de sus pensamientos, y quizá por torpeza, o tal vez por apresuramiento, don Matías sin quererlo empujó y mojó a don Luis, quien, creyendo que lo había hecho de adrede, sin mediar mayor explicación, le lanzó una bofetada en pleno rostro, con tanta fuerza que lo lanzó a varios pies de distancia. Don Matías Cerpa se volvió contra su agresor con furia incontenible, dispuesto a matarle si pudiera, y como no llevaba armas le cogió por el cuello con vigor, e iba a darle justo castigo, cuando se interpuso el presidente Meneses, que venía llegando y consideró el acto como un ultraje a la iglesia y a su persona, y les mandó a apresar.

Mientras la gente huía despavorida, aumentando el incidente y comentando cada uno cosas diferentes, los muchachos fueron conducidos a la cárcel, situada en la esquina de la calle de las Monjitas con la del Rey, hoy Estado, para que se les juzgase por desacato.

Las malas lenguas aseguraban que Barrabás los había encarcelado por haber irrumpido en su feudo femenino, pero lo cierto es que don Francisco se hallaba demasiado entretenido con los mimos y caricias de doña Catalina, como para preocuparse de la viudita que se

acercaba peligrosamente a los veinticinco y, por lo demás, eran mucho más atrayentes los cincuenta caballos que acababa de traer directamente de Córdoba, cuyos frenos y estribos había mandado a hacer de oro para enjaezarlos.

Los jóvenes permanecieron cerca de un año en la cárcel. Al salir, volvieron a sus habituales actividades. Las riñas de enamorados no podían perturbar a Meneses, y a uno lo necesitaba para sus negocios fraudulentos, y al otro, en su guardia personal.

Don Matías Cerpa había rumiado durante doce meses su venganza. Aún sentía la bofetada de don Luis, y le parecía que llevaba impresos en el rostro los cinco dedos de la mano agresora. Un año había incubado en su corazón el odio y hecho de la vindicta su propósito. No podía estarse quieto, le era imprescindible buscar el desquite.

En cambio don Luis había vuelto alegremente al trabajo y a doña Inés. Para él, sólo había sido un hito que permitía aplacar la egolatría de su presidente, y volvía con mayor ahínco a inventar nuevos subterfugios que rindieran excelentes beneficios económicos para ambos.

Don Matías consideraba imprescindible lavar la afrenta con la sangre de su enemigo. Debía ultimarle, en duelo limpio, pero matarle. La noche en que fue puesto en libertad, escuchó apenas los parabienes de los amigos que vinieron a felicitarle. Se colocó una amplia capa, la espada que jamás le había traicionado, y el puñal sarraceno al cinto. Luego, partió en demanda del ofensor. Lo buscó en su casa y no lo encontró. No había duda, debía hallarse donde su amada, retozando entre sus brazos, mientras él se consumía de vergüenza y deseos de venganza.

De una brazada, se echó la capa sobre el bozo y caminó por la calle del Puente hacia la morada de doña Inés. Se detuvo en un oscuro portal, a la espera de su adversario. Tarde, sólo cuando las campanas de la Iglesia Mayor dieron las doce, se abrió, crujiendo, el viejo portón, para dar paso a la atlética figura de su rival. De inmediato, don Matías caminó a su encuentro y, al acercarse, le dijo:

-¡Don Luis, he venido a mataros!

-¡Pero don Matías, bien sabéis que, afortunado en amores es desdichado en los juegos! ¡Ya me tenéis muerto... de susto naturalmente! -contestó con sorna el amante feliz.

-¡Me habéis afrentado y debéis pagarlo con vuestra sangre, a menos que seáis un cobarde! -gritó, enardecido, don Matías.- ¡Desenvainad!

-Aquí es mal lugar. Podría llegar algún inoportuno e interrumpirnos. ¡Vamos al río! -respondió don Luis.

Caminaron calladamente hacia el cauce, cubierto de basuras, donde reinaba el silencio. En la estrellada noche que iluminaba la luna, no se oía ni siquiera el ladrido de un perro. Llegados a un lugar desierto, se detuvieron, desnudaron las espadas y se miraron unos instantes.

-¿Vale la pena que rindáis la vida por una mujer que sólo busca vuestra bolsa? -preguntó don Luis, intentando tranquilizar a su antiguo amigo.

-¡No ofendáis a la que amo! ¡Ya me habéis herido lo suficiente a mí! ¡Defendedos! - replicó don Matías, lanzándose en violenta estocada contra don Luis.

Largo rato cruzaron los aceros. Ambos jóvenes eran hábiles esgrimistas y conocían todas las tretas y argucias con que otrora se habían defendido contra enemigos comunes. Gritos, denuestos, amagos y paradas, conformaban el lance. En vez de una limpia peana tenían como suelo el basural del río y sus piedras. Resbalaban, se levantaban, herían y retrucaban. Cuando ya el sudor cubría sus cuerpos y los brazos comenzaban a flaquear, el ánimo de venganza de don Matías dio nuevos bríos a su espíritu, y se lanzó en terrible puntazo que atravesó limpiamente el cuerpo de su adversario que, antes de caer, miró con pena a su verdugo y exclamó:

-¡Te compadezco, amigo mío!

El odio de don Matías era tan feroz que, en cuanto vio caer a su rival, sacó la daga y le cortó, a tajazos, el brazo a la altura del codo, justamente la mano que le había golpeado su rostro, ofendiéndole. Luego, tambaleándose a consecuencia de sus muchas heridas, restañó como pudo la sangre que manaba y se encaminó a la Plaza de Armas. ¡Allí estaba el rollo o árbol de la justicia, como le llamaban!

Cuando logró llegar, se dispuso a clavar la mano que llevaba consigo al instrumento de la ley. Pero al hacerlo, dudó. Poco más allá se levantaba el edificio de los Tribunales. Reuniendo las energías que se le escapaban, caminó trastabillando hacia los portales de la Real Audiencia, regando con su sangre el corto camino. En cuanto alcanzó el portón, apoyó contra él la odiada mano, la misma que antes estrechara con afecto de verdadero amigo y que le había defendido en innumerables lances y, haciendo acopio de odio, la clavó de un fuerte golpe contra los gruesos maderos, donde quedó colgando sangrante. Luego, con frío sudor, grabó con el mismo puñal:

«Yo, Matías Cerpa, porque me agravió».

Después, satisfecho ya su honor, respiró profundamente y trató de franquear la cuadra que lo separaba de su casa. Al llegar al zaguán, las fuerzas lo abandonaron y cayó inconsciente, pero vengado.

En cuanto se recuperó, supo que le perseguían por el asesinato de don Luis de Bahamondes. Ayudado por unos sirvientes que le eran leales, consiguió un caballo y se dirigió a Valparaíso para embarcarse con rumbo al Callao, pero, al momento de abordar el barco, le apresaron y trajeron a Santiago, donde fue puesto en la cárcel, cargado de grillos.

Mientras estuvo preso, no dejó de pensar en doña Inés, y era tanta su locura que, haciendo gala de sus fuerzas ya restablecidas, rompió las cadenas y se fugó. Al salir a la

calle, medio ennegrecido por la luz, se topó con don Francisco Meneses que acertaba a pasar frente al edificio y le hizo aprehender.

Llevado a juicio, declaró que había matado a su amigo en duelo legal, disputándose una mujer, y que la mano clavada en la puerta de la Audiencia era para lavar la ofensa que ese puño le había inferido. Don Francisco de Meneses, para quien la Audiencia importaba un comino, tomó el juicio en sus manos, y en el sumario le preguntó:

-Decís que habéis matado por el amor de aquella viudita. ¿No es así?

-¡Sí, mi señor, y lo volvería a hacer!

-Pues bien -respondió sentenciosamente el presidente- si ese fue el motivo, os condeno a que os desposéis con ella. ¡Ese será vuestro castigo!

Y no sabemos si fue realmente castigo para los dos, o el inicio de una gran dicha...

Janequeo, la Capitana Araucana

Tiempo atrás, cuando el gobernador Sotomayor penetró en el territorio de Arauco, asolando, incendiando rancherías y destruyendo sementeras, obligó a los indios de guerra a replegarse a recónditos lugares de la cordillera de Nahuelbuta, abandonando campos y sembrados ante el alud destructor del potente ejército invasor.

Uno de los caciques que se vio obligado a abandonar sus tierras y a retirarse a las montañas, fue Huepotaén, señor de Llifén, lugar en que había levantado un fuerte desde el cual causó grandes dolores de cabeza a los españoles. El gobernador Sotomayor, que se hizo famoso por la crueldad y dureza, envió un grueso contingente en su busca.

El cacique, que se había refugiado en las serranías con sus guerreros, no había llevado a su esposa favorita para no exponerla a los azares del clandestinaje. El valeroso araucano amaba entrañablemente a su mujer, hembra de grandes condiciones humanas y físicas. Era tanta la nostalgia que por ella sentía que, no pudiendo soportar más en su ausencia, bajó a los llanos en su busca.

Cuando llegó a sus tierras, no halló a Janequeo, su amada, que se había refugiado en casa de su hermano Huechuntureo. En los mismos momentos en que salía de la ruca para dirigirse en su busca, le cayeron encima los enviados de Sotomayor. El bravo indio no se inmutó ante la vista de tantos enemigos. Echó mano a la lanza y arremetió contra ellos con fiereza y sin esperanzas. Vanas fueron las ofertas de rendición, sólo respondía a lanzazos gritando: ¡Inche Huepotaén! ¡Huinca tregua! ¡huinca tregua!

Más pudieron el número y las armas de sus enemigos que su coraje, y al final rindió la vida, regando la tierra de sus padres con su propia sangre.

Cuando Janequeo supo la muerte de su marido, sintió una pena y un dolor tan intensos que juró a sus Pillanes vengar la muerte del cacique, y transformarse para los españoles en una pesadilla diez veces más grande de la que había constituido su hombre.

A los pocos días, la valerosa Janequeo cabalgaba al frente de mil doscientos guerreros que comenzaron a campar igual que Sotomayor. En una de esas correrías, una de las patrullas trajo las cabezas de dos españoles que habían cazado mientras se dirigían de Osorno a Villarrica, y las pusieron a los pies de la bella amazona.

Cuando iban a mitad del camino les alcanzó uno de los espías indios. Llevaba la noticia de que el gobernador había recibido un gran refuerzo en dos barcos enviados por el virrey, con ciento cincuenta soldados y buena cantidad de armamentos y municiones. Janequeo sabía que su hermano Huechuntureo era buscado afanosamente por Sotomayor, y supuso con justa razón, que con el aporte que acababa de recibir, aumentaría la persecución, poniendo en grave peligro a las tropas mapuches, ya que había reiniciado la destrucción de campos y sembrados, marchando implacable tras ellos.

Janequeo decidió retirarse a la cordillera, zona impenetrable para los conquistadores, y comenzar la guerra de guerrillas, haciendo caer a sus enemigos en constantes emboscadas y sorpresas nocturnas. Enormemente hábil fue su resolución, pues presentar batalla a las actuales fuerzas de Sotomayor, habría significado el aniquilamiento de sus huestes. En cambio, la interminable serie de acciones que desencadenó Janequeo, no sólo comenzó a desesperar a los españoles en una lucha contra un enemigo invisible, sino que le significó, además, muy buenas presas de bagajes y caballos, como asimismo una o varias cabezas españolas para aumentar sus estandartes.

Cuando Janequeo supo que sus enemigos estaban levantando otro fuerte, sobre el río Puchanguí, resolvió atacarlo en cuanto se fuera el gobernador, e inició la marcha en su demanda. Al aproximarse al campo español, sus tropas fueron avistadas por algunos indios de servicio que corrieron a dar aviso al capitán Aranda. El oficial decidió que era más prudente salirles al encuentro, que quedarse tras las murallas esperando el ataque. Preparó un grupo de veintidós soldados escogidos, fuertemente apertrechados, y enorme cantidad de indios auxiliares.

Estaba ya con un pie en el estribo, cuando llegó un mensajero bañado en sangre. Dijo que había escapado por gran ventura de la terrible capitana que venía en camino. Aranda apuró la partida y no tardó en encontrarse con la vanguardia de Janequeo. El capitán colocó a sus caballeros en posición de carga y, con el grito de ¡Santiago y a ellos!, se lanzó en feroz embestida. Pero los araucanos repitieron lo mismo que treinta años atrás. Cuando ya los enardecidos caballos estaban por caer sobre ellos, clavaron las picas en tierra y les ofrecieron generosamente sus puntas metálicas.

La carga se deshizo, la mayoría de los jinetes cayeron al suelo y, simultáneamente, los maceros del toqui Melillanca atacaron a los yanaconas que habían cargado detrás de los españoles. El capitán Aranda cayó herido por la lanza de Janequeo que estaba en la primera fila de piqueros. Apenas lo vio en el suelo gritó a sus guerreros:

-¡Corten esa cabeza y dénmela que quiero levantarla en mi lanza como trofeo de mis glorias!

Ante la horripilante visión, los españoles huyeron despavoridos, perseguidos de cerca por los araucanos. Gran parte de los indios auxiliares, que corrían más atrás, optaron por pasarse a los vencedores.

Janequeo continuó asolando y devastando todos los campos de los españoles y de los indios que los apoyaban. Sólo detuvo su destructora actividad al acercarse el invierno, y decidió retirarse a la sierra y levantar un pucará.

Entretanto Sotomayor, indignado de que una mujer araucana abatiera su ejército y se pasara victoriosa campeando en libertad, reunió un numeroso contingente y lo mandó en su busca. Luchando contra los barrizales, las lluvias y las crecidas, fueron acercándose lentamente a la fortaleza india.

Las avanzadas de Janequeo dieron rápido aviso a la capitana, que decidió salir arrojadamente a atacarles, pero al ver que el ejército enemigo era poderoso y venía en gran número, prefirió dar la batalla resistiendo en el fuerte.

Los españoles subieron la ladera y arremetieron contra los sitiados con cerrado fuego de arcabuces, que causó grandes bajas. A medida que se fueron acercando, llegaron al combate cuerpo a cuerpo y encontraron enorme resistencia. La superioridad de las armas españolas se estrelló contra la decisión de los araucanos de impedir que el enemigo traspasara sus murallas. Sobre ellas, los defensores peleaban con ferocidad, animados por la valerosa Janequeo que empuñaba la espada de un español muerto.

Daba tajos y reverses, con tal bravura que los atacantes comprendieron que, en esa encarnizada lucha, nada conseguirían, aparte de derramar más sangre de la mucha que ya habían regado en el campo.

La mitad de los españoles que quedaban se concentraron detrás del pucará y embistieron, con tal ímpetu, que lograron penetrar y atacar a los defensores por la retaguardia. Al verse entre dos fuegos, y para evitar que mataran inútilmente a sus guerreros, Janequeo hizo sonar los cuernos llamando a retirada, y se fueron perdiendo lentamente en la tupida selva. Los españoles les persiguieron un trecho, e hicieron algunos prisioneros que fueron rápidamente ejecutados, entre ellos el valiente Huechuntureo.

La legendaria Janequeo se internó en las serranías con el resto de sus destrozadas huestes, y los castellanos quedaron, pese a su victoria, con el amargo sabor de la derrota. Nuevamente se les había escapado la india bravía.

Amoríos, latigazos y excomuniones

-¡Canastos! ¿Qué habéis dicho? -bramó don Alonso de Ribera, medio atragantado con la presa de ave con que se estaba regalando, cuando irrumpió en su comedor el barrachel del ejército con el rostro medio ensangrentado.

-¡Es la verdad, señor gobernador! -aseguró el jefe de los alguaciles- ya me lo habían advertido. Cada vez que «subimos» a dar la guerra a los indios, mi mujer se entretiene con ese minorista Pedro de Leyva. No dí crédito a los rumores porque su aspecto es tan angelical y me colma de mimos cuando llego de campaña. Pero ahora que he venido sin aviso, la he sorprendido en mi misma alcoba con ese depravado.

-¡Lo habréis matado, sin duda alguna! -afirmó interrogante don Alonso.

-En cuanto entré al aposento y los vi, desenvainé la espada para vengar mi honor, pero ese mequetrefe se adelantó, lanzándome el candelero, que me dio en la frente.

-¿Y qué hicisteis? ¡A fe mía que lo clavo contra la «cuja»! -barbotó, lleno de ira, el gobernador.

-¡Comprended, señor, que es mucho más joven y fuerte que yo! Los dejé encerrados con llave y corrí a denunciaros el hecho. ¡Os pido justicia!

Realmente no había necesidad de pedir nada. El gobernador tomaba como suyos cada uno de los problemas de sus subordinados. Ya era un crimen que la mujer fuera infiel, cosa que él como hombre galante perdonaba; pero, tratándose de un viejo que estaba arriesgando su vida contra los araucanos, no lo podía aceptar. En ningún momento pensó que la justicia no le pertenecía y que primero debería demostrar la culpabilidad del acusado, antes de que los jueces determinaran la pena. Tampoco recordó que un minorista pertenecía al clero y gozaba de inmunidad hasta que se le declarase reo. El impetuoso gobernador dejaba a las autoridades civiles y eclesiásticas que arreglaran sus asuntos, y que a él le dejaran manejar la guerra... a menos que el afectado fuera un soldado. En ese caso, él era la justicia. Durante las forzadas internadas en Santiago, trataba de no dejarse arrastrar por su mal carácter, pero no podía permitir que molestaran a su gente que se jugaba la vida minuto a minuto en las campañas, para que los señoritos de la ciudad vivieran apaciblemente.

Montando apresuradamente y sin percatarse de que aún llevaba la enorme servilleta que se había puesto para almorzar, galopó velozmente hacia la casa del barrachel, seguido por algunos guardias.

Entretanto, el apasionado galán, que verdaderamente era un bribón y tan mal estudiante como poco empeñoso en hacerse digno de recibir las sagradas órdenes, se despidió amorosamente de su asustada amante y, después de forzar la desvencijada cerradura, salió al patio interior, desde donde saltó por sobre la tapia, para caer en medio de un corrillo de mulatos que constituían la servidumbre de la morada vecina. De allí, salió a la calle por la puerta carretera y se dirigió con paso reposado, para no llamar la atención, a la casa de estudios de la Compañía de Jesús.

Mientras los caballos manoteaban furiosos por las polvorientas calles, dejando tras de sí una estela de fina tierra flotando en el aire, acicateados por las violentas espoleadas de los jinetes, que trataban de alcanzar al gobernador, éste no podía ahuyentar de su cabeza algunas humanas tentaciones.

¿Cómo sería aquella mujer? Indudablemente debería encontrarse en la edad más fogosa para exigir pasión al pobre viejo, y solazarse además en su ausencia con un mozalbete. Quizá podría tranquilizarse con un hombre más maduro y experimentado como él. No podía ser fea, por el contrario, debía tener los suficientes encantos como para haber atraído a un seminarista a arrullarla en su vacío nido de amor.

Los malos pensamientos urgieron a don Alonso, que apuró el tranco para llegar antes que sus acompañantes, pero el barrachel se había puesto suspicaz ante el inusitado interés de su general en ir al sitio del suceso a inspeccionar personalmente el cuerpo (o los cuerpos) del delito. Aunque su cerebro poco entrenado en estas lides no alcanzaba a vislumbrar las malignas ideas del enamorado gobernador, su instinto le impelía a no quedarse atrás y daba fuertes chicotazos a su rocín, que trataba de sacar el resuello entre la nube de piedrecillas que lanzaban los cascots del animal que le precedía.

Y así sofrenaron bruscamente, casi a un tiempo, a las pobres bestias empapadas de sudor frente al portalón de la casa. Al desmontar, don Alonso tiró de un manotazo la servilleta que aún le colgaba y carraspeó, para aclarar la garganta seca por el esfuerzo y la agitación:

-¿Dónde están esos gandules? -barbotó, con voz ronca.

-En la alcoba, señor, por aquí -contestó el vejete, mirándole de refilón mientras caminaba por el corredor enladrillado.

Al escuchar los pasos enérgicos de la autoridad, la mujer, que se preparaba para defenderse de las acusaciones de su marido con una perorata en protesta de su inocencia, enmudeció de terror. Todo el mundo sabía cómo se las gastaba el gobernador, que no tenía nada de ingenuo y poseía en cambio un carácter de los demonios.

Don Alonso irrumpió en la habitación con la mano en la empuñadura de la espada, en previsión de alguna sorpresa, y grande fue su desilusión al encontrar a la pecadora sola, gorda, fea, muda y con los ojos desorbitados por el pánico.

-¿Dónde está el badulaque?- bramó, clavando los ojos fieros en la muchacha.

Incapaz de soltar palabra, la infeliz levantó un brazo señalando el patio.

-¡Ha huido el desvergonzado! ¡Pero sé donde cogerle! -y, sin esperar respuesta, salió a la calle, volvió a montar y clavó espuelas en dirección al convento de los jesuitas.

Larga fue la carrera, pues la casa del barrachel estaba «en los arrabales de la ciudad de la otra parte del río Della», pero la ira que había acumulado don Alonso le dio alas para acercarse al refugio del pillastre, dispuesto a sacarlo a viva fuerza de los claustros si fuese

necesario, pero llegó al mismo tiempo que el seminarista Leyva, el cual golpeaba el grueso portalón, llamando al hermano guardián.

Sin darle tiempo, ordenó que le apresaran y le desnudaran de la cintura arriba. Luego le hizo atar a un caballo para que lo sacasen por las calles de Santiago, caminando en esa forma infamante, mientras el verdugo le propinaba doscientos azotes y el pregonero publicaba a voces el delito que se le atribuía. Terminado el castigo, lo mandó a un oscuro calabozo de la podrida cárcel.

No hace falta describir el revuelo de la ciudad. Los pobladores tomaron partido, dividiéndose en bandos. El primero en hacer oír su voz fue el batallador obispo Fray Pérez de Espinoza, que no podía aceptar el atropello que cometía el gobernador al tomar la justicia en su mano, derecho que por tratarse de un aspirante a clérigo sólo le correspondía a él. A su lado, se alinearon muchos solteros galantes que celebraban las andanzas amorosas del minorista, y muchas mujeres casadas que, pese al rubor que demostraban al enterarse del escándalo, suspiraban en su interior por una aventura semejante. En cambio los maridos y los uniformados estrecharon filas junto al gobernador.

Pero el obispo era hombre de armas tomar y nada le gustaba más que una buena pelea, por lo que se dirigió a grandes zancadas a la casa del gobernador, seguido por la plebe que quería averiguar en qué terminaba el pleito.

En cuanto Fray Pérez de Espinoza pasó el umbral, los guardias cruzaron las alabardas deteniendo a la muchedumbre. Sin hacerse anunciar, el obispo abrió las puertas de la habitación en que se encontraba don Alonso de Ribera y le espetó:

-¡Señor gobernador! ¡Habéis cometido un desmán, habéis pasado por sobre mí y habéis vulnerado los derechos de la Iglesia! ¡Os exijo que me deis pública satisfacción y me devolváis al reo que pertenece al clero!

-¡No os atragantéis, Eminencia! Veo que ahora defendéis a los que mancillan el honor de los maridos -respondió burlonamente don Alonso, que no perdía oportunidad de clavar banderillas a su Paternidad, que tan duramente le había atacado antes.

La respuesta socarrona, que envolvía una enorme falta de respeto a la autoridad eclesiástica, hizo que el rostro del obispo se tornase púrpura y sacara con dificultad las palabras:

-¡Os seguiré juicio por este desacato!

-No olvidéis que se trata sólo de un estudiante, con pocas probabilidades de recibir las sagradas órdenes, y está aún bajo la autoridad civil.

-¡Por ser estudiante de la Compañía de Jesús es un clérigo de órdenes menores y le cubre la tutela episcopal! ¡Os conmino a que me lo entreguéis u os fulminaré con todo el poder espiritual de la Iglesia! -vociferó, indignado, el obispo.

-¡Vuestro clérigo de órdenes minorista ha sido sorprendido infraganti en brazos de la esposa de uno de mis oficiales, lo que hace que el asunto caiga bajo la ley marcial! ¡Y podéis guardaros vuestras amenazas, que ya las conozco y no me espantan! ¡Adiós, señor obispo! -concluyó, airado, el gobernador.

-¡Pues bien, veo que no respetáis los derechos de la Iglesia! ¡Desde este momento la ciudad queda en entredicho! -terminó diciendo Fray Pérez y, sin despedirse, se marchó a la catedral para ordenar al sacristán mayor que tocase las campanas, anunciando la sanción.

Tal acto significaba dejar a la población de Santiago sin la administración de los santos sacramentos, y produjo desconcierto y alarma pública. Nadie podría confesarse, ni contraer matrimonio, ni comulgar, ni recibir la extremaunción. El castigo era tremendo, más aún si se tiene en cuenta que los pobladores eran profundamente religiosos.

Pero se habían vuelto a enfrentar dos hombres porfiados y tenaces, y ninguno daría su brazo a torcer. Rivera era católico, pero estimaba que los sacerdotes debían preocuparse sólo de los asuntos espirituales. Pérez de Espinoza era bravísimo en la defensa de los derechos canónicos y tampoco cejaría.

Pasaron los días y con ellos aumentó la intranquilidad de los habitantes de Santiago. Era la apostilla del día. Los hechos se comentaban bajo los portales de la Plaza de Armas, en los chinchales de los suburbios y en los elegantes estrados de las grandes casonas. ¿Quién vencería? La pregunta iba de boca en boca. Pero los más se preguntaban: ¿quién cedería?

Un hermano de doña Inés de Aguilera, la esposa por cuyo amor Rivera había desafiado a la autoridad real, era miembro de la Compañía de Jesús y gozaba del cariño y respeto del gobernador, que tenía en mucho su opinión por ser hombre mesurado, tranquilo y maduro. Este jesuita se convirtió en el puente de plata necesario para la claudicación.

-Querido cuñado, -le dijo en la tertulia familiar, dos o tres días después del incidente- reconozco la testarudez y el infantil afán de pleitos que caracteriza a nuestro obispo. Pero el malestar cunde en forma alarmante en la población. Si os mantenéis en esta posición se volcarán en contra vuestra los que antes os apoyaban, y Fray Pérez de Espinoza saldrá triunfante. Bien sabéis que contáis con el apoyo de nuestra Compañía, y si entregáis al reo, el obispo se verá obligado a levantar el entredicho, volverá la tranquilidad a los vecinos, y la cuestión quedará como algo personal entre él y vos, perdiendo valor ante todos.

-No dejáis de tener razón; -respondió, pensativo, don Alonso- si pongo en sus manos al delincuente desinflaré a ese pavo, y se verá obligado a castigarle o quedará ante la opinión pública como apoyando su delito.

Y, con la rapidez que caracterizaba sus decisiones, ordenó que de inmediato los alguaciles condujeran al minorista Leyva a la casa del obispo, pues aún no se levantaba el palacio episcopal, y lo entregasen para su custodia y castigo.

En la misma tarde, las campanas de la iglesia mayor volvieron a tocar, esta vez para anunciar que se levantaba el entredicho. Sin embargo, el porfiado señor Pérez llevó

adelante el sumario, para vengar el desacato cometido por el gobernador contra su autoridad. No se le ocultaba que era ardua tarea. Suspendida la censura, cada cual volvió a preocuparse de sus propios menesteres. El juez eclesiástico sólo tenía que demostrar que Rivera había ordenado maltratar al minorista, para que se le aplicara la pena de excomunión mayor.

El obispo estaba consciente de que tal castigo acarrearía un grave peligro para la paz y tranquilidad pública. La única forma de evitar la enorme sanción era que el gobernador se humillara ante él y le pidiera absolución. Pero don Alonso había trasladado limpiamente el problema a sus manos y comprendía que el señor Pérez sería su mejor cómplice para retardar el proceso, pues sentía justo temor de provocar una grave diferencia entre la autoridad religiosa y la cívico militar.

Comprendiendo que tenía al obispo revolviendo sus iras dentro de la garnacha, el gobernador partió al sur, a recomenzar una nueva campaña contra los indios, rodeado de una aureola de admiración de los vecinos a tan valiente general que así se arriesgaba por su seguridad. La partida tenía su segunda intención. No estando en la capital, al juez le sería imposible notificarlo y citarle a declaraciones, y su ausencia no sólo era justificada, sino imprescindible para los planes de guerra de la Corona.

Efectivamente, la tramitación del juicio se dilató hasta que el obispo tuvo noticias de que Rivera iba a ser removido de su cargo, y entonces, sin mediar inconvenientes, le fulminó, declarándole incurso en la excomunión mayor, a casi un año de los sucesos, remitiendo a aquello de que «ola justicia tarda, pero llega», aunque sea en cabeza de gobernador.

El tañido de los espolios

Tocar los espolios, tocar a entierro, o mejor dicho, tocar a muerto. El fúnebre tañido de una campana que bate el badajo con sonido peculiar y alarmante, con precipitación, como quien llama a rebato, pero no un rebato de alegría o de alarma, sino lúgubre y por difunto.

Era el sonar del esquilón conventual, avisando a todos, prelados, padres maestros, reclusos, mochos o motilones, que un fraile había fallecido o se hallaba moribundo.

En aquellos años de 1600, los repiques de los templos comunicaban a los pobladores los sucesos contingentes: el ataque imprevisto a la ciudad, la ascensión al trono de un nuevo rey, una proclamación, la hora del día, un entredicho al pueblo o la excomunión de algún señorón importante. Doblaban las campanas para llamar a misa y para informar a la población de lo que debía saber. Y los habitantes aprendían desde niños a conocer su significado. Y los indios de servicio, los mulatos, los zambos y demás gente de baja ralea, también lo comprendían, y estaban atentos, con temor supersticioso, en espera de lo que traería el próximo tañido de alguna de las muchas iglesias del Santiago colonial.

Los monjes de San Francisco poseían el solar que se extendía desde su convento, ubicado en La Cañada de San Francisco, hasta la vieja calle de San Diego, o como la

llamara su vecino el general Zenteno, la calle de San Diego el Viejo. Hacia el sur alcanzaba hasta el Zanjón de la Aguada, y en la proximidad de la Alameda de los Monos, hoy Avenida Matta, habían levantado un noviciado que, por ser más pequeño, recibía el nombre de El Conventillo.

A mediados del siglo XVII, recibieron el legado de un personaje, cuyo nombre no se ha conservado en las crónicas, de la manzana que hoy ocupan la Universidad de Chile y el Instituto Nacional. El 22 de abril de 1672, escribieron al Rey, solicitando el permiso para fundar en ese terreno «una casa separada donde en quietud y sosiego, sin divertirse a otra cosa, se puedan cultivar las letras».

El claustro de San Diego pasó a ser un hijastro del Convento de San Francisco, y allí iban a parar los que se acogían a retiro, los que perdían sus cargos capitulares, o los que sentían que las fuerzas les abandonaban. Transformóse así San Diego en una especie de casa de reposo de los franciscanos, en las afueras de la ciudad, a sólo una cuadra de la casa matriz. Como sus moradores eran antañones, ya próximos a bien morir, fue natural que la campana de su iglesia tocara «los espolios» con más frecuencia que las otras del poblachón de Santiago.

Con el tiempo, los vecinos supieron que cuando doblaban en la torre de San Diego, era para anunciar la muerte de alguno de la cofradía. Como los obispos eran pocos, o se cuidaban mejor que los pobres frailes, rara vez las campanas tañían para informar de su deceso, de ahí que para definir una cosa que ocurría muy de vez en cuando, la gente aludiera a «cada muerte de obispo».

Pero estos pobres religiosos no podían morir como el común de los cristianos. Debían pasar, aún tibios, por la ceremonia de los espolios. Al llegar sus últimos momentos eran asistidos por un lego piadoso o un hermano de la orden, quien, al sentir los estertores con que el moribundo anunciaba su despedida de los afanes terrenales, se colgaba de las cuerdas y lanzaba al aire el tétrico sonido de los espolios.

Al oír la triste llamada, los hermanos del Convento corrían por los potreros para llegar junto al cadáver; pero las más de las veces arribaban antes los del Conventillo, al galope tendido de sus caballos. Luego de reunirse comenzaban a entonar, con más energía que oído, el Credo in unum Deum. Y mientras cantaban, iban dando manotones para apoderarse de los despojos del finado. Aquél cogía los zapatos; el otro, la vieja cogulla; éste, un pañuelo bordado por una beata; ése, la botella con aloja de culén. No era mucho lo que se podía repartir, pues los frailes eran paupérrimos; pero dentro de esa pobreza franciscana cualquier baratija era un tesoro, y más de alguna vez un mocho se llevó un soplamocos de algún padre, por tratar de arrebatarse alguna zarandaja mientras cantaba con voz gutural.

Era tanta su falta de posibles, que sólo los priores llevaban suspensores bordados para sujetarse los pantalones; la mayoría los aseguraba con toscos cordeles y, lujo asiático, uno que otro provincial cargaba un reloj alemán, con el que avisaba las horas canónicas.

Cuando los últimos latines del Credo se perdían por los corredores, la habitación quedaba casi vacía: sólo el difunto y su asistente. La ropa y las prendas íntimas, los

utensilios, la bacinica y el lavatorio, las frazadas y el chal, el misal y el rosario. Total, ¿para qué quería esas cosas un muerto?

Así se mantuvo la costumbre durante largos años, y en el caso de los obispos, que solían tener más pertenencias, los espolios pasaban a propiedad del Rey.

Pero cierta vez, un anciano teólogo que, al decir de los cronistas, había sido «padre de muchas campanillas», jugó una mala pasada a sus hermanos de la orden. El buen viejo abominaba de aquella bárbara costumbre y, sabiendo que le restaba poco de vida, pidió al lego que le asistía, por quien profesaba gran cariño:

-Sebastián, subid a aquella silla y guardad las naranjas que están sobre el escaparate, para que luego las llevéis a mi comadre la señora Beatriz. Este rosario que tengo entre las manos habréis de darlo a mi ahijado, que desea profesar, y a quien he recomendado al provincial. El escapulario que se encuentra sobre el bargueño se lo daréis al hermano Juan, y el resto de las cosas que hay en esta habitación, ¡ponedlas a buen recaudo para vos, amigo mío! ¡Guardad todo, porque, en cuanto toquéis los espolios llegarán aquí corriendo a cantar el Credo, y nada quedará! -terminó diciendo el anciano, con la voz de la agonía.

-¡Tranquilizáos, padre! -respondió Sebastián, emocionado -haré como vos decís, pero no por interés en las cosas materiales, sino por el recuerdo de vos que guardaré en ellas.

-¡Gracias... hijo! -balbuceó el moribundo, y quedó con los ojos fijos en el encañizado de la celda, mientras daba su alma a Dios.

El muchacho cerró con manos reverentes los párpados de su maestro, hizo todo lo prometido, y corrió a colgarse de la soga de las campanas.

Los padres, que esperaban el aviso, salieron velozmente del Convento grande con las sotanas arremangadas para que no les estorbaran. Su afán de llegar antes que los novicios del Conventillo se vio frustrado, cuando divisaron la nube de tierra que se acercaba vertiginosamente, envolviendo a un tropel de jóvenes y ágiles jinetes franciscanos.

Tan pronto desmontaron, empezó el Credo in unum Deum entre carraspeos, para sacarse el polvo de las gargantas. Medio atropellándose, iniciaron la marcha por el corredor conventual, con paso grave, hasta la celda del viejo teólogo. Siempre cantando, se repartieron por los costados de la desvencijada cama, y más de alguno derramó unas lágrimas sinceras por su partida. Al llegar a la frase visibilium omnioum et invisibilium, comenzaron a ojear las cosas de más valor para acercarse lentamente a ellas y ganar el «quién vive» a los demás; pero grande fue su sorpresa cuando comprobaron que la alcoba se hallaba vacía.

No estaban el crucifijo ni el reclinatorio donde el maestro rezaba los maitines. El arcón de la ropa interior, que normalmente reposaba a los pies de la cama, había desaparecido. El destartalado ropero que guardaba sus raídas cogullas, más solitario que un leproso. De los cobertores, sólo uno que dibujaba a la luz de las velas al enflaquecido cadáver.

El viejo se iba tan pobre como había llegado al mundo.

Cuando los monjes constataron con ojos ávidos, entre responso y responso, que nada quedaba, fueron acallando sus voces, se calaron las capuchas, y con las manos metidas en las mangas de los hábitos regresaron a sus casas, a la chita callando, seguros de que el viejo maestro les había dado su última lección, después de muerto.

En otra ocasión, los cofrades llegaron al cantar el Credo a un hermano moribundo para que marchara al cielo acompañado por un coro celestial. Pero el desgraciado agonizante, reuniendo sus últimas fuerzas, les hacía extrañas señas con las manos y profería sonidos guturales.

Alarmados, suspendieron el canto y se reunieron a deliberar. Unos afirmaban que el infeliz pedía clemencia para los trastos que dejaba. Otros, que se había vuelto loco. Y no faltaron algunos que le echaron la culpa a Belcebú.

Finalmente, el pobre pudo sacar la voz y les dijo arrastrando las palabras:

-¡Impíos, estáis cantando fuera de tono!

Los frailes habían olvidado que el moribundo era el chantre que dirigía el coro del Convento.

Con el tiempo, esta bárbara costumbre fue desapareciendo y sólo quedó el tañido de las campanas que tocaban a muerto cada vez que un fraile abandonaba este valle de lágrimas. Después, se distanciaron, y únicamente anunciaban el fallecimiento de algún obispo, hasta llegar a los días actuales en que los pobres religiosos mueren calladamente, sin más compañía que la de sus hermanos en Cristo.

Un oidor casamentero

Decididamente, don Pedro Álvarez de Solórzano, oidor de la Real Audiencia de Chile, era un viejo casamentero. Caballero de campanillas, procedía del valle de Solórzano en las montañas de Burgos, y era hijo de Juan Álvarez, que había sido aposentador del rey, y de doña Beatriz López de Sarria.

Habiendo pasado a Indias a temprana edad, vivió su juventud en Lima, donde contrajo matrimonio con doña Antonia Cortés de Velasco, en la que tuvo tres hermosas hijas, doña Florencia, doña Luisa y doña Úrsula. A poco de fallecer su esposa, fue designado oidor de la Audiencia en Chile, que recién iniciaba sus funciones el año 1613.

Pero don Pedro no era hombre que se resignara a pasar el resto de su vida en celibato, ni aceptaba la idea de que sus hijas quedaran para vestir santos. No obstante, el cargo que ostentaba por nombramiento real le imponía duras restricciones a tales menesteres.

En efecto, los reyes de España habían prohibido que los altos funcionarios de las colonias, sus hijos y deudos, contrajeran matrimonio en el distrito de su jurisdicción, para evitar los favoritismos e impedir las relaciones entre autoridades y subordinados. Pero esta drástica medida de sana intención, creaba grandes problemas de carácter sentimental en la sociedad colonial. No se podía gobernar con las leyes los corazones de los peninsulares, y mientras el dios Marte repartía rayos de fuego en la guerra de Arauco, Cupido lanzaba flechas encendidas a los capitalinos; y bastó que existiera la real prohibición, para que los enamorados se sintieran más inclinados a sobrepasarla.

Comenzaron a recurrir al arbitrio de contraer compromiso de matrimonio de palabra o por escrito y, naturalmente, a hacer vida en común, para poder después implorar al rey la dispensa, con el argumento de que si no les era concedida, quedaría en deshonra una señora de alto rango.

El monarca reaccionó con rapidez ante tal vicio, y declaró que aquellos que cayeran en esta situación, no sólo serían suspendidos de inmediato de sus cargos, sino que jamás podrían volver a ocupar ninguno similar en toda la América española. Los oficiales de la Real Hacienda recibieron severas instrucciones de retener los sueldos de los funcionarios, ante el solo hecho de constarles que hubiesen dado palabra de casamiento.

El oidor Solórzano guardaba santo temor a contravenir las leyes de las Indias, pero como el travieso querubín de las saetas había comenzado a jugarle de las suyas, discurrió buscar partido tanto para él como para sus hijas al otro lado de la cordillera. En un movimiento de estrategia, calmaría sus afanes, colocaría bien a sus hijas, y quedaría bien con el rey.

Para dar logro a sus aspiraciones, se valió de un amigo, el general don Luis de Cabrera, que haría el papel de agente casamentero. El oficioso intermediario llevaba instrucciones de ofrecer la mano del oidor a doña Petronila de Cerda y Villarroel, noble y hermosa viuda de Córdoba del Tucumán. Sin embargo, para evitar cualquier posible sanción, otorgó un poder para desposarse, en el cual imponía la condición de que primero se casasen sus dos hijas mayores, o cualquiera de ellas.

El general Cabrera arregló los matrimonios de doña Luisa con don Gonzalo de la Cerda, sobrino de la viuda, y de doña Úrsula con don Félix de Cabrera, su propio hijo; y por si alguno de éstos fracasaba, se reservó un tercero llamado Juan de Galiano, encomendero de Santiago del Estero.

Por su parte, el oidor, ni corto ni perezoso, se otorgó en matrimonio no sólo a la cordobesa, sino también a otra viuda bastante más joven y bella. En esta forma, si nadie echaba pie atrás, se produciría un matrimonio en multitud, ¿no sabemos de quién con quién!

Para asegurarse de que ninguno de los interesados se arrepintiera, asignó a cada una de sus hijas una dote de cinco mil pesos, pagaderos a un plazo de cinco años, bajo la garantía de su sueldo y de su garnacha.

Pero la suerte se volvió en contra del precavido oidor, y su exceso de celo por adquirir seguridad de conseguir esposa fue la causa de que sus planes se vinieran al suelo. Sucedió,

por esos designios del destino, que las dos damas a quienes ofreció su mano simultáneamente, se conocieran por casualidad. Al aumentar su confianza, hablaron de su pretendiente, que resultó ser el mismo vejete de piernas encorvadas: don Pedro Álvarez de Solórzano.

¡Todavía, después de tres siglos de tal suceso, se escuchan las sonoras calabazas que ambas viudas dieron al enamorado y senil galán!

A su vez, los escogidos para esposos de sus hijas, quizá porque hallaron muy lejana la obtención de la dote, o muy poco segura la hipoteca del sueldo del magistrado, retiraron su palabra de matrimonio, dejando a doña Úrsula y a doña Luisa por largos años en estado de doncellez.

Pero el porfiado montañés no se descorazonó por estos reveses y, mientras enviaba otro agente a San Marcos de Arica, tras la viuda de un contador, volvía los ojos a la última de sus hijas, la hermosa doña Florencia. Pero los hados habrían de jugarle una última pasada: la moza ya estaba enamorada en secreto de un chileno, y su matrimonio contravenía abiertamente a los decretos del Rey.

El afortunado galán, que había logrado encender las pasiones de doña Florencia, era nada menos que don Pedro de Lisperguer y Flores, el feudatario más arrogante y perdonavidas de Santiago. Propietario de una elegante casa que se levantaba en plena Plaza de Armas, amén de una serie de solares de los alrededores, era digno vástago de la familia más temida y poderosa del Santiago colonial: los Lisperguer.

Su presencia permanente en cuanta riña callejera hubiera, y en las bulladas francachelas nocturnas, en que se derrochaban el vino y las mujeres con la misma facilidad con que el dinero sobre las mesas de juego, le habían ganado el apodo de don Pedro el Pendenciero. Su apostura y enorme habilidad como jinete en los torneos y su pasmosa destreza con la espada ante la menor provocación, habían creado en torno suyo una aureola de leyenda con que la poblada lo distinguía, siguiéndole con admiración y respetuoso temor.

Este personaje, que no sólo alardeaba de los blasones de su linaje, sino también del inmenso poderío de que gozaba su familia, había logrado quebrar la resistencia débil de doña Florencia, última esperanza de esponsales de su viejo padre. Pero las duras sanciones de la prohibición real, podían más que los arrestos del aventurero y arrogante patricio, y quizás la misma imposibilidad de un matrimonio hizo que Lisperguer se enamorara perdidamente de la bella muchacha. A él, a quien ninguna mujer le negaba sus favores cuando la requería, se le oponía el infranqueable muro del monárquico decreto.

Conocedor de los afanes casamenteros del oidor, sospechó en él a un buen aliado para buscar el medio que hiciera posible el enlace sin mengua ni castigo para el magistrado. Sin pensarlo dos veces, se presentó un día a su casa y le manifestó sus intenciones.

-¡Pero cómo osáis, don Pedro! ¿No sabéis que a mis hijas les está vedado contraer nupcias con personas de mi jurisdicción? -respondió, aterrorizado, el señor de Solórzano.

-Yo la amo con pasión, vuesa merced, y mis intenciones son puras -reiteró el joven con ardor.

-¡Ya lo sé, ya lo sé... pero no debo saberlo! -apuntó el vejestorio, con voz aguda, mientras de soslayo miraba a don Pedro con sus ojillos cargados de intención, y agregó sibilinamente-: ¡y si se os ocurre raptarla o intentar cualquiera de vuestras tretas, me veré obligado a querellarme contra vos para dejar limpia mi responsabilidad ante la justicia del rey!

Lisperguer abrió los ojos asombrado ante la agudeza del anciano y comprendió el oculto mensaje. Rápidamente se despidió con una graciosa venia y abandonó la habitación.

Al salir al patio exterior, divisó a la mulatilla que siempre acompañaba a misa a doña Florencia y le hizo una seña:

-Así que estabais escuchando, ¿eh, negra curiosa? ¡Merecéis unos palos por intrigante! ¡Pero -atajó con un ademán el aluvión de disculpas de la criada- por esta vez os perdonaré si le lleváis un mensaje a vuestra ama!

-¡Sí, sí, señor! -balbuceó la pobre, empavorecida.

-Le diréis que me espere a medianoche junto a la puerta de las carretas del patio trasero. Agregadle que nos fugaremos. ¡Y pobre de vos si mencionáis algo de esto a alguien que no sea vuestra señora!

Y dejando a la mulata boquiabierta, caminó apresuradamente hacia su casa para preparar los detalles del rapto.

Esa noche, cuando el cansado sereno lanzaba su acostumbrado: «¡Ave María Purísima, las doce han dado y nublado!», don Pedro se acercó sigilosamente, con dos caballos, a la residencia de Solórzano. Luego de apearse, golpeó calladamente el portalón carretero, tras el cual se escuchaban los murmullos nerviosos de Florencia y de su criada. La hoja se abrió con acusador chirrido y asomó el rostro asustado de la mulata:

-¡Es él, amita! -avisó, volviéndose hacia las sombras.

-¡Quién más va a ser! ¿O es qué esperáis otro rapto? -masculló impaciente el joven- ¡Oh, amada, al fin seréis mía! -agregó, al ver recortarse en el marco la figura graciosa de la niña.

-¡No me raptéis, señor! -suplicó anhelante.

-¿Entonces, no me amáis?

-¡Sí, os amo más que a mi vida!. Pero, ¿qué va a ser de nosotros?

-Vos no os preocupéis, ¡aprended a confiar en el que va a ser vuestro marido! -y sin más palabras la ayudó a subirse al caballo. Luego dijo, dirigiéndose a la negra: -Cuando vuestro

amo el señor de Solórzano se despierte, llegaréis a avisarle con grandes aspavientos que doña Florencia ha sido raptada.

Al día siguiente, todo Santiago comentaba el secuestro de una de las más empingorotadas doncellas de la ciudad y, al saberse el nombre del galán, una ola de raptos se desató durante las noches siguientes. Cada enamorado quería emular al envidiado don Pedro, y todas las jóvenes en estado de merecer ansiaban ser raptadas. Cuentan los chismes que no faltó una robusta solterona «bien entrada en razón», que se largó desde arriba de una pirca a los débiles brazos de su avejentado pretendiente, con fatales consecuencias: le quebró todos los huesos.

Esa misma mañana, don Pedro Álvarez de Solórzano entabló querrela contra don Pedro de Lisperguer por el robo de su hija. La Audiencia decretó la inmediata prisión del hechor y el regreso de la doncella a la casa paterna. Lisperguer recurrió al provisor alegando que ambos se habían dado promesas de casamiento y solicitaba el permiso correspondiente para hacerlo, entretanto, rogaba a la autoridad se depositara a la novia en un convento hasta que se realizara el matrimonio. El provisor accedió y puso en libertad al muchacho. A los pocos días, la ceremonia se realizó con gran brillo.

Por su parte, el oidor Solórzano hizo una elocuente exposición en la Real Audiencia, declarando cómo había sido víctima del secuestro de su hija, pero que, ante la debida reparación que el ofensor le había dado casándose con ella bajo la autorización eclesiástica, no le cabía otro camino que retirar la querrela.

Todo debería haber terminado ahí como en las novelas, pero nadie creyó el cuento de que Solórzano no había tenido su parte. El resto de los oidores, que no le tenían muy buena voluntad a su colega, informaron al Rey de los acontecimientos, cargando la sal y la pimienta.

La Real Audiencia le suspendió de su cargo y dio orden de retenerle el sueldo mientras el Rey no proveyera otra cosa. Esto ocurría en marzo de 1614. Como buen licenciado, Solórzano hizo uso de cuanto recurso legal conocía, mas todo fue inútil, por lo que apeló ante el Rey y su Consejo de Indias. No contento con esto, reunió sus últimos patacones y emprendió el viaje a España, para defender personalmente su causa, pero al llegar a Tierra Firme se encontró con un primo de Su Majestad, el príncipe de Esquilache, recién nombrado virrey del Perú, quien traía un documento real con la orden de hacer la averiguación y resolver según su estima y parecer. El virrey ordenó a Solórzano que regresara y le aguardase en Lima hasta que él dictara sentencia en su caso.

Ya en Lima, el oidor hizo una presentación al príncipe, haciéndole ver que no le había cabido participación en el matrimonio de su hija, como afirmaban los maledicentes, y que el caso le estaba causando inmenso daño, no sólo a él, sino también a sus hijas y parientes que vivían a sus expensas, por la retención de sus salarios.

Finalmente, en enero de 1616, o sea dos años después de los sucesos, el virrey dictaminó que fuera repuesto en su cargo y se le reconociera como tal, devolviéndosele sus haberes.

Este fue el precio que pagó el oidor casamentero por el único de los cuatro matrimonios que logró llevar a cabo. Porque soplar y sorber, no puede ser.

Doña Beatriz, una mujer de armas tomar

En un comienzo, las calles de Santiago tomaron el nombre de sus moradores más importantes, y constituían, más que vías públicas, la prolongación de diversos hogares de una misma familia. A medida que los miembros de un hogar iban contrayendo matrimonio, agregaban sus casas junto a los lares paternos restando un poco de espacio al solar original. Las más de las veces estaban comunicadas por dentro, uniendo sus patios por puertas complacientes que hacían más fácil la comunicación de la parentela. Todo era de bautizo, boda y mortaja.

Pero la calle del Estado, que en ese tiempo ostentaba el nombre de la calle del Rey, y la de Ahumada, pertenecían especialmente a la aristocracia y el comercio, y la última es una de las pocas que han conservado su nombre desde los lejanos tiempos coloniales hasta la actualidad.

Don Juan de Ahumada, o don Rodrigo como le designan otros historiadores, llegó a Chile con la expedición de don García Hurtado de Mendoza, y cuando éste regresó a Lima, permaneció en estas tierras y contrajo matrimonio con doña Catalina Hurtado, hija del contador Juan Hurtado y de la mestiza Leonor Godínez.

Parece que la prosperidad bendijo los andares de don Juan, pues, más tarde, le vemos levantar una soberbia mansión en la calle de su nombre, y recibir una encomienda de indios en Choapa que posteriormente heredó su hijo Roque. Muy elegante debió ser la casona, pues era una de las pocas que ostentaba un altillo árabe en plena esquina con la calle de los Huérfanos.

Otro hijo del fundador de la familia fue don Cristóbal de Ahumada, alcalde de Santiago en 1582, quien transmitió la herencia familiar a sus dos vástagos, don Valeriano, corregidor de la capital en 1638, y a doña Beatriz, quien parece haber heredado la parte más ardiente de la sangre española y mestiza de su padre, pues llevó una vida que en aquellos tiempos se calificó de licenciosa.

La joven Beatriz contrajo matrimonio por conveniencias sociales con el sargento mayor Hernando de Castroverde Valiente, que aunque verde y valiente, estaba ya muy viejo para calmar la pasión de la inquieta niña. Todo hace suponer que el caballero sólo aportó títulos y apellidos al enlace, pues el matrimonio continuó viviendo en el hogar de los Ahumada y no instaló «casa aparte», como correspondía a un novio de regular peculio. En esta forma, doña Beatriz no sólo poseía escasa edad, sino también un ingente capital, cosas ambas que le daban gran desenvoltura para tomar las decisiones por su cuenta, sin aguardar parecer del anciano marido.

No pretendemos pintar a doña Beatriz como otra Quintrala, pues si bien ésta se daba el lujo de escoger a sus amantes como la primera, era además bruja y asesina. La joven Ahumada era alegre, despreocupada, extrovertida y totalmente libre de los prejuicios de la época. Desde los primeros días de su matrimonio con el sargento mayor, le impuso la condición de poseer alcobas separadas. Bien sabía ella que la comunidad de una «cuja» le traería solamente toses y ronquidos, aparte de inhibirle de toda libertad.

En una edad en que la curiosidad femenina es inmensa, la mayoría de las jóvenes piensa en el matrimonio como el medio de descubrir lo inexplorado. Doña Beatriz debía resignarse a un marido viejo y achacoso. No es de extrañar entonces, que, al poco tiempo, penetraran a su alcoba las siluetas embozadas de jóvenes caballeros tan ardientes como ella.

En corto lapso, el señor de Castroverde entregó su alma al cielo y se alejó de los afanes de esta vida, totalmente ignorante de las andanzas de su damita, por cuya honra habría puesto sus manos sobre el fuego.

La viudez no afectó para nada a la inquieta y enérgica mozuela. Continuó recibiendo visitas nocturnas y manejando los negocios heredados de su padre con gran habilidad comercial. Los productos de sus campos llegaban a la casona y se almacenaban en las bodegas del solar. El 1 de febrero de 1636, el Cabildo de Santiago le concedió una licencia muy especial para vender en su casa las cosechas, en circunstancias que estos productos se podían expender sólo en las pulperías y en un pequeño mercado en la Plaza de Armas, del cual la corporación edilicia obtenía una renta.

A fin de no dar pábulo a las maledicencias, la astuta joven hizo arreglar secretamente la enrejada ventana de su alcoba, que caía sobre la calle de los Huérfanos, para permitir el paso de sus visitantes, sin necesidad de usar el portón de las bodegas y menos la puerta principal que daba a la calle de Ahumada.

Pese a sus vaivenes amorosos, doña Beatriz se cuidaba de mantener en el mayor secreto sus aventuras nocturnas, y los propios amantes eran los más interesados en guardar silencio, pues en ese Santiago colonial las niñas se entregaban sólo después de la bendición eclesiástica, y únicamente una que otra dama de alcurnia, muy escasas por supuesto, se arriesgaban a estas andanzas. Los caballeros solteros se veían obligados a calmar sus inquietudes con las indias y mulatas de servicio, cuyas cualidades corporales no podían compararse con las que poseían las empingorotadas damas.

Uno de los más asiduos en traspasar la ventana, era el joven Diego Vásquez de Padilla, fogoso y desaprensivo amante, que logró fijar en él los pensamientos de la acaudalada e insatisfecha viudita. Pero don Diego hizo ciertos comentarios, en el corro de sus amistades, que dejaron en descubierto el nombre de la dama que le favorecía.

Uno de los presentes, que a su vez mantenía relaciones con otra señora de copete, le contó en la intimidad de la cama lo que había escuchado; y era tan zonza esta dama que, estando ella en la misma situación, lo transmitió a una amiga y así llegó a oídos de doña Beatriz.

En cuanto supo el chisme, la joven llamó a uno de sus más fieles capataces y le ordenó que, acompañado de varios robustos mocetones, propinaran una tunda de palos a Don Diego Vásquez de Padilla. Días después, amaneció el amante amarrado al rollo de la justicia de la Plaza Mayor, con signos de haber recibido una soberbia azotaina y un cartel que rezaba: «por deslenguado». Esa misma tarde, los esclavos de la familia Ahumada echaron a correr entre las servidumbres de todas las casas, el comentario de los amoríos de la habladora y de su amigo, y al día siguiente su desprestigio iba de boca en oído y de oído en boca.

En esta forma doña Beatriz barajó de un golpe las habladurías y cambió de amante.

Antes de un año, anunciaba su compromiso con el capitán Ambrosio de Córdoba, que más de alguna vez había visitado su tálamo con huellas tan imperecederas, que allí dejó clavado su corazón y pasó sobre las conveniencias sociales de la época.

Pero el buen capitán, a quien el amor había cerrado la razón, estaba convencido de que ella le dedicaría por entero su ardor. ¡Tan equivocado estaba que, antes del año, había solicitado su traslado a las primeras líneas de fuego en la guerra de Arauco, para ocultar su deshonor bajo las nubes de flechas de los indígenas! No pasó un mes sin que llegara una misiva a la inconsolable esposa, comunicándole la heroica muerte de su marido en el campo de batalla.

Mas el luto no podía contener los desbordes de su pasión y, a poco de haber consumado las diligencias de rigor, ya su alcoba era frecuentada por diversos galanes, uno de los cuales conquistó definitivamente el corazón de la viudita, don Cristóbal de Tapia.

Era éste un arrogante mozo aventurero, que había aprendido que las más desbordantes pasiones se apagan al recibir la bendición del matrimonio. Sabía él que mientras se mantuviera en su condición de amante clandestino, poseería el amor de Beatriz, y que, en cuanto se transformara en su esposo, pasaría a ser uno más en el museo de las conquistas de la viudita y a depender económicamente de ella. Así pues, se mantuvo en su papel ilícito y retuvo en la cínica sonrisa el amor de la joven.

Pero las andanzas amorosas de la viuda comenzaron a ser cada vez más desembozadas y abiertas, y adquirieron tal grado de publicidad, que la propia Real Audiencia se vio obligada a intervenir para evitar el escándalo. En 1640 fue emplazada ante la justicia, y gracias a la oportuna intervención de su hermano Corregidor, se salvó del castigo con una mera amonestación; pero como continuara su conducta, haciendo caso omiso de la reconvención, fue relegada a su chacra de Conchalí y su amante embarcado para Lima, previo pago de una multa de dos mil pesos, en beneficio de las arcas reales.

La perdida Ciudad de los Césares

Desde muy antiguo, quizá en los primeros años de la conquista, se generalizó la leyenda de la perdida Ciudad de los Césares tanto en Chile como en el Perú, Argentina y hasta en la

misma corte de España. Existía la creencia de que en la región de la Patagonia, en el costado oriental de la cordillera de los Andes, había una ciudad riquísima en oro, plata y piedras preciosas.

La historia tuvo su origen en el naufragio de una de las naves del obispo de Plasencia, el 22 de enero de 1540, en el Estrecho de Magallanes. Los sucesos se conocieron cuando dos de los naufragos, Pedro de Oviedo, cantero natural de Nieva, y Antonio Cobos, carpintero, llegaron a Concepción en los tiempos que era maestro de campo general el licenciado Julián Gutiérrez de Altamirano, que les ordenó hacer una relación firmada.

Según la narración, dos de los navíos de la armada del obispo de Plasencia se encontraban anclados en una bahía del interior del Estrecho, cuando una fuerte tempestad cortó los tres cables de uno de los barcos y lo lanzó sobre las rocas de la orilla norte. El capitán Sebastián de Argüello logró salvar a toda su tripulación, salvo a trece de ellos, que murieron. Consiguió reunir en tierra ciento cincuenta soldados, treinta aventureros, cuarenta y ocho marineros y veintitrés mujeres casadas, además de las armas, municiones y bastimentos.

El capitán Argüello hizo tiendas y barracas con las velas de la embarcación destrozada, y después de racionar a su gente, puso a buen recaudo las armas y provisiones, a la espera de ser recogidos por la otra nave, que era la capitana. Pero ésta se hallaba demasiado ocupada en salvarse a sí misma y, sin poderles prestar auxilio, fue empujada por los vientos hacia el Pacífico. Viendo que no podían esperar salvación por el mar, y luego de aguardar cuarenta días en aquel lugar, Argüello se decidió a marchar hacia el norte.

Abandonando las cosas de más peso, entre ellas las piezas de artillería y las jarcias, anduvieron siete jornadas hacia el interior. En el camino, divisaron indígenas que les venían a reconocer y luego se alejaban, por lo que mantuvieron guardias en los campamentos durante las noches, y patrullas de exploración en el día. Finalmente, se encontraron con un indio blanco y corpulento, con el que se entendieron mediante señas y gestos. Éste los condujo hasta las cercanías de una población indígena, pero dos leguas antes de llegar, fueron acometidos por una junta de más de tres mil indios, a quienes desbarataron fácilmente con las primeras mangas de arcabucería, y que dejaron cuarenta muertos y doce heridos en el campo. En vista de que no lograban hacerse entender por ellos, decidieron seguir el rastro de los que habían huido, y así llegaron a una población situada a orillas de un lago grande, lleno de productos agrícolas, cecinas de animales, pescado seco y muchos pájaros.

El capitán ordenó a su gente que no se desbandase ni cometiese desmanes y, luego de fortificarse, recogió a todas las mujeres indígenas con sus críos en uno de los cuerpos del cuartel, llenándolas de halagos y demostraciones de paz. A los tres días las fue soltando, cargadas de pequeños regalos, para que llamasen a sus maridos que habían huido del lugar. Antes de cincuenta días, los hombres volvieron a sus casas, mientras los españoles continuaban en el fuerte, y pronto, lentamente, comenzaron a entenderse, intercambiando cosas y alimentos.

Tres sacerdotes que iban en el grupo se pusieron en la tarea de instruirlos en la fe, hasta que lograron bautizarlos.

Junto a este poblado, había otros seis, y con todos se hicieron amigos. Decididos a permanecer en este sitio paradisíaco, el capitán decidió entregar a las hijas de los caciques por esposas a los españoles, bajo el sacramento del matrimonio cristiano que impartieron los curas que les acompañaban. Dio el ejemplo el capitán Argüello, que se casó con una india muy principal. En esta forma se estableció el parentesco entre españoles e indios.

Estos poblados eran víctimas de ataques de otras tribus que les eran superiores en el aspecto guerrero y que les causaban gran daño con sus incursiones. El capitán Argüello reunió a su gente y a sus parientes indios, y les dieron tal batida a los enemigos, que éstos cobraron temor y vinieron a ofrecer su amistad y paz, prometiendo mantenerse en buenos términos y correspondencia, lo que acabó de consolidar la fusión.

Con los años murieron dos de los sacerdotes, y el tercero, sintiéndose viejo, adiestró en las cosas de la Iglesia a un joven que había demostrado cualidades especiales, para que le reemplazara en todas aquellas cosas que pudiera ejercer sin haber sido ordenado.

Los españoles que llevaron las noticias a Concepción, habían permanecido hasta 1567 en esta población, mas habiendo muerto a uno de los soldados más amigos del capitán Argüello, y temiendo su justicia, huyeron hacia el norte hasta el grado 41, donde encontraron el poblado de un inca (suponemos en la laguna de Nahuelhuapi), que era muy considerado por su gente, al extremo que le portaban en una silla sobre sus hombros. «Era mancebo bien dispuesto, de edad de veintisiete años, vestía muy galán y traía una borla colorada en la frente, y lo nombraban Topa Inga».

Los fugitivos contaron que la ciudad era tan extensa que se demoraron dos días en cruzarla. La tierra era muy fértil y por todas partes veían «oficiales plateros, con obras de vasijas de plata gruesa y sutiles, y algunas piedras azules y verdes toscas que las engastaban. La gente era aguileña, lucida e ingeniosa y al fin de la del Perú sin mezcla de otra». Aceptándoles sólo comidas como regalos, lograron con su ayuda cruzar hacia Villarrica, y desde ahí hasta Concepción.

Refiere el padre Rosales, que no es increíble que estas poblaciones hayan sido de indios peruanos, pues cuando los españoles llegaron al Perú, cerca de treinta mil indios huyeron por el despoblado de Atacama, internándose en la cordillera, y caminaron muchas leguas hacia el sur por el costado oriental, hasta llegar a una región muy fértil llena de lagunas y minas de oro y plata en abundancia. Esto se habría sabido por una investigación que el virrey Hurtado de Mendoza ordenó al capitán Diego de Godoy y Loaisa, que había sido corregidor de Atacama. Hablando con los indios y caciques más viejos, descubrió que éstos narraban en sus Quipos la historia del éxodo hacia el sur. Los Quipos eran cordones de diferentes colores, «que cada uno refiere su historia y suceso diferente, y éstos los repiten todos los días y conservan la memoria de ellos».

Muchos fueron los que quisieron descubrir la Ciudad de los Césares. Juan Jufre, teniente de gobernador en Cuyo, despachó una expedición hacia el oriente, a Conralla, y otra hacia el

sur, hacia Trapananda o los Césares. La segunda llegó sólo hasta el Diamante, pero regresó con noticias de los misteriosos españoles de la Patagonia. Francisco de Villagra cogió a un indio puelche, que le confesó haber visto y estado en esas poblaciones. Con él le mandó una carta al capitán Argüello, pero el indio jamás regresó.

Más tarde, en 1620, el gobernador Lope de Ulloa despachó otra expedición a cargo de Juan García Tao, para que, desde Chiloé, tratara de tomar contacto con los sobrevivientes de la nave del obispo de Plasencia, pero se les agotaron los recursos y no lograron llegar; sin embargo, trajeron noticias que no dejaban dudas respecto de su existencia. En 1622, salió desde Córdoba Jerónimo Luis de Cabrera, con 400 hombres, 200 carretas y 6.000 cabezas de ganado mayor y menor, pero fueron interceptados por los indios al cruzar el Río Negro, quienes incendiaron el pasto y les obligaron a retroceder.

En fin, han sido innumerables las expediciones que se han realizado, incluso en 1672 el padre Nicolás Mascardi intentó otra incursión, pero fue muerto por los indios, y el presidente Juan Henríquez consiguió rescatar su cadáver.

¿Existe realmente la Ciudad de los Césares, perdida en el tiempo y en el espacio?...
¡Jamás se sabrá!

Los corsarios holandeses

Las guerras permanentes que España mantenía en Europa, repercutieron con intensidad en sus colonias de América. Tres corsarios ingleses habían roto la cadena que cerraba la entrada al mar Pacífico, o Mare Clausum como le llamaban los españoles, que insistían en considerarlo de su exclusiva propiedad. Habían cruzado el Estrecho de Magallanes, estudiando las rutas y explorado sus contornos. Luego atacaron en Valparaíso, Quintero, La Serena, el Callao y en las costas de Centroamérica y Méjico.

La clausura ya no existía. Y el intento de Pedro Sarmiento de Gamboa de fundar dos ciudades en el Estrecho para impedir el paso, tuvo un destino fatal. Sus colonos murieron de hambre y frío. Y si bien los ingleses detuvieron sus actividades corsarias a la muerte de Isabel I, se había corrido la voz en Europa de que el Pacífico era vulnerable.

España tenía otro enemigo que, aunque pequeño, no dejaba de ser formidable. Holanda, en un fragmento de territorio, había levantado una potencia que se atrevía a hacer la guerra al imperio más grande del mundo occidental. Los holandeses eran hábiles comerciantes y a la vez eximios marinos. Hasta hacía poco sus naves no habían salido de los mares de Europa, mientras otras naciones como España, Portugal, Francia e Inglaterra habían realizado grandes navegaciones. Sin embargo, la misma tiranía, las prohibiciones a su comercio y la cruel guerra con que España pretendía tenerla bajo su dominio, hicieron que en vez de perecer, su pueblo reaccionara produciendo la salvación y prosperidad.

El milagro holandés se debió a la sabiduría y prudencia de sus soberanos, en particular el príncipe Mauricio de Nassau, famoso general que decidió buscar en otros continentes la ayuda que le negaban sus vecinos.

Profundas causas políticas y religiosas distanciaban a ambas naciones. Mientras España se transformó en la defensora de la Iglesia Romana, en Inglaterra y Holanda se proscribió el catolicismo, agregando un ingrediente religioso a las empresas corsarias que se proyectaban.

Las expediciones holandesas adquirieron un carácter muy distinto a las realizadas por los ingleses hasta la fecha. Estos habían buscado el pillaje y la forma de dar golpes a las plazas españolas del Pacífico, proyectando sus incursiones en secreto o bajo pretextos muy diferentes de sus verdaderos objetivos. Los holandeses, en cambio, organizaron sus expediciones abiertamente, con el financiamiento de acaudalados mercaderes o compañías establecidas, que buscaban la apertura de nuevas rutas comerciales.

Algunos negociantes de Rotterdam dirigidos por Baltasar Moucherón, organizaron la Compañía de Magallanes para explorar el comercio oriental a través del Estrecho de ese nombre. Su intención era establecer bases y factorías en el Pacífico americano. Y para ello pensaron fomentar rebeliones entre los indígenas dominados e incentivar el descontento en los descendientes de españoles.

No obstante, la triste memoria que habían dejado los ingleses, redujo sus ambiciones al comercio ocasional y al pillaje que pudieran ejercer con miras a mermar el poderío de España en América, continente de donde extraían las fabulosas riquezas que empleaban en su guerra contra los Países Bajos.

Pedro Verhagen, rico comerciante de Rotterdam, organizó con otros capitalistas una gran expedición naval destinada a cruzar el Estrecho de Magallanes, para abrir una nueva ruta al Oriente. Y preparó cinco naves cargada de mercaderías de gran valor que pensaba comerciar en las islas asiáticas.

España no acostumbraba, según sus leyes e invariables usos, hacer partícipes de su comercio de las Indias a los países que, como Flandes, se hallaban en Europa bajo su dominación. Menos aún, formar una expedición sin españoles y permitirles zarpar para América de un puerto que no fuera ibérico. Por ello la empresa había de realizarse sin su conocimiento y adquiriría el carácter de corsaria.

Simón de Cordes

La primera expedición que Holanda envió al Pacífico, vino al mando de Jacobo Mahú, socio de la Compañía de Magallanes y experimentado navegante. Las cinco naves zarparon el 27 de junio de 1598 de un pequeño puerto situado a cuatro leguas de Rotterdam. Quinientos cuarenta y siete hombres, holandeses, franceses e ingleses, componían su

tripulación. En su gran mayoría aventureros o basura de puerto, habían sido reclutados con engaños, diciéndoles que iban al Cabo de la Buena Esperanza.

Costearon el África y debieron enfrentar a los portugueses para procurarse alimentos. Más al sur, después de cruzar la línea equinoccial, el escorbuto comenzó a hacer estragos, y uno de los que murió fue el propio almirante Mahú. Lo reemplazó Simón de Cordes, otro rico comerciante holandés que había contribuido con buena parte de su fortuna a armar las naves. Desde las islas de Cabo Verde cruzaron el Atlántico hasta tocar en Río de la Plata. Haciéndose pasar por súbditos del rey de España, intentaron conseguir alimentos en Buenos Aires. Pero el gobernador Diego Rodríguez de Valdés no cayó en la trampa y debieron seguir de largo.

A medida que se acercaban a la zona austral comenzaron a ser acosados por el hambre y el frío. Penetraron al Estrecho en abril de 1599 y echaron anclas en una rada de la ribera norte que bautizaron como Bahía de Cordes. Los cuatro meses que permanecieron ahí sufrieron crueles tiempos de hielo, vientos, granizos y aguaceros. El hambre apretaba porque no podían repartir más de seis libras de pan a cada persona para ocho días. Echaron mano a los pescados y almejas que lograron coger y a algunas raíces de hierbas. Trataron de internarse en tierra en busca de alimentos, pero los patagones les mataron tres hombres. El piloto de la nave capitana, Adams, anotó en su diario que en varias ocasiones hubo vientos favorables para salir del Estrecho, pero que no lo hicieron porque Simón de Cordes ocupó demasiado tiempo en recoger agua y leña. A estas alturas la bulimia, las inclemencias del tiempo y las enfermedades, habían matado cerca de doscientos tripulantes y dos oficiales, entre ellos, el capitán de «La Fidelidad» Julián van Bockholt, a quien sucedió en el mando el sobrino del almirante, Baltasar de Cordes, quien dejaría triste memoria en Chile.

En agosto se trasladaron a la orilla sur y recalaron en otra ensenada. Durante la noche del 23 se realizó una extraña ceremonia. Simón de Cordes, cuyo odio a los españoles iba en aumento a causa de los terribles padecimientos soportados, decidió formar una orden de caballería, especie de hermandad corsaria, llamada El León No Encadenado. Los que la integraron, todos oficiales de la armada, juraron odio eterno a España y ofrecieron al sacrificio de sus vidas, si era necesario, para hacer triunfar las armas de Holanda sobre el odiado opresor de los Países Bajos. Después del juramento, bautizaron aquel lugar como Bahía de los Caballeros. Antes de abandonar el refugio, Cordes hizo grabar en una tabla los nombres de los iniciados y ordenó clavarla en la ribera.

Levaron anclas el 2 de septiembre y salieron al Pacífico, pero les cogió un temporal que deshizo la escuadra, dispersando las naves en distintas direcciones. Habían convenido que, en caso de separarse, debían reunirse en la isla Santa María, conocido apeadero de corsarios en el Pacífico.

«La Caridad», comandada por Gerald van Beuningen, arribó a la isla Mocha y su tripulación desembarcó para conseguir alimentos. Los isleños, que ya habían rechazado antes a los ingleses, mataron a todos los que bajaron a tierra.

Navegando hacia el norte completamente sola, «La Esperanza», nave capitana de Simón de Cordes, tocó en la punta Lavapié en plena bahía de Arauco. Su llegada fue recibida con grandes muestras de alegría por los mapuches, que les hicieron señas para que desembarcaran. El marino holandés pensó que los indios veían en ellos un aliado natural contra los españoles, y aceptó gustoso la invitación de bajar a tierra con algunos hombres para ser agasajados. Los astutos araucanos les ofrecieron una comilona, en la que abundó la excelente chicha que bebían en los cráneos de sus enemigos. Prendió la alegría, se soltaron las lenguas y la conversación produjo más sed. La bebida circuló generosa y comenzó a hacer efecto en los holandeses que no estaban acostumbrados a ella. Cuando les tuvieron suficientemente borrachos y descuidados, salieron a relucir los cuchillos y los degollaron a todos. Los soberbios hijos de Arauco no querían extranjeros en su tierra, fueran españoles, ingleses u holandeses.

En la nave había permanecido el hijo del comandante, que llevaba el mismo nombre. Al ver desde cubierta la carnicería, comprendió que nada podía hacer y tomó el mando de «La Esperanza». Se dirigió a la isla Santa María, donde dos días después arribó «La Caridad» que aún no se resarcía de su aventura en la Mocha. Las tripulaciones de ambas naves eran, pues, sobrevivientes de los indios.

Mientras el joven corsario pensaba cómo podía conseguir provisiones, una nave española se acercó a la isla. Era el capitán Pedro de Recalde que llevaba auxilio a «La Imperial», pero los vientos se lo habían impedido. Los pocos barcos que navegaban en Chile eran bien conocidos, y éstos que estaban en la isla tenían todas las trazas de ser extranjeros. Recalde se inquietó y trató de ganar el barlovento para enfilarse a Concepción. Al ver que la nave quería alejarse, Simón de Cordes saltó a un bote con cuatro mosqueteros e intentó acercarse para hablar. Recalde reconoció en él a un enemigo y no se detuvo, apresurándose para informar al gobernador Francisco de Quiñones.

La autoridad comprendió que debía alejar a los corsarios de la isla Santa María, pero no tenía barco, artillería ni soldados. Escogió al capitán Antonio Recio, que se había destacado por valiente y astuto, para que fuera en un barquichuelo a impedir que los enemigos bajaran a tierra.

Recio llegó a la isla por otro costado y no fue visto por los holandeses. Reunió y armó a los naturales para que, acompañados por unos pocos españoles que vivían allí, resistieran al enemigo si intentaban desembarcar. Luego envió un mensajero a de Cordes para averiguar qué razones le traían a esta lejana tierra.

El holandés se apresuró en contestar por escrito en una mala jerga de español y portugués. Eran vasallos del rey don Felipe, no españoles, pero sí fieles flamencos, con gran cantidad de mercaderías para vender o cambiar por alimentos.

El capitán Recio sabía que ningún extranjero podía comerciar en estas costas y menos sin una autorización escrita. Pensó que eran ingleses y evaluó la posibilidad de que las dos naves fueran sólo vanguardia de una flota más grande. Como la fuerza no estaba de su lado, recurrió a un ardid. Mandó a decir al marino que él era un simple capitán al mando de cien españoles y trescientos indios, y no tenía autoridad para permitir un desembarco o practicar

el comercio. Mas, como quería ayudarles, iría de inmediato a pedir instrucciones al gobernador que se encontraba muy cerca.

Al saber lo ocurrido, don Francisco de Quiñones sopesó la situación. La gente de Chile era tan pobre, que andaba en «cueros vivos»; pero había alimentos. Los holandeses en cambio, necesitaban víveres y tenían mercaderías. ¿No sería posible conseguir un trueque, a cambio de que no atacaran nuestras costas?

Pero estos pensamientos no debía saberlos nunca el virrey y menos el rey. Lo cierto fue que el capitán Recio volvió a la isla y se embarcó en un bote para visitar las naves. Un día permaneció en la capitana, sin que el corsario le mostrara la nao almirante. El español admiró la excelencia de los barcos, los veintiséis cañones del primero y los seis del segundo. Fue agasajado con muchos regalos y él les proporcionó víveres suficientes. Simón de Cordes representaba unos veinte años, pero todos le trataban de «general». No sabía que acababa de reemplazar a su padre en el mando, ni ellos se lo contaron. Le entregaron una carta para el gobernador, en la que ofrecían sus personas y navíos para ayudarles en su lucha contra los araucanos. A cambio, sólo pedían que un práctico los condujera a la bahía de Concepción, para ponerse al servicio de España.

Naturalmente Quiñones no se tragó el cuento de la fidelidad, pero las dos naves y el poderoso refuerzo de armas, municiones y mercaderías que traían, le venía de perillas en ese instante en que el toqui Pelentaru acababa de destruir la ciudad de Valdivia. Y envió una carta a Simón de Cordes, invitándole a ir a Concepción donde encontraría toda clase de auxilios.

Pero los holandeses, que habían aguardado en la isla más del tiempo necesario y ya estaban reabastecidos, decidieron zarpar hacia el Japón para negociar, pues traían vestidos de lana que allá eran muy apreciados. Y así, la carta de Quiñones llegó demasiado tarde.

«La Fe», cuarta nave de la expedición, era comandada por el capitán Sebald de Weert y navegaba junto a «La Fidelidad» de Baltasar de Cordes, sobrino del almirante de la flota. A comienzos de diciembre de 1599 se encontraron en el Estrecho a punto de salir al Pacífico, pero un fuerte viento las separó.

«La Fe» fue empujada hacia el interior y logró protegerse en una cerrada bahía. Allí desembarcaron en procura de víveres y divisaron a algunos indígenas que huyeron. Lograron capturar a una mujer que por cargar dos niños no podía correr. La llevaron al barco y fue objeto de la impertinente curiosidad de los corsarios. Le regalaron alimentos y ropas, pero le quitaron una pequeña de cuatro años para llevarla a Holanda. La india no había dado, hasta el momento, ninguna muestra de emoción; pero al ver que le arrebataban a su hija sus ojos se llenaron de lágrimas.

«La Fe» regresó a la Bahía de Cordes y disparó un cañonazo con la esperanza de ser escuchados desde «La Fidelidad». Les respondieron, pero no eran sus compañeros sino otra flota holandesa que venía al mando de Oliverio van Noort. Obtuvieron alimentos y el capitán de Weert decidió regresar a Holanda. Fue uno de los más afortunados de la expedición.

El último barco de la flota, el filibote «Ciervo Volante», sufrió el embate de las tempestades y de los fuertes vientos del norte. Después de seis semanas en que la nave barloventeó de una a otra parte, llegaron al grado 64 donde divisaron «una tierra alta, con montañas cubiertas de nieve como el país de Noruega». El capitán Gherritz recordó las ordenes de Simón de Cordes y enfiló hacia el norte, siguiendo en la carta de marear la ruta marcada por Thomas Cavendish para encontrar la isla Santa María. Pero ésta estaba mal graduada y fueron a dar frente a Valparaíso. Antes de entrar en la bahía, murió el capitán y le sucedió su hermano Teodorico.

El filibote se acercó a tierra en pésimas condiciones. De los cincuenta y seis hombres con que salió de Holanda, sólo restaban veintitrés, el resto había perecido en la travesía. Sin más alimentos que cinco quintales de bizcochos y un cuarto de pipa de arroz, ya deseaban entregarse a los españoles, negociando su rendición. Aunque prisioneros, no volverían a sufrir esa hambruna atroz.

En Valparaíso les esperaba el capitán Jerónimo de Molina, que había sido avisado de la presencia de otras naves en la isla Santa María. Les recibió con las armas en la mano y disparó en cuanto vio que echaron un bote al agua. Al llegar a tierra, les aprisionó y entregó a las autoridades. Parte de la tripulación permaneció en Chile, los demás, incluido el capitán, fueron enviados a Lima.

Baltasar de Cordes

Tras la muerte del viejo Bockholt, Baltasar de Cordes había tomado el mando de «La Fidelidad». Ignorante de lo ocurrido a los otros barcos, permaneció en el sur buscándoles afanosamente y escudriñaba el horizonte, tratando de divisar las velas de «La Fe», su nave compañera. No sabía del regreso del capitán Sabald de Weert a Holanda, ni que su tío Simón de Cordes, almirante de la flota, había muerto a manos de los mapuches.

Era diciembre de 1599. La tripulación, ya completamente agotada, apenas podía maniobrar. Sólo les mantenía en pie el deseo vigoroso de salvar sus vidas y la férrea voluntad del capitán. Tenían un barco cargado de mercaderías valiosas y no se resignaban a morir en aquellas heladas regiones. Llevaban ya cinco días al amparo de una ensenada, cuando de pronto un fuerte viento del oriente les empujó hacia la salida del Estrecho. Fueron arrastrando el ancla para evitar un desastre, hasta llegar al Pacífico. Allí una tempestad los llevó raudamente a lo largo de la costa de Chiloé. El piloto Antonio Atoine, o Antonio el Negro como le llamaban sus compañeros, hizo maravillas con el timón para salvar la nave.

Ya en aguas más tranquilas, al norte de la gran isla, buscaron un puerto donde recalar. Desde tierra fueron avistados por un cacique de Lacuy, quien comprendió que la arboladura y el cordaje de esta embarcación eran diferentes a las naves españolas. Y cualquiera que no fuera español, era necesariamente un aliado. Echó una piragua al mar y se acercó a los

holandeses. Fue recibido con grandes muestras de amistad, pues su presencia significaba la posibilidad de conseguir víveres frescos y agua.

Cuando el chilote subió a bordo le obsequiaron cuentas, espejos y otras fruslerías. Como no conocía su lengua, trataron de darse a entender por señales. Él les miraba sonriente y perplejo, finalmente les hizo un ademán de espera, remó nuevamente hacia tierra y regresó con un indio de su comarca que hablaba castellano.

Baltasar de Cordes se alegró, él dominaba esa lengua aunque la odiaba. La comunicación fue fácil y los holandeses les regalaron cuchillos y lanzas, armas que vencieron su natural resistencia. El intérprete les condujo al puerto y les invitó a bajar a tierra. Los marinos se sintieron en el paraíso. Hacía más de diecisiete meses que habían zarpado de su país, y la mayor parte del viaje se alimentaron de mariscos, pescados y comida en conserva que llevaban en la nave.

Les trajeron carneros, vacas, aves, maíz y verduras. Los alimentos obraron maravillas en ellos y en pocos días se recuperaron. Mientras Adrián Diego, el carpintero de a bordo dirigía las reparaciones de la embarcación, Baltasar de Cordes averiguó que tres renegados españoles vivían entre los indios. Pese a la repugnancia que le inspiraba este tipo de gente, les hizo venir a su presencia.

Poco después comparecieron unos desarrapados e inmundos sujetos, cuyos rostros no podían ocultar su calidad moral. Declararon haber pertenecido a la guarnición española de Osorno, y que habían desertado a causa de los incansables ataques de los araucanos que los sitiaban por hambre. A cambio de su ayuda, ofrecieron darle información valiosa sobre las fuerzas, recursos y posiciones de las tropas que guarnecían Chiloé.

El holandés les observó detenidamente. No se engañaba, definitivamente eran la escoria de los puertos, que los españoles habían debido reclutar para mantener la guerra de Arauco, pero que huían a la sola vista de los mapuches.

Los renegados le informaron. En la isla de Chiloé existía una bahía cerradísima y muy resguardada de las tormentas, donde se hallaba la ciudad de Castro. Su posición era estratégica, ya que constituía el varadero obligado de todos los barcos que cruzaban el Estrecho. Allí el corsario podía hacerse de un rico botín y de abundante provisiones, además de asestar un buen golpe a los españoles.

Baltasar de Cordes sopesó la situación en silencio. Se le presentaba la oportunidad que andaba buscando y no podía desperdiciarla. Su mente bulló de ideas durante largo rato. Finalmente, expuso un plan para apoderarse de Castro. Mientras él se dirigía allí por mar, los indígenas al mando de los renegados se acercarían por tierra a la parte trasera de la ciudad, con miras a tomarla entre dos fuegos. La señal para que los indios atacaran, sería el incendio de un rancho de la playa, al que pegaría fuego en cuanto desembarcaran.

En la ciudad española tenía el mando Baltazar Ruiz del Pliego con el cargo de corregidor. Pronto llegó a sus oídos el rumor de que un barco inglés se hallaba en las cercanías de la isla. Los naturales nunca se habían rebelado hasta ahora, pues su población

estaba constituida en gran parte por mestizos, hijos de españoles y hembras aborígenes. Pero los cristianos no se descuidaban. Sabían que todos los alzamientos mapuches terminaban en la costa de Ancud, pero que éstos se comunicaban con los chilotes, tratándolos de cobardes por no sacudirse el yugo del invasor.

La alianza de los corsarios con los indios era imposible de mantener en secreto. Ruiz del Pliego se impuso de que algo sucedía y encargó al capitán Martín de Uribe que recorriera la costa con treinta jinetes, mientras él se preocupaba de levantar una empalizada que rodeara la ciudad. Y mientras se hallaba en esos preparativos, llegó el cura Pedro Contreras Borra, a contar que una india le había avisado que los corsarios navegaban hacia Castro.

El corregidor ordenó que toda la población se guareciera en el fuerte. Permanecieron despiertos durante toda la noche y sólo al amanecer, desde una de las atalayas, divisaron las blancas velas de «La Fidelidad» que entraba en la bahía. Mas, al acercarse al puerto, observaron con sorpresa que no venían en son de guerra, sino luciendo banderas y gallardetes, en tanto saludaban al puerto con toque de clarines y señales amistosas.

Demasiado bien conocían los españoles las tretas de los corsarios. Ya habían sido engañados en oportunidades anteriores por esos enemigos marítimos de España, que ellos llamaban genéricamente «ingleses». Francis Drake, en 1578, Thomas Cavendish, en 1587, y finalmente Richard Hawkins cuando saqueó Valparaíso en 1594, habían usado sistemas parecidos, tratando de hacerse pasar por amigos, para luego de ganada su confianza, barrer con ellos.

Al encontrarse el barco a suficiente distancia como para ser escuchados, Baltasar de Cordes llamó a grandes voces, pidiendo ponerse al habla con las autoridades del puerto, y les rogó que enviaran a alguien para que se impusiera de sus intenciones amigables.

El corregidor reunió a los vecinos en una especie de cabildo abierto y les consultó sobre la situación. Hubo unanimidad en que no se corría peligro en enviar a uno de los oficiales, salvo que se le tomara de rehén, cosa poco probable, ya que lo cerrado de la bahía tenía a los «ingleses» aprisionados en la poza. En cambio había mucho que ganar. El enviado podía averiguar no sólo sus intenciones, sino también su poderío guerrero. Ruiz del Pliego designó al capitán Pedro de Villagoya, respetado vecino de la ciudad, para que subiera a bordo.

Villagoya fue recibido con gran cortesía. El corsario le trató con mucha deferencia y le hizo numerosos presentes. Le invitó a su propia cámara y ordenó traer bebidas y refrescos. Después, en larguísima conversación, le refirió los pormenores de su azaroso viaje a través del Estrecho.

Le contó que la expedición había sido organizada por su tío con miras a comerciar en América, que sabía estaba muy necesitada de artículos. Su intención era continuar a las costas de Asia, donde podían intercambiar mercaderías que, a su vez, venderían muy bien a su vuelta a Holanda.

La elegante presentación de este joven holandés de veintidós años, sus bien cuidados modales, la sinceridad que demostraba al hablar de las penalidades soportadas en el Estrecho, la forma como se apartó de las otras naves, y la seguridad de que se encontraba solo y errante por aquellas inhóspitas regiones, conquistaron el espíritu del capitán español. Villagoya vio en él sólo a un muchacho indefenso separado de sus compañeros, que por los azares del destino se había convertido en capitán inexperto de una tripulación diezmada y agotada.

El holandés terminó de convencerlo, cuando le aseguró que por ser católicos y amigos de los españoles, fueron perseguidos en Rotterdam, que habían partido en busca de un nuevo destino fuera de su patria, trayendo estas barcas llenas de mercaderías, sin más armas que las necesarias para defenderse de los piratas ingleses, o aquéllas que podían comerciar.

Pero el ingenuo capitán no supo que el pícaro había ordenado esconder los cañones, salvo los de proa, y ocultar los mosquetes de los tripulantes, que se mostraron sumisos y abatidos.

Ya en la noche, en medio de festejos y atenciones, de Cordes confidenció a Villagoya que los indios de la isla le habían ofrecido doce almudes de oro y todos los despojos de la ciudad, si les ayudaba a saquearla. Y le sugirió que podían aliarse para repeler a los naturales y someterlos en definitiva. Él sólo necesitaba legumbres, bizcochos y treinta vacas hechas cecinas, para continuar su travesía.

Villagoya regresó a la ciudad convencido de las buenas intenciones del holandés y transmitió sus proposiciones al corregidor, abogando en su favor. El cabildo escuchó con alegría las excelentes noticias. Era de toda conveniencia acceder a sus peticiones, que les reportarían grandes beneficios. El trueque de productos frescos que ellos tenían en demasía, por artículos que necesitaban con urgencia, era un maná que les caía del cielo. Luego que todos aceptaron, el escribano tomó acta de la decisión del Cabildo.

El corregidor autorizó a Villagoya para que acordara con el marino la forma de defenderse de los indios, y aprovechó de enviarle algunos obsequios. El holandés le recibió con mayores atenciones que en la víspera. Y, entre agasajos y pláticas, le reveló que los aborígenes le pidieron que él atacara la ciudad por la costa, mientras que ellos lo hacían por la espalda. Él había tenido que fingir aceptación a su plan, para lograr ayuda cuando recaló en puerto Lacuy. Sólo esperaban que se produjera el combate y quemara un rancho de la costa, que era la señal.

El corsario, sibilinamente, aventuró una proposición. ¿Por qué no simular una lucha entre ellos, para así coger a los indios entre dos fuegos? Esto escapaba a la autoridad de Villagoya, pero era tanta su candidez, que reveló al corsario que no tenían pólvora ni balas.

De Cordes rió para su interior, satisfecho, y para terminar de ganarse su confianza, le entregó una botija de pólvora y mil balas de arcabuz. Cuando el capitán regresó a tierra y mostró la ayuda del holandés, todos cayeron en el lazo. Al amanecer, el corregidor ordenó quemar un rancho de la playa y disparar siete mosquetazos, que fueron respondidos por cuatro del corsario. En esta forma se inició el simulacro de combate que habían convenido.

Villagoya volvió al barco para arreglar los últimos detalles, pero el corsario había decidido sacarse la máscara y le hizo prender, con el pretexto de que había incendiado un rancho fuera de la ciudad, y no dentro de ella como era el acuerdo.

Enseguida, desembarcó a la tripulación con instrucciones de reunirse en cierto lugar de la playa, y envió a Antoine el Negro donde el corregidor con la petición de que le enviara a seis de sus mejores capitanes, a fin de concertar el plan de ataque fuera de la vista de los indios. Antoine no era el mejor embajador, pues su presencia dejaba mucho que desear. De mediana estatura, anchísimo de hombros y brazos musculosos, no podía ocultar en su fea cara y torva mirada, el aspecto típico del viejo bucanero.

Pero los españoles estaban tan convencidos de la buena fe de los holandeses, que vieron en su desembarco la certidumbre de un gran auxilio. El corregidor no trepidó en enviar a seis de sus oficiales más escogidos. Mas, en cuanto se presentaron en el lugar donde les esperaba de Cordes, éste ordenó que los degollaran. Y antes de que los capitanes desenvainaran los aceros, se encontraron con los cuellos tronchados. Después de tamaño crimen, de Cordes caminó tranquilamente hasta la ciudad para seguir representando su papel. Llegó en el mismo instante en que se vio aparecer, por el otro costado, una gran cantidad de naturales dispuestos al ataque.

Le dijo al corregidor que había cambiado sus planes, en vista de que quemaron, equivocadamente, un rancho fuera de la ciudad y no dentro de ella como estaba convenido con los indios. Y como éstos eran en extremo desconfiados, la única manera de engañarles y convencerles de que había apresado a los españoles, era haciendo que todos ellos entraran a la iglesia y permanecieran ahí, hasta que él comenzara el combate contra los indígenas. En este momento debían salir y atacarlos por la espalda, apoyados por los capitanes que se hallaban con su tripulación.

Ruiz del Pliego no podía imaginar que este joven de tan buenas maneras y elegante presencia, era un refinado asesino. Y dispuso que todos, hombres, mujeres y niños, se encerraran rápidamente en la iglesia.

Una vez que se libró de los castellanos, hizo señas a los indios para que acercaran. Estos seguían persuadidos de que el holandés estaba actuando de acuerdo a lo convenido. Llamó a los más principales y les llevó a un lugar apartado. Allí les hizo acuchillar con extrema ferocidad y en completo silencio. Luego repitió lo mismo con el resto, hasta no dejar vivo a ninguno de los que se hallaban cerca.

Después de la matanza, envió a Antoine el Negro a la iglesia, para que hiciera salir a los hombres de uno en uno. Y, a medida que iban cruzando el umbral, les fueron asesinando pérfidamente. Pero los que se encontraban dentro escucharon quejidos y se alertaron. El cura Contreras Borra, que estaba orando de rodillas frente al altar, cogió una enorme trizona que había sido de su padre y arremetió contra los piratas que penetraron al santo recinto. Una de las mujeres, doña Inés de Bazán, natural de Osorno y viuda del capitán guipuzcoano Juan de Oyarzún, se sumó a los pocos hombres que quedaban para resistir con las armas en la mano.

Pero la masacre fue completa. Sólo perdonaron la vida a las mujeres, no por compasión, sino para que fueran pasto de sus deseos. Y después de encerrarlas, se entregaron a la más espantosa borrachera con el aguardiente que encontraron en las casas al saquear la ciudad.

Mientras estas atrocidades ocurrían en Castro, un grupo de veinticinco españoles al mando del capitán Luis de Vargas regresaba de un largo patrullaje. Desde lejos divisaron las llamas que consumían gran parte de las viviendas. Cogieron lenguas de los indios que lograron huir de la degollina, y se impusieron del drama que había vivido la plaza durante la víspera.

Luis de Vargas despachó de inmediato un mensajero al coronel Francisco del Campo, que se hallaba en Osorno, y comenzó a urdir un plan para atacar a los piratas y liberar a las mujeres y sus niños. Escogió a uno de sus hombres, el soldado Torres, y le ordenó que fuera a la ciudad y simulara ser un renegado que deseaba pasarse a los holandeses. Debía averiguar si habían desembarcado cañones, y si fuese así, intentar inutilizarlos para que no les hicieran daño en el ataque nocturno que pensaban realizar.

Torres llegó hasta las casas y se encontró con doña Inés de Bazán que había logrado escapar, aprovechando la borrachera de los piratas. En la oscuridad de un zaguán, le informó de los planes del capitán Vargas y de la misión que le había encomendado.

Doña Inés sabía donde estaban emplazados los cañones. Confundiéndose con las sombras, corrieron sigilosamente hacia los torreones, donde encontraron los atados de cuernamecha que servían para tronar la pólvora. Los sumieron en agua hasta que quedaron totalmente empapados, y luego, deslizándose a lo largo de la empalizada, repitieron la faena con los otros cañones.

Al amparo de la noche, Luis de Vargas y sus hombres consiguieron acercarse a la ciudad sin ser descubiertos. Dejaron los caballos en un bosque cercano y caminaron silenciosamente hasta las primeras casas. Poco antes de llegar, se toparon con Torres y doña Inés que les aguardaban para señalarles dónde estaban las cautivas, y para informarles de los cañones inutilizados.

Se dirigieron al barracón que servía de improvisada cárcel y observaron que la entrada estaba custodiada por dos corsarios que conversaban distraídos. Sendos golpes sobre sus cráneos, dieron con ellos por tierra. La alegría de las desdichadas fue inmensa y apenas pudieron contener sus expresiones de júbilo y agradecimiento. Luego fueron todos hacia los matorrales donde habían dejado las cabalgaduras. Y mientras las mujeres huían hacia el campo alejándose de la ciudad, Vargas y sus soldados se dedicaron a arrear todo el ganado fuera del pueblo, para sitiar por hambre a los holandeses.

Pero el mugido de los animales alertó a Baltasar de Cordes. Corrió con algunos de los suyos y logró capturar al soldado Torres y a doña Inés, que permanecían rezagados protegiendo la fuga de las mujeres. El pirata estaba furioso y buscó en quien descargar su

ira. Ordenó que ahorcaran a Torres en un improvisado cadalso y que continuaran con doña Inés. Cuando ésta se encontraba con la soga en el cuello, el corsario se compadeció. Mas, para dar escarmiento a los que quedaban en la ciudad, dispuso que le aplicaran quince azotes, cuyas marcas permanecieron para siempre en la espalda de la brava española.

Los españoles expulsan a los holandeses

Cuando el coronel Francisco del Campo recibió el aviso del capitán Vargas, se confirmaron sus temores sobre un alzamiento de los indios chilotes, que se sumaba ahora a la presencia de los corsarios. Con gran rapidez reunió ciento cincuenta hombres y, desistiendo de ir en socorro de Villarrica como tenía proyectado, se dirigió a Carelmapu, distante unas treinta y cinco leguas de Osorno. Tuvo que vencer toda suerte de dificultades, marchar bajo la lluvia por terrenos donde no existían caminos, recorrer senderos escondidos y navegar en piraguas, hasta llegar a dos leguas de Castro. Allí se encontró con los veinticinco soldados que Luis de Vargas mantenía ocultos en los bosques.

El capitán sostenía constante actividad de guerrillas, dando pequeños asaltos a los corsarios en intento permanente de rescatar a doña Inés de Bazán. Pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, a causa del apoyo que algunos indios prestaban a los holandeses. Sólo consiguió conocer sus movimientos y preparativos.

Baltasar de Cordes había construido un fuerte de altas y anchas murallas de piedra y barro uniendo los torreones. En éstos se hallaban los cañones del barco que podían batir hacia los cuatro costados. Su dotación se componía de treinta y ocho corsarios en tierra, además de los que permanecían en la nave. Contaba también con los tres renegados y seiscientos indios chilotes, a los que armó totalmente con los pertrechos traídos de Holanda. La mayoría disponía de coseletes de cuero y lanzas; el resto tenía picas con puntas aceradas. Sus fuerzas eran, indudablemente, muy superior a las del coronel.

De Cordes ignoraba la proximidad de los españoles, a pesar de ciertos rumores sobre una columna en marcha. Pero no lo creyó. Conocía la escasez de las tropas hispanas en esos momentos de sublevación general. Sabía, por lo que le contaron los renegados, la difícil topografía de la zona que era preciso recorrer para llegar a la isla, y los enormes inconvenientes que debían vencer: temporales, selvas tupidas, falta de embarcaciones y caminos. Pensó que, de ser cierta la noticia, les tomaría mucho para llegar. Y como quería embarcarse en pocos días, no le hacía falta reforzar posiciones, sólo mantenerse alerta.

El coronel del Campo consultó con sus oficiales y acordaron dar el ataque antes de que los corsarios advirtieran su cercanía. Caminaron durante la tarde hasta llegar a una legua de la ciudad e hicieron alto. Después de la medianoche continuaron acercándose con cautela, y lograron situarse a un cuarto de milla de las murallas. El coronel distribuyó sus tropas. Destinó al capitán Francisco Rosa con veinte hombres provistos de escalas, para que atacaran la puerta principal. Jerónimo de Pedraza, con otros veinte, debía asaltar el torreón que batía la zona de acceso, para evitar que barrieran a los primeros. Otro piquete de veinte soldados trataría de romper un paño de la muralla para penetrar al fuerte. Finalmente él, con

el resto de la gente, esperaría en la playa para caer sobre los holandeses cuando huyeran hacia el mar.

Con las primeras luces del alba, embistieron las diferentes fracciones, logrando atrapar a un centinela antes de que alcanzara a avisar. La acción se llevó a cabo con tanto sigilo, que adentro del fuerte los corsarios no se percataron de que estaban siendo atacados.

Francisco de Rosa y Luis de Vargas fueron los primeros en poner el pie en la plaza, tras haber escalado la muralla. Y mientras el capitán Santa Ana abría un boquete y entraba al recinto con sus soldados, Jerónimo de Pedraza tomó posesión del torreón y sus cañones.

Dentro de la fortificación, se trabaron en reñido combate con los seiscientos indios que les esperaban muy bien armados. El ruido de la contienda alertó a los holandeses que corrieron al lugar de la lucha. Pese a ser poco guerreros, los chilotes dieron porfiada resistencia, prolongando la acción un par de horas, al cabo de las cuales comenzaron a flaquear. Las balas de sus mosquetes mataron a diez españoles e hirieron a doce.

Cuando Baltasar de Cordes vio que los atacantes ganaban terreno, sólo pensó en embarcarse. No tenía interés en defender una fortaleza que pensaba abandonar en pocos días, y era más importante asegurarse de la nave. No obstante, se replegó a una casa fuerte en el centro de la plaza, con el objeto de reorganizar su gente y reunir los víveres necesarios para hacerse a la mar.

La mitad de los indios emprendió la fuga, en tanto los españoles terminaron con el resto, para concentrar su ataque en el refugio que guarnecía a los holandeses. Como la lucha duraba demasiado, del Campo ordenó incendiar las puertas de la casamata. Pero había una poterna muy disimulada por donde huyeron los piratas, medio sofocados por el humo y esquivando el cuerpo a las balas.

Al cruzar el portillo hecho por los españoles en la muralla, fueron atacados por el propio coronel con doce soldados. Se dejaron caer al barranco y lograron llegar hasta unos botes que enviaron desde el barco.

Los castellanos les persiguieron con furia. Mucho odio e indignación habían acumulado en sus corazones, al conocer la magnitud de las atrocidades cometidas. Era tanto el empeño en no dejarlos escapar con vida, que Francisco de Zúñiga persiguió a todo galope a un pirata que corría despavorido por la playa, hasta que se lanzó al agua para escapar a nado. El soldado, más porfiado aún, espoleó al animal y se arrojó al mar en su demanda, le mató de un lanzazo y lo arrastró a la playa ensartado.

Sólo doce corsarios, de los cuales cuatro estaban heridos, llegaron hasta los botes. Veinticinco quedaron muertos en el fuerte, y uno de los renegados fue cogido y arcabuceado en el acto.

El coronel del Campo quedó rumiando su impotencia en la playa. El enemigo se le escapaba de las manos como un pez resbaloso. No podía intentar un ataque a la nave en las miserables piraguas de los pescadores. Y tuvo que resignarse a enviar una carta a Baltasar

de Cordes, en la que le enrostraba su cobarde proceder, las traiciones a las que recurrió para apoderarse de la ciudad y las indignidades cometidas en contra de las mujeres.

El corsario de limitó a responderle, burlescamente, que le enviaran una de las velas de la nave que se le había quedado en tierra y un poco de leña para su consumo. A cambio de esto, ofrecía dejar en libertad a cinco españoles que tenía prisioneros.

Esta vez la indignación del coronel no conoció límites. Le mandó una nueva misiva intimándole rendición, y agregando que despreciaba a los capturados por haberse dejado coger.

Pese a la fuga de los corsarios, le alegría de las mujeres fue enorme. Sabían ellas que los holandeses les habían deparado un terrible destino para cuando abandonaran la isla. La mitad habría sido embarcada y las otras regaladas a los caciques que les habían ayudado.

Tras dos días de espera, los corsarios echaron un largo gallardete en el palo de mesana, y comenzaron, con gran trabajo, a zarpar el ancla, faena que se hizo lentísima y penosa a los catorce hombres que quedaban. Obligaron a ayudarles a doce indios que tenían presos a bordo, pero así y todo demoraron más de dos horas en hacerse a la mar.

Navegaban en condiciones lamentables. No habían embarcado las provisiones necesarias para una larga travesía, pensando que los españoles se encontraban demasiado lejos. De Cordes comenzó a recorrer los canales, tratando de burlar la persecución de sus enemigos. La marcha fue lenta, no más de dos leguas al día, y se dificultó más por la bravura del mar. Pronto perdieron, una tras otra, las dos anclas buenas que llevaban y se vieron obligados a usar la tercera, a la que faltaba una uña. En estas condiciones, no pudieron evitar que el viento los empujara hacia la playa y la nave encallara en la arena.

Previendo que los corsarios buscarían la costa para aprovisionarse, el coronel del Campo les hizo seguir por el capitán Jerónimo de Pedraza y sus soldados, embarcados en seis piraguas de los pescadores.

Desde la cofa del palo mayor, el vigía avistó las pequeñas embarcaciones que les seguían. Al sentir que la quilla se clavaba en la arena, la desesperación cundió entre los marineros que sabían no habría piedad para ellos, después de los crímenes cometidos. Y pasaron, bruscamente, de la bravura insolente al miedo.

A esas alturas, Baltasar de Cordes sólo quería que no le mataran.

Llamó a los cinco españoles que tenía prisioneros y rogó a dos de ellos que fueran sus padrinos para negociar la rendición a cambio de sus vidas. Y pidió que esta decisión se mantuviera en secreto, para que no cundiera el desaliento entre sus hombres. Pero éstos se impusieron y, viendo en los españoles a sus ángeles salvadores, se abrazaron a sus piernas suplicando piedad.

De Cordes les urgió para que saltaran a tierra, antes de que se acercaran demasiado las piraguas del capitán Pedraza. Pero uno de los prisioneros, al ver las finísimas ropas que

había en la cámara del corsario, empezó a acicalarse como si fuera una fiesta. Con toda calma, se instaló frente al espejo a revisar su tocado, y mientras Baltasar de Cordes gritaba a todos que se apuraran, él pedía que le pasaran una camisa limpia.

Desgraciadamente para los españoles, la actitud del petimetre favoreció a los holandeses, porque en tanto él completaba su arreglo personal, la cambiante marea de esos canales comenzó a subir y los tripulantes sintieron como la quilla despegaba de la arena.

Pero no podían navegar sin anclas, y a fin de darse tiempo para buscar las perdidas, de Cordes escribió una carta al coronel del Campo y la envió con dos españoles, uno de ellos el presumido, y algunos regalos. Y mientras éstos se dirigían a Castro, distante no más de cuatro leguas, los corsarios se dedicaron de lleno a buscar las áncoras, hasta que tuvieron la suerte de encontrar una. El hallazgo les hizo sentirse nuevamente en condiciones de burlar a los españoles.

Cuando don Francisco del Campo recibió a los mensajeros, hizo poner grilletes al elegante, por la culpa que le cabía en la demora del desembarco de los piratas, que habrían significado su captura. El otro le instó para que fuera con un contingente donde estaba el barco, a fin de apresar en definitiva a los holandeses.

En rápido galope se dirigió con sus hombres a la playa donde encalló la nave. Junto con apearse de la silla, escribió una misiva a través de los mensajeros. Pero el corsario se rió en sus barbas, diciendo que no entendía de qué hablaba, pues en ningún momento había pensado rendirse.

Nuevamente tuvo que tragarse su ira, pero supuso que el holandés se dirigiría a la isla de Quinchoa para aprovisionarse de los indios que la habitaban. Y para evitarlo, envió al capitán Luis de Vargas, con cuatro indios nadadores, para que se acercaran a la nave en una chalupa y trataran de cortar el cable de la única ancla que tenían.

Vargas no lo consiguió, pero los corsarios tampoco pudieron desembarcar en Quinchao, por la presencia de Santa Ana y sus hombres. Así, con sólo cien fanegas del trigo y la carne salada que conservaban en sus bodegas, debieron zarpar para salir del archipiélago de Chiloé. Antes de partir, mandaron a tierra a los tres españoles que mantenían prisioneros, pues su presencia era altamente peligrosa en el barco, y su muerte haría más estricta la justicia si eran aprehendidos.

Las corrientes los arrastraron al norte con rapidez y, tras grandes penurias, tocaron en la costa del Perú. La gran escasez de víveres frescos le obligó a atracar en el Callao, tratando de pasar inadvertidos. A fin de no delatarse, despacharon a tierra a uno de los renegados, con la misión de conseguir alimentos. Pero el virrey Luis de Velasco fue informado rápidamente de este barco de arboladura diferente a las naves españolas, y mandó tropas a apresarles.

Cuando Baltasar de Cordes vio que su enviado remaba desesperadamente de vuelta perseguido por otros botes, largó todas las velas, mientras los marineros subían el ancla con desesperación.

Los vientos le empujaron hacia las Molucas, después de atravesar el Pacífico con su tripulación casi desfallecida. En una de las islas fue apresado por los portugueses y enviado a prisión. Se puso fin así a la sanguinaria carrera del corsario holandés y de sus desalmados compañeros.

El emplazado

El año 1647, don Lorenzo de Moraga vivía en la calle de San Antonio esquina de las Agustinas, a los pies de la casa de doña Catalina de los Ríos, La Quintrala, cuya propiedad abría su puerta principal a la calle del Rey, hoy Estado.

Don Lorenzo tenía entre sus sirvientes a un negro carpintero, que hacía cosa de un año había comprado su libertad, por lo que tenía derecho a cobrar por sus servicios. El zambo tuvo la osadía de solicitarle aumento de su salario, lo que originó un patatús a don Lorenzo, que descargó toda una sarta de improperios sobre el desventurado insolente.

Al día siguiente, a la vuelta de sus diligencias matinales, se encontró con la desagradable sorpresa de que el liberto se había mandado a mudar con su mujer, dejándole el recado de que no volvería a trabajar por menos de tres reales al día. Esta vez, la cólera de don Lorenzo no conoció límites y, acuciado por doña Catalina, mandó a uno de sus capataces para que, acompañado por tres robustos sirvientes, le trajesen de cualquier manera.

Los esclavos encontraron al infeliz en la recova de la Plaza de Armas, contemplando abstraído las gracias de un oso amaestrado, que bailaba en dos patas. Sin darle tiempo para percatarse de que le buscaban, le echaron el lazo al cuello y lo llevaron arrastrando a la casa de don Lorenzo. Acto seguido, lo desnudaron de la cintura arriba y, luego de amarrarle a una especie de angarilla, comenzaron a propinarle una tunda de azotes con «rebenques de roseta», cuyos chicotes terminaban en puntas con clavos.

A los gritos y lamentaciones del infortunado, llegó don Lorenzo. La Quintrala se había encaramado sobre unos sacos de trigo para asomarse sobre la tapia que separaba ambas casas y animaba a los verdugos a ensañarse en el castigo. Al ver el lastimoso estado en que se encontraba el infeliz, le sobrevino un miedo enorme de que pudiera morir, hecho que llegaría a conocimiento del oidor Figueroa, conocido defensor de los siervos que, sin duda alguna, le aplicaría una terrible pena. Lleno de remordimientos, mandó que le desataran y le aplicasen vinagre con tabaco para aliviar sus dolores y curar sus heridas.

Pero la azotaina había sido tan violenta, que el negro comenzó a agonizar y sintiéndose morir, pidió un confesor. Luego de descargar su conciencia, le suplicó al fraile agustino que le había asistido, que llamara a don Lorenzo. Éste acudió presuroso al rancho, donde el moribundo yacía sobre unos jergones, quien al sentirlo a su lado, entreabrió un poco los ojos y pronunció con gran dificultad las siguientes palabras:

-Don Lorenzo, el confesor me ha mandado que os perdone, y os perdono porque sé que voy a morir; pero como vuestro crimen debe tener castigo, os emplazo para que comparezcáis, de aquí a tres días, ante el tribunal de Dios. -Dicho esto, murió.

El lector puede imaginarse el espanto que esta profecía produjo en el atribulado espíritu del caballero, y el temor supersticioso de la servidumbre que escuchó el emplazamiento. La noticia cundió por Santiago como reguero de pólvora, y no hubo una de las veinte mil personas que componían su población, que no comentara el incidente en voz baja.

Convencido de que en breve moriría, don Lorenzo fue presa del pánico y del arrepentimiento. Llamó al escribano y le dictó su testamento, dio la libertad a todos sus esclavos y trató de auxiliar a la viuda de su víctima, pero ésta había desaparecido misteriosamente. Pidió perdón a cuanta persona pudiese haber ofendido, canceló sus deudas pendientes, y finalmente se fue a confesar con el padre Henestrosa, para recibir la comunión humildemente, al día siguiente, 13 de mayo de 1647, fecha en que se cumplía el plazo que el negro le había dado para presentarse ante el Señor.

Pasaban las horas y su desesperación aumentaba, convencido de que hiciese lo que hiciese, el epílogo estaba por llegar. Al caer la tarde, se fue al torreón en que vivía el capitán Andrés de Neira, amigo de toda una vida, a jugar una partida de naipes con otros contertulios, pensando que con la plática y el juego se tranquilizaría.

Alrededor de las diez y media, cuando los pobladores se preparaban a dormir, la noche se presentaba fresca y claramente iluminada por la luna. Nada hacía presagiar un desastre, pero, de pronto, sin previo aviso ni tan siquiera del temido ruido subterráneo, se produjo el terremoto más espantoso en que, según cuenta el obispo Villarreal, «no hubo sino un instante entre el temblar y el caer».

La casi totalidad de las casas se vinieron bruscamente al suelo, aplastando a sus moradores que no alcanzaron a reaccionar. La tierra continuó temblando con gran estruendo «por algo de media hora y otros un cuarto», de acuerdo a las crónicas de la época, y se produjeron las escenas más desgarradoras y de mayor desconsuelo.

Una de las casas que menos daño sufrió fue, precisamente, la del capitán Neira, pues estaba construida de gruesos murallones de piedra que soportaron el violento embate. Pero don Lorenzo, que ya estaba sumamente espantado, vio llegar sus últimos momentos y saltó al exterior por la ventana, con tan mala fortuna que, justamente al cruzarla, se desprendió el madero que servía de dintel y «cayó sobre su pescuezo e le cortó la cabeza desplomándolo sobre el empedrado donde dejó su sangre estampada al pie del muro».

«Aquella mancha era la sombra del emplazamiento, que debería perseguir eternamente al victimario...»

De cómo nació el Convento de San Francisco

Cuando don Pedro de Valdivia llegó a Chile, traía sobre el borrén delantero de la silla una pequeña imagen de la Virgen del Socorro. En cuanto fundó Santiago, a los pies del cerro que los indios llamaban Huelén, quiso levantar una ermita en la cual se venerara a la imagen, y desde ahí mismo, encaramado en uno de los peñones, señaló el lugar donde debería construirse.

Había escogido para la ciudad los campos situados entre los brazos del Mapocho, río que, al chocar contra el tajamar natural que era el cerro Huelén, se abría en dos quebradas o «cañadas» por donde corría el cauce.

Si la capital del reino se iba a alzar en ese islote, era justo y conveniente que el santuario quedara protegiéndola desde la otra banda de una de las cañadas. Allí se construyó la ermita de Nuestra Señora del Socorro, al mismo tiempo que los pobladores marcaban los solares bajo la dirección del alarife.

Cuando quedó delineada la Plaza Mayor, el Cabildo dispuso que en uno de sus costados se levantara la iglesia parroquial, cuya construcción se encargó al «maestro Gálvez», arquitecto y constructor. Pero antes de que se colocaran las vigas, las murallas de adobes se vinieron abajo. El maestro Gálvez echó la culpa a la mala adherencia de la cal, y como el Cabildo se negara a pagarle los trabajos, le siguió un larguísimo juicio.

Posteriormente, cuando doña Inés Suárez se separó de don Pedro de Valdivia y contrajo matrimonio con Rodrigo de Quiroga, mandó a edificar la ermita de Monserrate sobre la planicie superior del Cerro Blanco, a cuya vera se alza hoy la Viñita. Casi al mismo tiempo, el tesorero Juan Fernández de Alderete construía otra a la que llamó de Santa Lucía, sobre la cumbre del Huelén. De ahí el nombre con que este cerro perdura hasta nuestros días.

Valdivia había entregado la ermita y el cuidado de la santa imagen a sus compañeros inseparables, los frailes mercedarios. Ellos fueron los primeros monjes que vinieron a Chile, aunque fundaron su orden después que los franciscanos y los agustinos.

Pero como los mercedarios eran hombres de acción, partieron con don Pedro a redimir infieles al sur y dejaron la ermita a cargo de fray Antonio de Olmedo, ya viejo y sin fuerzas.

Entretanto, los curas de la Iglesia Mayor, que no disponían de parroquia por culpa del maestro Gálvez, iban a decir misa todos los días al santuario de la Virgen del Socorro. Y así, durante las dos primeras décadas desde la fundación de la ciudad, los santiaguinos se acostumbraron a los oficios que se celebraban en las ermitas del Socorro y de Santa Lucía.

No pasó mucho tiempo sin que el guardián muriera, y poco después el gobernador cayó en Tucapel, vencido por los araucanos. A su muerte, quedó el Cabildo como patrono de la capilla, quien cedió su uso a los curas que tanto tiempo la habían servido.

Pero sucedió que tres años después, hacia 1556, el Cabildo la regaló a los padres de San Francisco, que acababan de llegar a Chile, olvidando tal vez la cesión en favor de los curas de la parroquia.

Los franciscanos eran cinco jóvenes decididos que escondían bajo sus hábitos austeros, fuertes músculos y grandes energías. Sabiendo que al hacerse cargo de la ermita no iba a ser tan fácil, resolvieron ir preparados para tomarla por la fuerza si era necesario. Así fue como llegaron al alba, y fray Martín de Robleda que era el de más edad, acompañado por fray Juan de Torralva, se colocaron los ornamentos sagrados y comenzaron a decir misa. Cerca de la puerta se instalaron de guardia los otros tres, fray Juan de la Torre, fray Cristóbal Ravaneda, y el hermano lego Francisco de Frenegal.

Los clérigos, que nada sospechaban, llegaron con la anticipación acostumbrada para los diarios oficios matinales. Francisco González Yáñez, el rector, y Martín del Cazo, el vicario, eran hombres acostumbrados a la lucha y a la vida violenta de campaña que se vivía en aquella época.

La sorpresa que se llevaron al ver ocupada la iglesia los dejó sin habla, más aún al comprobar que los usurpadores eran los franciscanos que tenían un solar regalado por Fernández de Alderete, en el lugar que actualmente ocupa la Merced. Su llegada coincidió con el íte misa est que pronunciaba desde el altar fray Robleda, quien, al verles, corrió a la sacristía a quitarse la casulla y cogió la gruesa tranca que aseguraba la puerta de aquel recinto.

Don Francisco González fue el primero en reaccionar y, rojo de indignación, les espetó con voz truculenta:

-¿Qué hacéis aquí, intrusos?

-¡No os atragantéis, señor cura! -respondió con placidez fray Cristóbal, mientras apoyaba la mano con disimulo en el pesado pedestal de un cirio- el Cabildo de la ciudad ha cedido este sagrario a nuestra orden, de manera que en adelante debéis ir a decir vuestras misas a otro lugar.

-¿Qué decís, badulaque? ¡La autoridad nada nos ha notificado! ¡Esta iglesia es nuestra de hecho y derecho, pues llevamos muchos años a su cuidado! ¡Salid de aquí, malandrines!

Pero como la respuesta de los frailes fuera sólo una risa burlona, no pudo contener más la ira y largó un puñetazo al que tenía más cerca. Fray Juan de la Torre se incrustó en uno de los confesionarios. La lucha que se desencadenó a continuación fue digna de figurar en los anales de la guerra de Arauco. Si tozudos eran unos, más tercos eran los otros. Al fin y al cabo, eran todos españoles castizos.

Al vicario Martín del Cazo no había nada que le gustara más que una buena pelea, y si bien ellos eran sólo dos, pronto darían cuenta de esos cinco mozalbetes arrogantes. Estirando sus potentes brazos cogió las cabezas de fray Cristóbal y del hermano Francisco y las hizo chocar entre sí, convencido de que los dejaría inmediatamente fuera de combate. Pero, o el golpe no fue lo suficientemente severo, o las testas franciscanas eran más duras de lo que creía, lo cierto es que los frailes sacudieron la tonsura y la emprendieron a golpes contra el fornido presbítero que, al verse acorralado, trepó arriba de una banca, cogiendo

sin esfuerzo un pesado reclinatorio, con el que comenzó a repartir golpes con tanta alegría como si estuviera despanzurrando sarracenos.

En otro lado, el cura González se defendía armado con un grueso candelabro. De un mamporro derribó a fray Torralva, y atacó con furia a Juan de la Torre, que le había atizado un soplamocos. Como lo tenía a muy mal traer, fray Martín de Robleda, que no había querido intervenir por lo desigual del combate, se lanzó a la refriega con el mismo ardor que empleaba en el púlpito, y le encajó un moquete en plena mandíbula con tanta fuerza que lo dejó aturulado y pidiendo confesor.

Entretanto, Martín del Cazo, que había logrado lanzar por tierra a sus atacantes, se enfrentó con los otros tres en cerrada brega que duró hasta que Juan de la Torre, asestándole un trancazo, le derribó aturdido.

Poco después, los abismados paseantes santiaguinos pudieron contemplar las venerables figuras del rector y del vicario, sentados en la calle con las espaldas arrimadas a las murallas de la ermita, los hábitos rotos, los ojos morados y el rostro lleno de contusiones. Y, desde aquel día, el 20 de marzo de 1556, la iglesia quedó en manos de los franciscanos, por cesión del Cabildo y por la firmeza de los puños de los monjes.

Pero todo no paró ahí. Los clérigos fueron a presentar sus quejas al Cabildo, y como nada obtuvieran, excomulgaron a los franciscanos por el desacato a que les habían sometido, y al ayuntamiento en masa por el perjurio que significaba la cesión de la ermita. A su vez, los frailes de San Francisco excomulgaron a los curas; y, todos excomulgados, la ciudad quedó en entredicho.

Fue tan trascendental este alud de excomuniones, y la gravedad que encerraba la suspensión de los sacramentos a los pobladores, que hubo de reunirse una Asamblea de Notables, para buscar una salida a la coyuntura. Encabezaron esta junta los tres únicos abogados que había en la ciudad, los licenciados Ortiz, Escobedo y Bravo, y fue presidida por el bachiller Calderón que era clérigo.

La Asamblea reconoció con toda hidalguía que el Cabildo había perjurado al donar la ermita a los franciscanos, y resolvió que para dar un corte al estado irregular en que todos se encontraban, procedía pedir la absolución al visitador. Así se hizo, y todos, cabildantes, curas, franciscanos y pobladores volvieron a la paz, y los clérigos se aplicaron a la difícil tarea de levantar, de una vez por todas, la Iglesia Mayor en la Plaza de Armas.

La primera pila de la plaza

Desde que Pedro de Valdivia fundó Santiago, hasta 1577, o sea por más de treinta años, los pobladores se surtieron de norias domésticas o del agua del Mapocho, que no era otra cosa que barro diluido, producto de turbiones calcáreos y arcillosos. Ese año se comenzó a construir un canal a tajo abierto, para traer el agua de las vertientes de Tobaraba hasta la ciudad, beneficio que se logró en forma muy inestable sólo tres años después, en 1578.

Según el historiador René León Echaíz, el primer trabajo fue realizado por Diego Juárez, pero como no diera el resultado que esperaba, el Cabildo contrató a Carlos Molina. Posteriormente, en 1597, el Rey autorizó una contribución muy especial para financiar los arreglos necesarios. Desgraciadamente, el cauce se cubría constantemente de lodo, hasta que terminó por obstruirse.

El último día de la Pascua de Pentecostés de 1609, o sea en pleno otoño, se produjo una terrible inundación del Mapocho, que, además de ocasionar ingentes daños en la ciudad, tapó totalmente el canal. La tragedia hizo bajar de las fronteras al gobernador García Ramón, que encargó al agrimensor Ginés de Lillo la construcción de los primeros tajamares, y la reparación definitiva del conducto que traía el agua desde los faldeos cordilleranos.

Años después, el Cabildo ordenó que se volviera a poner en uso la antigua acequia, y los trabajos tuvieron distintas alternativas ocasionadas por los terremotos y salidas del río, que demoraron bastante su construcción. Bajo el gobierno del presidente Meneses las obras mostraron un pequeño adelanto, pero más tarde debieron ser suspendidas a causa de la falta absoluta de fondos de la corporación. Era tal su pobreza, que la Real Audiencia llegó a ordenarle que no hiciera gasto alguno en el recibimiento del nuevo presidente, don Juan Henríquez.

La argamasa y los materiales que se habían empleado en su construcción eran de tan mala calidad, que el Cabildo se veía en la necesidad de pagar permanentemente a un albañil para que estuviera haciendo las refacciones necesarias.

Pero don Juan Henríquez era gobernador progresista, y determinado a dotar a la ciudad de agua potable, logró que se celebrara un acuerdo entre el Cabildo, representado por su procurador José González Manrique, el síndico del convento de San Francisco, capitán Francisco Bardeci, y el de las Monjas Claras, don Juan de Toro. El convenio contempló el financiamiento por terceras partes de un canal a tajo abierto que tendría vara y media de alto y tres cuartas de ancho, revestido de «cal y canto», usando para ello una piedra traída de Valdivia, conocida con el nombre de «cancagua» y despreciada por ser débil y blanda.

El cauce correría desde los manantiales de Tobalaba, más particularmente del estero de Rabón, hasta el lugar que se llamó Las Cajitas de Agua, hoy Plaza Baquedano o Plaza Italia, donde existía un huerto de ciruelos de un vecino llamado Tomás Febres.

El nombre de las vertientes aparece reiteradamente mencionado en las Mensuras de Ginés de Lillo, como de Rabón, seguramente nombre indígena. Pero más tarde, posiblemente como premio a la preocupación del gobernador García Ramón por abastecer de agua limpia a la ciudad, comenzó a llamársele como «agua de Ramón», nombre con que aparece en todas las crónicas posteriores a 1610.

Desde Las Cajitas de Agua se llevó por tuberías de greda cocida, enterradas a cinco o seis metros de profundidad, hasta las tres pilas, ubicadas una en cada convento, y otras en la Plaza de Armas para el uso público. Estos caños se rompían constantemente, y en cada

ocasión debieron practicarse profundos hoyos para su arreglo, que, al decir de Vicuña Mackenna, «solían tener las calles de los barrios orientales hechas harneros por las excavaciones para repararlas, especialmente en la directa del Alto del Puerto a la Plaza, por donde venía el tubo madre».

Cerca del término del siglo, se consideró que el agua de Ramón era nociva para la salud, y el Cabildo ordenó reemplazarla por la proveniente de Vitacura, de la acequia de Longopilla, que continuó corriendo libremente por el acueducto casi un siglo, con toda la pureza del manantial. Los pobladores iban a beberla en su estado natural del mismo tajo abierto, convirtiendo el lugar en un sitio de recreo, lo que hizo con seguridad que más adelante se transformara en un hermoso paseo.

Lo curioso del caso y que demuestra además la gran diligencia del presidente Juan Henríquez, es que, antes de un año de su llegada, ya se estaba fabricando la pila e iniciando los trabajos de aducción, bastándole sólo el acuerdo verbal de las tres partes que financiaron el proyecto, pues la fuente quedó instalada en 1672 en la Plaza de Armas, y la escritura entre el Cabildo, los franciscanos y las clarisas, se vino recién a protocolizar el 2 de octubre de 1682, ante el escribano don Matías de Uga.

Modelar y fundir una pila de bronce, en aquellos tiempos, era tarea difícil, pero el presidente Henríquez no se arredró e hizo traer de las fronteras, en plena guerra de Arauco, a un armero español llamado Alonso Meléndez, que sabía de fundición; y mientras éste se preocupaba de su fabricación, destinó a un mulato de su servicio, excelente albañil, para que se encargara del cauce.

La fuente en que se surtieron los santiaguinos por cerca de dos siglos, tenía una columna de bronce con treinta y seis caños que remataba en una elegante taza. Desgraciadamente, la negligencia de muchos ediles hizo que la hermosa pila, que debería estar en un museo, sufriera una larga odisea. En 1838 fue sacada de su original ubicación y trasladada a la plazuela de San Miguel, hoy Gratitud Nacional; de allí se llevó a la plazuela de la Recoleta Franciscana, luego al cerro Santa Lucía, y finalmente al Palacio de la Moneda, donde actualmente se halla en su patio principal. Todavía se puede leer con gran dificultad una inscripción en forma de espiral en su columna, que dice:

«GOBERNANDO EL MUY ILUSTRE SEÑOR JUAN HENRIQUEZ
GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL.- ALONSO MELENDEZ ME FECIT».

Posteriormente, en 1783, se produjo otra gran inundación, a la que por los daños ocasionados se le llamó durante mucho tiempo «la avenida grande». La enorme cantidad de lodo que acarreó, cubrió totalmente el canal, privando a los santiaguinos de este beneficio.

Durante la Colonia, la Plaza de Armas siempre estuvo plagada de aguateros que iban a llenar sus odres a la Pila de Henríquez. Llevaban las barricas colgadas una a cada lado de la mula, sobre una armazón hecha para ese objeto. Iban sentados en el anca, moviendo las piernas como en el acto de espolear.

Vestían un sombrero rústico de forma cónica bien ajustado a la cabeza, una camisa arremangada hasta el codo, un ancho pantalón que les llegaba más abajo de las rodillas y un delantal de cuero semejante al de los herreros.

Un «viaje» o carga se vendía a un real. El agua se entregaba a través de agujeros en la parte baja, sin necesidad de descargar los barriles. Su pregón era tan estridente, que el Cabildo les obligó a llevar una campanilla colgada del barril. Su grito: ¡Agua, la agüita clarita, fresquita la agüita, en un realito, no más! Y cuando el agua escaseaba en las barricas: ¡La agüita se acaba, se vende la agüita que se acaba!

Los aguateros debían obtener licencia del Cabildo y podían ejercer su negocio en el sector que se les asignaba. En cada barrio había uno que, con el nombre de «cabo», respondía de la conducta del resto y les dirigía cuando se producía un incendio. ¡Eran los bomberos de la ciudad!

¡Espadachines en la Plaza de Armas!

-¡De ello tiene la culpa el doctor Mendoza! -dijo, irritado, don Gonzalo de los Ríos- y me la ha de pagar, pues le tengo que poner muchos capítulos en la «residencia» que se le está tomando.

-¡A ese Mendocilla no hay que ponerle capítulos, sino darle muchas coces y quitarle cuanto diente y muela tiene, porque es hombre de burla! -agregó, con irónico desprecio, don Pedro de Lisperguer.

Ambos jóvenes, impetuosos y arrogantes, se hallaban conversando en los portales del Tribunal, en la mañana del sábado 9 de agosto de 1614. El edificio estaba situado donde hoy se levanta el Correo, en la Plaza de Armas, y los caballeros comentaban las incidencias de las tramitaciones y diligencias previas al nombramiento del nuevo corregidor, cargo que se encontraba vacante por haber cumplido su período legal el doctor Andrés Jiménez de Mendoza.

Pero en aquellos tiempos, el poblachón de Santiago, con una Real Audiencia recién instalada, estaba dividida en diferentes feudos familiares que se peleaban con encono el reparto de los cargos públicos, con su secuela de prebendas y poderes.

Ante este evento de tanta importancia, las familias santiaguinas se habían agrupado en dos parcialidades, una de las cuales era dirigida por el propio doctor Andrés Jiménez de Mendoza, y la otra, por el general don Pedro de Lisperguer. Como la vara del corregidor, llamada «de la justicia», traía aparejada la adjudicación y el nombramiento de numerosos empleos oficiales, muy bien rentados y de escasa dedicación, todos estrechaban filas al lado de los personajes que más poder e influencia ejercían.

Junto al doctor Mendoza, se reunían los Fuenzalida, los Guzmán, los Escobar, los Cuevas y una serie de otros parientes, además de su propio hijo y dos yernos de gran

figuración. Uno de ellos, don Baltasar Díaz de Carvajal, era el alcalde de la Santa Hermandad, o sea el segundo hombre de la Inquisición, y el otro, don Alonso Sánchez de la Cadena, el alcalde de la Hoguera. Como puede apreciarse, un buen grupo de la alta aristocracia criolla apoyaba al doctor.

El otro partido era acaudillado por don Pedro de Lisperguer, hijo de don Juan Rodulfo, que hacía pocos años había muerto valerosamente peleando contra los araucanos, y nieto de Pedro Lisperguer, el capitán alemán procedente de Nüremberg que vino con Valdivia. El joven general era mozo valiente y pendenciero y, especialmente, muy orgulloso de sus ancestros que habían rendido su vida por Chile. Hacía poco tiempo había contraído matrimonio con una hija del oidor don Pedro Solórzano, de numerosa y altiva progenie, y era cuñado a la vez de don Gonzalo de los Ríos, nieto de aquel otro capitán español del mismo nombre que también vino con Pedro de Valdivia.

Se enfrentaban feudos poderosos, y la elección de corregidor tenía a la ciudad prácticamente dividida en dos bandos. El doctor Mendoza propiciaba la candidatura de don Luis de las Cuevas, y su oponente era don Gonzalo de los Ríos, fuertemente apoyado por el grupo de los Lisperguer.

Las expresiones vertidas por los jóvenes bajo los portales de los Tribunales, fueron escuchadas por el mulato Tomás Carcelén, fiel servidor del doctor, que corrió donde su amo a transmitirle el chisme. Considerando que era portador de graves noticias, irrumpió en el comedor de la casa de don Andrés, que en esos instantes almorzaba solo, entusiasmado con una cazuela de pollona soltera. Al verse interrumpido, en tal solemne trance, detuvo con gesto enojado la parrafada del mulato:

-¡Repámpanos! ¿Es que un personaje como yo no puede deleitar el almuerzo en forma digna y tranquila? -bramó, mientras se secaba con la manga los restos del caldo que había escurrido por sus renegridas barbas, en tanto se iba infiltrando lentamente en su cerebro la gravedad de las noticias que le traía su servidor- ¿Qué habéis dicho, mentecato? ¡Repetidme palabra por palabra lo que me acabáis de contar!

A medida que el criado le volvía a narrar lo que había escuchado en la Plaza de Armas, el rostro del patriarca se fue empurpurando, a tal extremo, que el mulato creyó que le iba a dar un terrible ataque. Cuando, finalmente, pudo sacar la voz, exclamó:

-¡Esta afrenta ha de lavarse con la sangre de ese condenado Lisperguer! ¡Llamad a mis sobrinos Juan y Luis de las Cuevas, y a mis yernos, y a toda la familia! ¡Los quiero reunidos esta misma tarde, a la hora de la tertulia!

En honor a la verdad, debemos advertir al lector que las imprudentes palabras de don Pedro y de don Gonzalo habían sido la consecuencia de una información que les acababa de llegar, respecto a que su rival estaba poniendo en práctica una serie de ardides en el «juicio de contradicción al oficio», como se llamaba a la tramitación legal de antecedentes de los postulantes al cargo de corregidor, e incluso había presentado un escrito injurioso en contra de sus personas, a instancias del doctor Mendoza. Al enterarse de la estratagema, es lógico

que reaccionaran airadamente, y su lenguaje, por lo demás, era el característico de los hombres de armas de la época.

Sin embargo, el partido del doctor Mendoza le dio el carácter de una ofensa pública, y así se trató esa tarde en la reunión de la tertulia. Como don Andrés había perdido a su consorte, manejaba la casa su prima doña Ana de Guzmán, orgullosa dama de «alto moño» que había quedado viuda del capitán Andrés de Fuenzalida, de quien tenía dos hijos, don Francisco y don Andrés, ambos de posición muy encumbrada, y dos hijas que, de acuerdo a las costumbres de aquel entonces, usaban el apellido de su madre: doña Beatriz, soltera, y doña Isabel, casada con el mozo Alonso de Escobar y Villaruel.

Todos ellos, más los sobrinos Cuevas, su hijo y los dos yernos, se reunieron al atardecer en la vieja casona colonial. Desde el estrado, doña Ana dirigía a la servidumbre que, en forma silenciosa, hacía circular bandejas con bizcochuelos, tostadas de almendras de las famosas Monjitas y los conocidos «huevos chimbos» que recién se conocían en Chile.

Mientras las damas se refrescaban con aloja de culén, los caballeros comenzaron bebiendo mistelas preparadas por las «chinitas» de la casa, mas luego pasaron al aguardiente, que estaba más de acuerdo con los encendidos ánimos de los furiosos contertulios. Todos sostuvieron que las palabras de Lisperguer y de los Ríos constituían una grave ofensa que no podía dejarse pasar, más aún, por haber sido proferidas en público, lo que había hecho que «estuvieran en boca de todo el mundo», cosa fácil si se tiene en cuenta que Santiago contaba por aquellos años con cerca de doscientas casas, y otras tantas familias.

-¡A ese insolente de Lisperguer hay que cerrarle la boca con la espada! -manifestó, airado, el joven Andrés de Fuenzalida.

-¡El atrevido mequetrefe se arroga una alcurnia que no tiene! -agregó don Alonso de Escobar.

-Y sólo porque se ha casado con la hija del oidor Solórzano -apuntó Baltasar Díaz de Carvajal- y se olvida que el vejestorio no hace un año que peina el copete.

-Cree que porque su padre y su abuelo pelearon en Arauco, son de rancia estirpe -comentó don Francisco de Fuenzalida, mientras se echaba a la boca una rosquilla de agua- debemos recordarle que nuestro padre también lo hizo, y que la familia Guzmán pertenece a las mejores casas reales de Europa.

-Así es, hijo -respondió doña Ana de Guzmán-, pero hay que reconocer que el muchacho, aunque pendenciero, es valiente y hábil esgrimista.

-¡Cierto! -bramó don Alonso Sánchez- por eso es que ha estado dos veces preso.

Al calor de los cordiales, se fueron encendiendo los ánimos y terminaron concertando un plan destinado a matar a don Pedro, o por lo menos darle público escarmiento. Aprovechando que al día siguiente era domingo, y el joven Lisperguer acostumbraba a oír

misa en la Catedral, la ocasión era de perillas para que, a la salida de la iglesia, el ofendido Andrés de Mendoza le retara y exigiera satisfacción con la espada en la mano, delante de todos los corrillos que se formaban en la Plaza al término de la ceremonia. Pero como el buen ex corregidor ya estaba algo viejo, y la víctima era diestrísima con las armas, los demás conjurados esperarían disimulados entre los grupos o en los comercios de los portales.

Alonso de Escobar y el hijo del doctor estarían en la sala de «trucos», juego de bolas que más tarde tomó el nombre francés de billar. Los hermanos Cuevas aguardarían en la barbería de Pedro Pozo, y el resto se diseminaría por la Plaza. Los conjurados alcanzaban a diez, nueve parientes y el mulato Tomás Carcelén, que tenía fama de matón entre la servidumbre.

Don Pedro Lisperguer, inocente de lo que se tramaba en su contra, se vestía la mañana del domingo para acudir a misa. Sobre la camisa con valona y cuello de encajes, se colocó la «ropilla» o casaca corta ceñida al cuerpo y de anchas mangas y, luego de encasquetarse el emplumado sombrero, se ciñó la espada cantoneada de plata que llevaba todo caballero que se preciara. Y seguido por su escudero Blas Carrillo, que lucía su librea de paño negro, se dirigió a la iglesia mayor.

En aquel tiempo, la Catedral se hallaba situada más al centro de su actual ubicación, y con su puerta principal hacia la calle Catedral, delante de la cual, en la esquina misma, se hallaba el cementerio fundado por Pedro de Valdivia. Entrando por la puerta lateral «del perdón», se enteró de que la misa había terminado, por lo que permaneció un rato observando, desde las graderías de la entrada, a la gente que paseaba por la Plaza.

Entretanto don Andrés de Mendoza recorría la calle del Rey montado en su caballo rucio, ricamente atalajado, y con sus ancas cubiertas por gualdrapas de seda y terciopelo. A fin de atisbar a su enemigo sin llamar la atención, se fue a desmontar bajo los portales que corrían por todo el costado norte. Felizmente para él, se encontró con el padre Juan Álvarez de Tobar, con el que se puso a conversar animadamente sin dejar de vigilar con disimulo la puerta de la iglesia.

En cuanto vio salir a su rival, se despidió cortésmente del buen cura y caminó rápidamente a su encuentro. Al aproximarse, le llamó a grandes voces para que todo el mundo escuchara:

-¡Don Pedro de Lisperguer! ¡Sois un cobarde! -y sin más, desenvainó la espada y se lanzó contra él dispuesto a herirle de inmediato.

Pero don Pedro, acostumbrado a estos encuentros, sacó sin pensarlo su acero y paró en segunda la punta enemiga, respondiendo el golpe de inmediato con una serie de tajos y reverses que dejaron tan mal parado a su enemigo, que de pronto se vio en el suelo con la toledana de don Pedro apoyada en su garganta.

Cuando los parientes de don Andrés se percataron de lo que ocurría, corrieron velozmente con las armas en las manos, y atacaron simultáneamente, y por todos lados, al joven Lisperguer que, secundado por su escudero, se defendió con bravura.

Todo se desarrolló con tanta rapidez, que los grupos que holgaban bajo los árboles quedaron atónitos, y no acertaron a reaccionar. Pero, por fortuna de don Pedro, se hallaban a corta distancia los capitanes Diego González Montero y Pedro del Castillo, conversando con el abogado Pastene. Mientras el último echaba a correr huyendo del lugar, los primeros desnudaron las espadas y se acercaron con presteza a ayudar al agredido.

No obstante que las condiciones eran particularmente desfavorables, pues cuatro se defendían de diez, se mantuvieron largo rato repartiendo cuchilladas y mandobles. El hijo del doctor Mendoza, junto a Alonso de Escobar y al mulato Carcelén, se encargaron de contener a los capitanes, mientras el resto atacaba con saña a don Pedro. Diego González era un joven de extremada fuerza y excepcional físico, que se había ganado los galones en la guerra de Arauco gracias a su inusitado valor. Viendo que era el que más guerra daba, el mulato Carcelén, que se tenía por bravo y peleador, arremetió contra él con furia, dispuesto a matarle usando toda clase de malas artes.

La pelea llevaba ya demasiado tiempo. Don Diego lucía un feo tajo en su frente y Castillo otro, en el cuello. Los cuadrilleros comprendieron que les sería imposible rendir a sus oponentes y recurrieron a una estratagema muy poco digna y honrosa. Acercándose por detrás de don Pedro, uno de los yernos de Mendoza, el alcalde de la Hoguera, Alonso S alcalde de la Hoguera, Alonso S gritos el nombre del Rey y de la Inquisición intimándole a soltar la espada y a entregarse reo.

En cuanto el mozo largó el arma, los dos hermanos Fuenzalida le lanzaron sendas cuchilladas, una al cuello y otra al hombro, y el mismo alcalde que le apresaba le hizo un horrible corte con la daga en la nariz. Aprovechando el desconcierto del momento, Alonso de Escobar hirió en el hombro a Pedro del Castillo, y se disponía a rematarle, cuando se interpuso un caballero llamado Juan Ruiz de León que, indignado por la infamia que presenciaba, tomó su partido. El joven González Montero se batió en retirada hasta la puerta de la iglesia, asilo sacro que nadie se atrevía a violar.

Entretanto, la Plaza se había transformado en campo de batalla. Los partidarios de ambos bandos comenzaron a enfrentarse sin parar mientes en las distintas condiciones sociales; y mientras los caballeros lo hacían con sus elegantes espadas, los «rotos» lanzaban pedradas con entusiasmo. Los amigos, parientes, servidumbre y simpatizantes de los rivales hicieron suya la pelea y los alguaciles eran incapaces de controlar la situación.

Los confabulados, que encabezaba el alcalde de la Hoguera, arrastraron a don Pedro, herido, sangrante y con las ropas destrozadas, hasta la cárcel. Le metieron en una celda, y el alcalde declaró haber visto cómo don Pedro había atacado inopinadamente al doctor Mendoza por lo que le hacía responsable de la pendencia. Pero su manifiesta parcialidad quedó en descubierto cuando, al cerrar la puerta, le arrebató la muleta a un cojo de Salamanca que acertaba a pasar por enfrente de la cárcel, y la rompió con rabia incontenida en contra de los barrotes.

En cuanto don Gonzalo de los Ríos se impuso de los acontecimientos, galopó velozmente hasta la prisión, sofrenando la bestia en una nube de polvo, frente a las mismas puertas. Lleno de legítima ira por tan cobarde acto, hizo soltar a don Pedro y lo condujo al asilo de la Catedral, mientras gritaba a sus sirvientes que dieran muerte a los asesinos.

Había comenzado la refriega de nuevo, cuando llegó el propio oidor Cajal, al mando de una fuerza armada y logró poner orden, luego, dirigiéndose a la iglesia mayor, decidió quiénes debían ser detenidos para ser juzgados y quiénes podían irse a sus casas a curarse.

Como resultado de la contienda, el doctor Mendoza y sus partidarios terminaron encerrados en la cárcel pública mientras se les sometía a los largos trámites de la justicia. Sólo se salvaron de caer presos el alcalde, invocando la inmunidad que le confería su título sacrosanto, y el mulato Carcelén que huyó hacia el barrio de la Chimba, pero pronto se le dio alcance y lo llevaron cargado de cadenas a una celda, a instancias de Diego de Montero, que le acusaba de haberle querido asesinar a traición, agregando que no consiguió su intento gracias a que una piedra le derribó semiaturdido.

En el juicio que siguió, todos los agresores eran santas palomas. El doctor Mendoza alegó que había sido agredido por Lisperguer. Los Cuevas aseguraron haber sido víctimas de las piedras al entrar a la Plaza, lo que les impidió tomar partido en la pelea. Los yernos juraron haber estado oyendo misa en el momento de los incidentes. El hijo de don Andrés y Alonso de Escobar comprobaron que se hallaban jugando a los trucos y sólo se asomaron a la puerta del salón cuando llegó un indio gritando que había espadachines en la Plaza. Los dos Fuenzalida se mantuvieron firmes en que, a la hora de los sucesos, estaban almorzando tranquilamente en compañía de su madre, doña Ana de Guzmán, quien lo confirmaba, al igual que otra señora de gran prestigio, doña María de los Reyes, que lo hizo bajo juramento pero que, al momento de ser requerida por el togado para que firmara el documento, declaró no sin rubor que no sabía escribir.

Sin embargo, los testigos de los hechos habían sido demasiados, y por mucha que fuera la parcialidad de algunos, la verdad resplandeció cuando el sacristán mayor de la Catedral, Gregorio Bernal del Mercado, el alcaide de la cárcel y un comerciante de bastante prestigio llamado Alonso Rey Barraeta, declararon lo que sus propios ojos habían visto desde el comienzo de la pendencia.

Cinco meses más tarde, la Real Audiencia pronunció su fallo, y condenó a todos los conjurados apenas de destierro y a soltar los cordones de sus bolsas, pagando una gruesa cantidad de patacones por multas y demases.

Finalmente los espíritus se calmaron y la reconciliación volvió a los ánimos, pero los entretelones del drama mantuvieron por mucho tiempo el tema de conversación, en las tranquilas tertulias de la apacible vida pueblerina del Santiago del 1600.

Cadehuala se bate con García Ramón

A fines del siglo XVI, gobernaba en Chile don Alonso de Sotomayor, quien había comenzado su actividad bélica irrumpiendo en territorio mapuche para destruir sus poblados y sementeras. En sus correrías había cogido más de trescientas «piezas» entre hombres, mujeres y niños, que luego hizo ahorcar por los caminos para infundirles temor y obligarles a someterse.

Pero los araucanos, dirigidos por el toqui Cadehuala, habían atacado el fuerte de Angol, y valiéndose de una hábil estratagema, lograron reducirlo a cenizas.

Sin embargo, Cadehuala no se dejó envanecer por el triunfo ni permitió que los suyos se emborracharan para celebrar la victoria. Con aguda perspicacia, comprendió que era el momento de atacar sobre la marcha al nuevo fuerte de Purén, antes de que los españoles se rehicieran del daño de Angol, y mientras el gobernador se mantenía ocupado en su reorganización.

Al amanecer del día siguiente, se aproximó calladamente a la Casa de Purén. Escondió a sus lanceros montados en los bosques vecinos, y se presentó ante el fuerte con nutrido número de infantes, armados solamente con porras y garrotes. Su intención era provocar a los defensores con gran ostentación y desafío, para que, viéndoles con tan pobre armamento, salieran de la fortaleza e intentaran sus acostumbradas cargas, momento que él aprovecharía para caerles por la retaguardia con su propia caballería.

Estaba en esos afanes, cuando le alcanzó un mensajero a galope tendido con la noticia de que el gobernador venía desde Angol con un grueso contingente, a reforzar la guarnición de Purén.

Cadehuala advirtió el peligro que significaba tal apoyo y la urgencia de impedir su llegada. Dejó a Caniotaro a cargo del campo y partió con quinientos lanceros a detener la columna. Escogió para tal efecto, un angosto paso obligado, que estaba lleno de ciénagas, y allí se ubicó a la espera de Sotomayor.

Los cinco batidores que componían el piquete de vanguardia se toparon, repentinamente, con las lanzas araucanas, que alcanzaron a dar cuenta de tres de ellos. Los otros dos, malamente heridos, huyeron veloces a informar al gobernador de la emboscada.

Este dispuso el ataque inmediato, pero sus capitanes le hicieron ver el enorme peligro que esta acción entrañaba, pues el terreno se prestaba maravillosamente para una trampa, que comprometería una buena cantidad de las menguadas tropas españolas que había en el reino. Comprendiendo la razón que tenían sus oficiales, Sotomayor decidió regresar a Angol, para volver después con una fuerza mayor.

Entretanto en el fuerte de Purén, el maestro de campo Alonso García de Ramón sospechaba una celada, y dio orden perentoria de que nadie saliese de las empalizadas, a pesar de los insultos y desafíos de los indios que se mantenían en el exterior.

En el campo araucano, los toquis y caciques se mostraban impacientes por comenzar el ataque. No pudiendo contener el deseo de combatir de sus hombres, Cayencura se acercó al jefe indio y le espetó, interpretando el sentir general:

-¿Qué pasa, toqui? ¿Es que se te ha terminado el valor?

Cadehuala, con gesto grave, le mostró la cantidad de arcabuces que asomaban por las almenas de las murallas y le respondió:

-Esos perros no han caído en la trampa, y un ataque frontal sería enviar a la muerte a gran número de nuestros guerreros inútilmente. Déjame, que yo arreglaré solo este problema. Debo acabar con el jefe de la plaza, para que el resto, al verse sin cabeza, entregue el fuerte. Eso es tarea mía -y volviéndose, se dirigió a uno de sus hombres de más confianza- Talcaguano, acércate a la fortaleza con bandera de parlamento, y le dices al que manda que yo, el toqui Cadehuala, le desafío a un combate personal.

Así lo hizo Talcaguano y, luego de acordar el reto, añadió de parte de su toqui que, conociendo el mal estado en que se hallaban los del fuerte, les ofrecía que se pasasen a su campo los que así lo quisiesen. García de Ramón se indignó y prohibió que nadie respondiese. Pero un soldado mozo, llamado Juan de Tapia, vio la ocasión de irse al enemigo con el pretexto de que iba en busca de un caballo que le faltaba. Los indios lo recibieron con gran alegría y demostraciones de afecto.

A la hora convenida, salió Cadehuala al lugar del pleito, seguido a cierta distancia por un escuadrón de indios montados. García Ramón hizo lo mismo acompañado de unos cuarenta caballeros. Abandonando sus escoltas, se aproximaron uno al otro mirándose con fiereza, y se detuvieron manteniendo entre ellos un trecho prudencial.

Montados en briosos potros, que manoteaban impacientes, se acomodaron sobre las sillas, pusieron las lanzas en ristre y, apretando los dientes con fuerza, clavaron espuelas y se embistieron en desenfrenado galope.

En el momento del choque, el castellano desvió la lanza del araucano colocando la rodela de soslayo, y clavó la suya con tanta fuerza que dio por tierra con el cacique y su caballo. Herido de muerte, Ramón le intimó a rendirse pero el orgulloso toqui pretendió hacer campo con su arma dando traspiés, hasta que le alcanzó la muerte y cayó en tierra faltándole el alma.

Viendo muerto a su jefe, el escuadrón que le acompañaba se enfrentó con los de García Ramón, trabándose en corto combate que ninguno de los bandos deseaba prolongar. Poco a poco se fueron disgregando y los mapuches, portadores de la triste noticia, regresaron ordenadamente donde los suyos. Las tropas araucanas levantaron el sitio y volvieron al valle.

En cambio en el fuerte, los españoles no se cansaban de dar gracias a Dios por la forma en que se habían librado de un ataque que, de haber podido rechazar, se habría transformado en largo asedio.

No obstante, los araucanos mantuvieron un permanente hostigamiento que tuvo en constante y agotadora actividad a los defensores. Cercaron además los caminos de acceso y pronto comenzaron a escasear los alimentos, las municiones y la pólvora. Finalmente, ya extenuados, abandonaron el fuerte una vez más y se replegaron a Angol, a fines de 1586.

El asesinato de la suegra entrometida

Este caso, que sucedió en pleno período de la Conquista, debería mejor intitularse Las Siete Muertes, pues fueron siete las víctimas que rindieron sus vidas cuando soltaron los demonios que encerraba la trastornada mente del valiente capitán Bernabé Mejía.

Pero comencemos por donde corresponde, presentando a los personajes. Se había establecido en Santiago una heroica dama, viuda de Jerónimo de Alderete, que gozaba de gran prestigio por su bravura y decisión, doña Esperanza de Rueda. Cuando su esposo, destinado a suceder a don Pedro de Valdivia, falleció en Panamá, dejó transcurrir el tiempo de rigor y luego, sintiéndose sola y desamparada, contrajo segundas nupcias con el alférez real don Pedro de Miranda.

Este caballero aportó al matrimonio, como era uso y costumbre de la época, no sólo su persona, sino también una hija mestiza llamada Catalina, que había engendrado en una india en los tiempos de sus mocedades, al igual que la mayoría de los conquistadores.

Doña Esperanza acogió a la joven con ternura y la rodeó de tanto afecto como si hubiera sido su propia madre. Así, doña Catalina se crió en el recato y cariño con que gobernaban la casa las canas del viejo soldado. La joven fue pedida en matrimonio por un militar, don Berbarbé Mejía, que prestaba sus servicios en la guerra de Arauco. Al poco tiempo se desposaron, pero como el soldado debía pasar largas temporadas en el sur, doña Catalina continuó viviendo en el hogar de su padre.

Sin embargo, las nubes de los problemas comenzaron pronto a oscurecer el cielo de la pareja. Durante las privaciones de la campaña y en las soledades de las guardias fronterizas, el capitán Mejía sólo pensaba en la belleza de su esposa y en los peligros que por ello corría. Lentamente, los celos se fueron infiltrando y adueñando de su mente hasta convertirse en obsesión. Por esta causa, cada vez que bajaba a la capital, en vez de prodigarle su amor, la colmaba de sospechas y le imponía serias prohibiciones. Lo que más le molestaba era que su esposa saliera de casa porque, según pensaba, era cuando estaba más expuesta a la seducción. Para complacerle, doña Catalina no abandonaba el hogar ni para asistir a los oficios religiosos.

Pero sucedió en cierta ocasión que su madrastra la invitó a la iglesia, a vísperas de difuntos. La moza se negó, aduciendo que a su marido no le gustaban esas salidas. Doña Esperanza insistió, y estaban en plena discusión cuando llegó el celoso cónyuge, que se hallaba en una de las internadas en la capital. El hombre reiteró su negativa ácidamente, y

se fueron de palabra en palabra, hasta que Mejía le dijo a doña Esperanza que no se metiera en lo que no le importaba, pues se estaba comportando como una suegra entrometida.

La enérgica madrastra, que otrora se había visto en situaciones bastante más ásperas, «le dijo algunas palabras de las que suelen las mujeres cuando están bravas», y fueron tan ofensivas que nublaron totalmente el cerebro de Bernabé, ya algo trastornado, y le encendieron de tal manera que, echando mano a la tizona, le largó una estocada que la traspasó de parte a parte, sin detenerle el pensamiento de que la mujer estaba embarazada.

Catalina, que también se hallaba encinta, corrió horrorizada a detener a su enloquecido esposo, pero se ensartó en el sangrante acero, muriendo en el acto.

Al sentir los gritos, acudieron Pedro de Miranda y un huésped de la casa llamado Francisco de Soto, que venían llegando. Al contemplar el horroroso drama, desenvainaron las toledanas y enfrentaron al asesino. Pero éste, más joven y diestro en el combate, les mató a ambos, tras dos o tres paradas.

La barahúnda y el estruendo habían sido tales que todo el vecindario corrió a la casa, a indagar qué acontecía. Cuando la muchedumbre traspasó el umbral, se detuvo espantada ante el espeluznante asesinato, mas luego los hombres reaccionaron, abalanzándose sobre el hechor para dominarle. Luego, le arrastraron hasta la calle y ahí le destrozaron a golpes, frente a la puerta misma de su casa.

Se cumplieron así siete muertes, incluyendo la de las dos criaturas que se encontraban en los vientres de sus madres.

Por algo, el cronista que supo del suceso aseguró que, sin dudas, «andaban sueltos los siete pecados mortales».

El testamento de los cinco dedos

A mediados del siglo XVII, llegaron a Chile dos portugueses que instalaron una compañía de negocios. Eran ellos don Francisco López Caguinca y don Francisco Pasos. El primero, médico de profesión, había sido antes administrador de las rentas episcopales del obispado del Tucumán y se había ordenado de clérigo, sin embargo, su real afición era el comercio, la que compartía con su amigo Pasos, y quizá a esto se debió que se asociaran, con excelentes resultados.

Organizaron su negocio muy hábilmente. López se instaló en Santiago y desde ahí manejaba todos los hilos de su establecimiento. Pasos se encargó del tráfico con Lima, a donde llevaban productos del país, que traía convertidos en mercaderías europeas con pingües beneficios económicos.

Trabajaron con diligencia y seriedad, como buenos portugueses, los que en esos tiempos se reputaban como los judíos de América. Al cabo de una veintena de años, habían

acumulado un enorme caudal y tenían el control del mercado capitalino. No había compra, venta ni operación de cualquier jaez en que no tuvieran participación. Prestaban dinero a interés, compraban cuero, sebo, cáñamo y cobre que luego exportaban, recibían prendas y hasta -según afirma un historiador- se vieron obligados a regentar una botica, entregada en pago por un fallido mercader.

Ni los más empingorotados caballeros ni las damas de alcurnia dejaban de aparecer regularmente en sus libros de contabilidad, igualándose con plebeyos urgidos, en las fatídicas columnas del «debe». El examen de sus viejos papelotes arroja operaciones con cifras de 1800 pesos, suma enorme de dinero, hasta créditos de veinte o treinta mil, que ya constituían una fortuna. Y el nombre que aparecía con más frecuencia en sus cuentas era el de don Pedro de Torres, tesorero de la Santa Cruzada.

Era éste un personaje muy particular de la colonia. Atrevido especulador, pasaba con rapidez desde la opulencia a la más extremada pobreza, pero siempre su ingenio comercial le sacaba de apuros y volvía a levantarse con negocios cada vez mayores. Muy firme debe haber sido su prosperidad, ya que compró en 25.000 pesos la tesorería de la bula, y muy rentable debe haber sido ésta, como para que le interesara. Lo cierto es que el discutido tesorero de la Santa Cruzada negociaba en grande y, lógicamente, gran parte de su actividad mercantil la hacía con López y Pasos.

De esta especie de asociación surgió una estrecha amistad que el astuto Torres, como veremos más adelante, manejó muy bien en su beneficio.

Al acercarse el año de 1680, los portugueses comenzaron a limitar sus actividades y a reducir todos sus negocios a dinero tan contante como sonante, con miras a irse a morir en su país, o a asegurarse un tranquilo pasar en éste si su patria continuaba en guerra con España. Eran tan fuertes los lazos que unían a ambos lusitanos, que redactaron testamentos en los que se nominaban recíprocamente herederos en caso de que alguno falleciese.

Antes de un año, abandonó las miserias de este mundo el médico López y la fortuna quedó, salvo catorce esclavos que donó a la Compañía de Jesús, en manos de su socio. Pero la amistad férrea que siempre les había ligado continuó más allá de la tumba, pues, al poco tiempo, éste también murió, dejando en el corrillo santiaguino, la duda acerca del destino que tendría el ingente capital.

Y, mientras se conocían las últimas voluntades de los difuntos, comenzaron a circular los más variados rumores. Las miradas de la mayoría se dirigieron al tesorero Pedro de Torres, que repentinamente empezó a dar muestras de inesperada riqueza. Todo el mundo sabía que estaba casi en la ruina, pues había rematado en subasta pública la provisión de víveres del Situado de Valdivia, y como el virreinato del Perú se atrasaba con un pago de 38.000 pesos, se vio en tan grandes apuros y se pagó anticipadamente con cargo al propio tesoro que le estaba encomendado. El tribunal de la Santa Cruzada no aprobó el procedimiento y le conminó a devolver de inmediato los dineros, mas como se demorase, dictó orden de arresto. Pero el hábil traficante siempre tenía recursos y pronto se le vio muy suelto de cuerpo reactivando sus negocios. No pasó mucho tiempo sin que se llevara a efecto el matrimonio de su hija María con don Cristóbal de Mesías y Valenzuela, hijo del

presidente de la Audiencia de Charcas, que pertenecía a la más alta nobleza colonial. No contento con el linaje del yerno, fundó un mayorazgo para su hija y consiguió del soberano que el novio luciese el título de Marqués de Sierra Bella, que le costó como si fuese un Perú.

Sin embargo, el sagaz tesorero no había previsto una contingencia imposible de advertir. Habitaba en la casa de don Francisco Pasos, al tiempo de su muerte, el fraile carmelita Juan de la Concepción, cuya obsesión consistía en conseguir dineros para fundar el monasterio de su orden en Chile. El apasionado monje recorría permanentemente las casas más pudientes recolectando limosnas, y vivía a la caza de cualquier herencia que pudiera dejar alguna beata pronta al último trance. La enfermedad de su anfitrión se presentó como una excelente perspectiva para hacerse de algún peculio con qué realizar el anhelo de su vida.

Dispuesto a no perder la oportunidad, no se apartó de la cama del moribundo; y en cuanto le escuchó lanzar los estertores de la agonía, le preguntó sin poderse contener:

-Hermano, ¿cuánto váis a dejar para la fundación del convento de los carmelitas?

El agonizante, que ya no tenía aliento ni para sus últimos ronquidos, levantó una mano con sus cinco dedos abiertos como diciendo:

-¡Calma! ¡Dejadme morir tranquilo!

Mas, el avisado fraile no lo interpretó así, y llamando la atención de los presentes, les dijo agitado:

-¿Véis? ¡Dice que deja cinco mil pesos para la fundación!

Nadie se atrevió a contradecirle. No era el momento. A los pocos minutos, el pobre agachó el moño y se fue al otro barrio.

A los pocos días, don Pedro de Torres se presentó al tribunal y exhibió un poder para testar, otorgado por Francisco Pasos, en el cual le nombraba heredero universal de sus bienes.

La zalagarda fue tremenda. Nadie quedó contento. Todos, quien más quien menos, esperaban que algo les tocara, si no en dinero, en el perdón de sus deudas; pero al estar la herencia en mano del ávido tesorero no quedaba esperanza para ninguno.

No obstante, el tenaz carmelita no estaba dispuesto a ceder lo que, según él, había conseguido tan oportunamente. El difunto había dejado un hijo natural, llamado Juan Pasos, que era fraile agustino. Con él se concertó para dar la guerra al heredero. El terreno se presentaba propicio para ganarle la mano, pues, debido a que España y Portugal se encontraban en guerra, la herencia debía ir a parar a la corona, porque el testador había fallecido en territorio enemigo. Pero más conveniente era guardar en la manga esta carta de triunfo, para tentar por las buenas, sacarle una tajada a Torres.

Al día siguiente, se presentaron ambos frailes en casa del albacea y reclamaron, no sólo los cinco mil pesos para la orden de los carmelitas, sino también una cierta cantidad para este hijo que, si bien era natural, había sido reconocido por su padre en vida.

Pensando que la mejor defensa es el ataque, el tesorero reaccionó airadamente y les manifestó que no reconocía en absoluto tal demanda, carente de toda legalidad. Ante la insistencia de fray Juan de la Concepción, le advirtió que no le permitía sacar de la casa ni siquiera la casulla o el alba, del oratorio, y más encima le culpó de haber permitido que entraran al huerto de los portugueses unas mujeres a sacar fruta.

Con la cola entre las piernas y mordiendo la rabia, los frailes abandonaron la habitación y se dirigieron a hacer la denuncia al presidente Juan Henríquez y al oidor Juan de la Peña Salazar. Pero como la acusación fue desestimada, recurrieron a los tribunales eclesiásticos y a los de la Santa Cruzada, mas, en todas partes obtuvieron el mismo resultado. Don Pedro de Torres aseguraba haber estado presente en los últimos momentos del extinto y no haber visto seña alguna que apoyara lo aseverado por el carmelita. Las autoridades no podían dar crédito a lo que no estaba escrito en el testamento.

Desilusionados de la justicia chilena, los conjurados idearon otro proyecto. Al día siguiente, el agustino Juan de Pasos se embarcó en la misma nave que llevaba al presidente Henríquez a Lima, el barco «San Francisco de Lezo».

En el primer bote que se despachó a tierra para los trámites aduaneros, saltó el pertinaz monje y, dirigiéndose como un celaje a Lima, penetró atropelladamente en el palacio del Virrey y solicitó una audiencia urgentísima al duque de la Palata. Le fue concedida y presentó la denuncia de lo que estaba pasando en Chile, en desmedro de la Iglesia y del Rey.

Después se dirigió apresuradamente a la casa del arzobispo don Melchor de Liñán y Cisneros y repitió sus cuitas con maña y fingimiento. Una vez que hubo terminado de despotricar, salió a la calle, donde fue apresado por un grupo de robustos frailes de su orden, por instrucciones del prior Hijar, bajo el cargo de haber viajado sin licencia y no presentarse primero a su prelado antes que al virrey. Fue a dar a un calabozo del convento, sin mayores contemplaciones.

En cuanto logró volver a Chile, se reunió con fray Juan y le informó del escaso éxito de sus diligencias. Esta vez, el testarudo carmelita le envió a España para que presentara su denuncia ante la Corte misma.

Al poco tiempo, el 31 de marzo de 1690, llegó un fraile emisario, portador de una real cédula de Carlos II en la que disponía que la Real Audiencia abriese proceso contra el tesorero Torres por la usurpación de caudales que correspondían a la Corona, estimados en 133.884 pesos y 1 1/2 reales.

El resultado final de este litigio ha quedado en la penumbra. Sabido es que los licenciados de la época alargaban en demasía los procedimientos, y los papelotes que se juntaron en el juicio hincharon gruesos libros, muchos de los cuales fueron comidos por las

ratas o destruidos por el tiempo. Sólo consta que desfilaron por los tribunales los más conspicuos personajes, a presentar declaración, y que el proceso llevó largos años, durante los cuales el tesorero usó de los dineros de la herencia en su provecho. Si los devolvió o no, no lo sabemos, pero no cabe duda de que, mientras se dilucidó el asunto, cargó con el santo y la limosna y continuó viviendo en su lujosa mansión de Sierra Bella, en la Plaza de Armas, donde hoy se alza el portal Fernández Concha.

Heroísmo castellano

El cerco a Villarrica, en 1601, es una demostración cabal del inmenso heroísmo castellano. Situada a orillas del hermoso lago del mismo nombre, era una de las ciudades de mayor porvenir, pues la facilidad del paso de la cordillera la ponía en contacto con Buenos Aires, en una época en que la travesía por el Estrecho se hacía lenta y riesgosa.

En cambio, su situación militar era la peor de todas las plazas sureñas. El abandono y ruina de los fuertes de Santa Cruz, Angol, La Imperial y Valdivia, unidos a la dificultad de comunicaciones con Osorno, la mantenían alejada de todo recurso, e incitaban a los mapuches a mantener el cerco, dando permanentes ataques que mermaban sus fuerzas, día a día.

La lucha que libraron sus defensores fue homérica, y en ella se estrellaron la tenacidad y energía españolas, con la voluntad acerada de los araucanos resueltos a hacerla caer. Corregidor de la ciudad era don Rodrigo Bastidas, soldado de gran valor y decisión, que contaba con el apoyo de dos capitanes de mucho renombre, Marcos Chavari y Juan Beltrán. Este último, mulato y casado con una india de la zona. Muy grandes deben haber sido sus merecimientos para que, pese a estas condiciones, el virrey don Luis de Velasco le nombrara capitán y le concediera una encomienda.

A través de los constantes asaltos, los mapuches habían arrasado con la totalidad de las casas, y sus pobladores se hallaban reducidos a un pequeño fuerte y rodeados por sus enemigos, sin medios de comunicarse con las otras plazas ni de procurarse provisiones.

Pronto, la situación se hizo insostenible. Los víveres se acabaron y el hambre comenzó a apretar a tal extremo, que deseaban se produjeran escaramuzas con los indios para matarles algún caballo que les sirviese de alimento.

Pero los españoles demostraron más que nunca la firmeza y el valor de Castilla. Los capitanes alentaban a diario a los soldados con su valor y ejemplo, y les instaban a no descuidar la vigilancia en ningún momento. Uno de ellos, de apellido Tejada, se las arregló para reunir cuanto elemento metálico encontró en el lugar, incluyendo las campanas, y luego fundirlo todo, forjó dos cañones que más tarde les fueron de gran utilidad.

Desesperados por encontrar un medio que les permitiese paliar la hambruna, el capitán Beltrán propuso a sus compañeros un ardid que podría dar excelentes resultados. Aprovechando sus relaciones con algunos de los caciques comarcanos, les sugirió que

trajeran alimentos a las murallas del fuerte para trocar con los sitiados que, por estar tan hambrientos, pagarían cualquier precio por ellos. Les manifestó también que su intención era pasarse a su lado, y que más tarde les ayudaría a dar un ataque definitivo al fuerte, ocasión en que ellos podrían recuperar los víveres y hacerse del botín de la plaza.

Los indios cayeron en la trampa. Se acercaron con confianza a las empalizadas y fueron pasando en pequeños grupos al interior de la fortaleza con animales y hortalizas. Pero, a medida que iban entrando, les mataron y quitaron cuanto acarreaban.

El engaño de Beltrán produjo abastecimiento para seis meses, pero le ganó el odio intenso de los traicionados. Fue tanta la ira que despertó en los araucanos la felonía de que habían sido objeto, que respondieron con un ataque furioso contra la fortaleza. No importándoles las balas que disparaban los arcabuces de las troneras, cruzaron el foso y lograron prenderle fuego por tres lados. Los defensores, reunidos en el cuarto paño, se reorganizaron para repeler el ataque, y mientras las mujeres ocupaban los puestos de los soldados muertos, el capitán Chavari consiguió expulsar a los atacantes de un torreón del que se habían apoderado. En tanto los indios se concentraban en cargar el cañón y girarlo hacia el último reducto de los sitiados, Chavari se acercó con un grupo de arcabuceros y logró balearlos. Con el arma en su poder, les fue fácil rechazar el ataque y conseguir un momentáneo respiro.

Pero los mapuches no volverían a ser engañados. Bien sabían ellos que las provisiones conseguidas tan malamente se acabarían, y permanecieron hostigando con tenacidad implacable la plaza. Cada vez que salían grupos a coger algunas yerbas o raíces, eran eliminados por los cercadores. Pero el hambre arreciaba en tal forma, que muchos, incluso algunas mujeres se arriesgaron a salir y cayeron algunos prisioneros y otros muertos. Lentamente, la guarnición del fuerte fue disminuyendo y quedó reducida a once hombres y diez mujeres, y era tal su decisión de no rendirse, que las mujeres combatían al igual que los soldados, por lo que puede decirse que el bastión estaba defendido por veintiuna personas.

Los indios sabían de su escasa fuerza y, no queriendo ensañarse con ellos, les ofrecieron en numerosas ocasiones el paso franco hacia Valdivia si entregaban la fortaleza, pero los españoles se negaron terminantemente a abandonarla.

El 7 de febrero de 1602, una gran junta se presentó ante el castillo al mando del cacique Cuminahuel, Tigre Rojo. El jefe, cubierto sólo por un taparrabos y llevando en la mano una gruesa pica, se adelantó acompañado de un hijo del capitán Bastidas que tenía prisionero. Ofreciendo generosamente su pecho desnudo a las balas de los arcabuces, gritó:

-¡Capitán Bastidas! ¡He aquí a tu hijo! ¡Si no te rindes y entregas la plaza, lo mataré con mis propias manos!

Trepando a una de las almenas del castillo, Bastidas le respondió con energía:

-Hace tres años que nos estáis ofreciendo la vida a cambio de la rendición, y hace tres años que os estamos respondiendo que no. Ahora sólo cabe pelear, y si habéis de matar a

mi hijo para que os entregue la plaza, que ha sido encargada a mi cuidado y defensa, dejad que sea yo el que lo mate!

Acto seguido, desenvainando el puñal que llevaba al cinto, echó atrás el brazo para lanzarlo a su hijo, pero le detuvo Cuminahuel cubriendo con su cuerpo al muchacho:

-¡Eres terco, huinca! ¡Pero además eres valiente y mereces morir peleando como buen guerrero! ¡Deja que tu hijo viva y lo criaremos como a un indio! ¡Ese será tu castigo!

Se repetía en esta ocasión la misma hazaña que, tres siglos antes, realizara don Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno. Cuando conquistó la fortaleza de Tarifa en la guerra contra los moros, fue inmediatamente sitiado por aquéllos, a los que ayudaba el infante don Juan, con la esperanza de destronar a su hermano Sancho. Don Juan se había apoderado de un hijo de Guzmán, niño de corta edad, y acercándose a la muralla amenazó a don Alonso con matarle si no se rendía. Pero el sentido del deber de Guzmán fue más poderoso que su amor de padre, y arrojando su daga a don Juan le dijo que podía cumplir su amenaza. Don Juan asesinó al niño, pero la ciudad no se rindió.

Cuminahuel lanzó sus huestes al ataque e hizo que le prendieran fuego al fuerte. Mientras la lumbre se propagaba con rapidez, la pequeña guarnición se multiplicaba para repeler el asalto. Los hombres disparaban y las mujeres les alcanzaban la pólvora y las balas, y entre todos se combinaban para apagar el incendio. Pero pronto se les acabó el agua y la hoguera consumió la construcción.

Cruzando las llamas, los araucanos penetraron al interior y dieron muerte a todos los defensores, a excepción del capitán Bastidas que, por su extraordinario valor, era presa demasiado importante para los vencedores, además de otro soldado llamado Juan Sarmiento de León, y las esposas de ambos.

Después de la victoria, los principales caciques se reunieron en consejo. Cuminahuel llevó al capitán Bastidas al centro de la asamblea, con una soga amarrada al cuello y completamente desnudo, pues sabían los mapuches que la mayor ofensa para un castellano era privarle de sus vestiduras. Al verle, su mujer corrió a cubrirle y a abrazarle, pero otro de los caciques se lo impidió.

Cuminahuel, acallando los rugidos de la junta, comenzó a ponderar la magnitud del triunfo que significaba la caída de Villarrica, que tan larga pelea les había dado. Ensalzó el hecho de tener prisionero al jefe español que la había defendido con tanto ahínco, y señaló que la mejor manera de marcar para siempre aquel día en la historia de su pueblo, era untar sus flechas y sus lanzas en la sangre de tan valiente guerrero.

Al instante, una pesada maza abatió para siempre la vida del heroico capitán, y aún caliente, le extrajeron el corazón y mojaron en él sus armas. Luego, cortándole la cabeza, la clavaron en una larga pica en medio del lugar, mientras cantaban victoriosos a su alrededor.

Verdugo, alma en pena

En el año del Señor en 1708, arribó a Concepción un elegante gentilhombre procedente de Francia, monsieur Briand de la Morandais, rico comerciante y armador de San Maló.

El joven venía bajo los auspicios y franquicias concedidas a sus compatriotas por Felipe V, Rey de España, pero francés de nacimiento. Fue numeroso el grupo de galos de noble ascendencia que viajó a Chile, cuya importancia en nuestra historia justifica el recuerdo de algunos de sus nombres. Los de Dunose, que dieron origen al pueblo de Nos. Los Caux, que más tarde se transformaron en Coo. Los L'Hotelier, que pasaron a ser Letelier y otros como los de Pradel, que no sufrieron deformación.

El señor de la Morandais vendió su mercadería en muy buen precio. De acuerdo al uso de la época, le pagaron las sedas, los tisúes y las lamas de plata para las casullas de los frailes y para los faldellines de las damas, con polvo de oro ensacado en talegas de cuero de chivato. De ahí el nombre chileno de «chivateado», por el pago al contado. Su llegada al puerto, con una nave llena de mercaderías altamente codiciadas por las matronas penquistas y sus hijas casaderas, fue todo un acontecimiento.

En pocos días, su regia estampa de noble francés, sus finos modales cortesanos y la riqueza de su cargamento, le convirtieron en el soltero más codiciado de Concepción. Prácticamente, lo despojaron de los riquísimos géneros de hilo de Holanda, de los encajes y blondas de Flandes y de los demás tesoros que traía; pero el astuto joven, entre sonrisas distinguidas y besamanos, haciéndose eco de que «en el pedir no hay engaño», les sacó un precio que las señoras oidoras y las otras de la alta oficialidad le pagaron ansiosas entre suspiros y miradas llenas de coquetería e intención.

En fin, puede decirse que el hombre multiplicó varias veces su capital, y comenzó a recibir tantas atenciones de la alta sociedad penquista, que decidió quedarse para siempre en esta tierra tan hospitalaria.

Una tras otra se sucedieron las invitaciones a las mejores casas, y las encopetadas señoras le atendían con el refinamiento que permitía la pobreza de Chile.

-¡Señor de la Morandais, servíos estas roscas de agua, o probad aquellos alfajores, que fueron hechos por las delicadas manos de Carmencita! «¡Esta joven es tan buena dueña de casa!» -eran los elogios que el francés escuchaba a cada rato.

Las madres se esmeraban en pregonar las habilidades de sus hijas, que bajaban la mirada pudorosas, llenas de rubor. ¿Cómo cazar a este noble y rico joven y evitar que la niña fuera a contraer matrimonio con un muerto de hambre?

Pero el señor de la Morandais no se dejaba impresionar y recorrió todos los estrados de las elegantes casonas de la sureña capital del reino. Así, conoció a cada doncella en estado de merecer, gordas, flacas, esbeltas, altas y chicas; hermosas, rubias y morenas; pero ninguna conmovió su corazón.

Medio año pasó en los salones escuchando las melodías que las niñas interpretaban en las antiguas guitarras de cinco cuerdas, y en las más nuevas, acabadas de aparecer, que traían seis. Sin embargo, existía una casa donde jamás había sido invitado, la del Tesorero Real de Concepción, el señor de Caxigal, noble y caballero cruzado. El vejete era más tieso que una estaca y llevaba el copete tan alto como lo permitía su espalda. De carácter duro y atrabiliario, consciente de su alta cuna, consideraba los afanes sociales de los demás como cosa de plebeyos. Su única hija, cuidada como flor de invernadero, sólo abandonaba la casa para asistir a la misa dominical acompañada de una vieja chaperona. Algo más atrás, caminaba, muy digno y erguido, con el ojo vigilante, el altivo tesorero.

La costumbre de aquel tiempo exigía que las damas ocuparan una nave lateral del templo, y se sentaran sobre el suelo, en la esterilla que portaba la criada. Los caballeros, de pie, «veían» la misa en la nave del otro costado.

El mozo francés acudía de ordinario a los oficios, y entre rezo y latinazgo, daba miradas al acopio de jóvenes y matronas que lucían sus mejores galas. Pero desde el punto en que se situaba todos los domingos veía siempre las mismas caras, eternamente a las mismas doncellas cuyas madres tanto elogiaban en su presencia.

En cierta festividad religiosa, a la que llegó con algún retardo, hubo de instalarse cerca de la pila de agua bendita, en la parte trasera del templo. Como de costumbre, mientras el predicador de moda lanzaba terribles denuestos contra los pecadores y les amenazaba con las penas del infierno, el joven comenzó a observar la concurrencia femenina. De pronto, sus ojos se detuvieron y quedó helado. Había visto a la moza más bella del mundo, una morena de rasgos finísimos y largo cabello. Clavó en ella su mirada, y debe haber sido tan penetrante la fuerza de su pensamiento, que ella le miró con unos ojos negros, grandes y rasgados, que le dejaron perdidamente enamorado.

A partir de ese día, Briand de la Morandais no conoció la calma. Buscó cuanta excusa discurren los enamorados para encontrar a la niña que le traía trastornado. Asistía puntualmente a la misa de los domingos, y desde su lugar lanzaba ardientes miradas a la joven que, bajo el velo que cubría su frente, le respondía con ojos expresivos. Así se fue entablando un diálogo mudo entre ambos, y el francés comprendió que era correspondido. A medida que transcurrió el tiempo, el amor creció con la ternura de las cosas ocultas, y mientras la niña languidecía de pasión en la casa paterna, él se desesperaba por oír su voz y confesarle sus sentimientos.

Pero llegó el momento en que no pudo contenerse más, y como buen europeo, hombre de mundo al fin, decidió tomar el toro por las astas y hablar con el terrífico progenitor. Vestido con sus galas más elegantes, caminó con paso decidido a la casa del señor Caxigal, que se alzaba, tan erguida como su dueño, en la Plaza de Armas de la ciudad.

Zarandéo con entereza el pesado aldabón de la puerta señorial. A los pocos minutos, abrió un criado de negra librea.

-¡Decid a vuestro señor de Caxigal, que monsieur de la Morandais desea hablarle!

-¡Pasad, amo! -respondió el mulatillo, evidentemente impresionado por el aire arrogante de la inesperada visita.

Mientras el esclavo se dirigía presuroso a las habitaciones privadas de su amo, el francés permaneció en el primer patio de la casona, aspirando el perfume delicioso de los naranjos en flor. Al centro del piso de piedra, había una hermosa noria de tiempos antiguos, ya en desuso, que confería a todo un ambiente de vetustez. El sitio era arrobador, y el mozo comenzó a asociar la belleza del lugar con la joven que la habitaba. ¡Cuántas tardes habría caminado su amada por aquel empedrado, alcanzando los azahares para acunarlos en sus cabellos!

Pero sus reflexiones se vieron interrumpidas por la voz del negrito:

-¡Señor, dice el amo que paséis!

Haciendo sonar los tacones sobre el embaldosado de greda cocida del corredor, caminó con desplante y fue introducido al salón de la casa, en donde le esperaba el Tesorero Real, de pie, frente al estrado.

-¡Buenas tardes deseo a Vuestra Merced! -saludó cortés el vejete, con voz atiplada.

-¡Buenas sean para su Excelencia! -respondió el francés, con finura.

-Decidme, ¿qué os trae por aquí? -preguntó el anfitrión, ignorante de las intenciones de su visita, a quien conocía de sobra por los comentarios de las autoridades de la ciudad.

-Señor, debo confesaros que mi intención es robaros -contestó Briand, sabiendo que el viejo era conocido por su tacañería. Si los pródigos entrasen al reino de los cielos, el señor de Caxigal tendría amplias y sólidas aposentaduras en el infierno.

-¡Robadme a mí! ¡Qué descaros! ¡Esclavos, venid, nos asaltan! -comenzó a gritar, llamando a los sirvientes.

-¡Calma, Excelencia! Efectivamente mis deseos son apoderarme de algo que os pertenece, pero con vuestro permiso.

-Señor, no son formas de entrar a una casa digna para hurtar mis pertenencias. ¿Qué dijisteis? ¿Con mi permiso? ¡Decid de una vez por todas, de qué se trata! -inquirió con desconfianza.

-¡De la posesión más valiosa que vos tenéis!- aseguró el mozo, con pasión.

-¡No, no me robaréis mis joyas, ni conseguiréis que abra mi bolsa, aventurero!- terminó casi llorando el avaro carcamal.

Estimando que ya estaba suficientemente preparado, el astuto francés le espetó:

-¡Señor de Caxigal, solemnemente os demando la mano de vuestra hija!

-¡Qué... mi hija... pero cómo...! ¿Os habéis estado viendo? -logró barbotar, atragantado.

-No, señor, jamás he cruzado una palabra con ella. Pero la he visto desde lejos en la iglesia y la amo profundamente -respondió con voz emocionada y sincera.

-¡Ajá!, conque queréis casaros -masculló el tesorero- conozco vuestros pergaminos de nobleza; pero, ¿no andaréis detrás de mis maravedíes? -y las palabras salieron de su garganta, mientras pensaba en alta voz.

-¡Señor, no ofendáis a quien con todo respeto os pide ser vuestro hijo! ¡Tengo una bien cimentada fortuna que deseo poner a los pies de mi amada!

-¿Así, ah? ¿Y a cuánto alcanza, más o menos?

-A medio millón de peso -aseguró Morandais, con displicencia.

-De modo que vuestras intenciones son serias -respondió Caxigal, con acento afectuoso-, pero es menester conocer la opinión de Juanita. ¡Dionisio! -llamó al criado- corre y dile a la señorita que la preciso aquí en el salón.

Al parecer, Juanita había estado escuchando desde la habitación vecina, porque no demoró ni un Jesús en aparecer elegantemente ataviada. Sin mirar a su amado, preguntó:

-¿Llamabais, padre?

-¡Hija, este caballero, el señor de la... la... la...!

-¡De la Morandais, Excelencia!

-... de la Morandais, ha venido a solicitar vuestra mano dentro de los cánones del más estricto respeto, y asegura que vos correspondéis a su amor, sin que entre vosotros haya mediado conversación alguna. ¡Decidme! ¿es cierto? ¿Le amáis y consentís daros en matrimonio?

-¡Sí padre! ¡Le amo! -respondió Juanita clavando sus ojos en el joven que la escuchaba como si se tratase de un ángel.

-¡Pues bien! ¡No se hable más del negoc... del asunto! ¡Mañana se harán las publicaciones y papeles de rigor! ¡Dionisio! ¡Una botella de mistela para celebrar la ocasión!

Los esponsales del señor Briand de la Morandais y doña Juanita del Solar y Caxigal se efectuaron en la Iglesia Mayor de Concepción, donde se habían conocido, con una fastuosidad digna de las fortunas de ambos contrayentes, y hubo fiestas que aflojaron los cordones de la apretada bolsa del tesorero.

Pero la joven, además de bella, era caprichosa, y pronto pidió a su flamante marido que le construyera una casa en Santiago, una morada de acuerdo a su alcurnia.

La parte más aristocrática de la capital era la Plaza de Armas, y sólo quedaba un solar vacío en el costado oriental, donde bajo sus portales se instalaban los comercios, la plaza de abastos, el tendal de los zapatos y el mercado matinal de las ojotas. Pero, así y todo, era el lugar más elegante del Santiago del 1700.

Frente a esta acera donde reinaba el comercio, al otro lado de la plaza estaba la Iglesia Mayor y el gremio eclesiástico. Sobre el ala derecha, la casa del Capitán General, los Tribunales y la Cárcel.

En el único sitio eriazado, sobre las ruinas de una vetusta casa, levantó su mansión el señor de la Morandais, y ella cobijó a los novios que dedicaron su tiempo a saborear el amor que otrora debieron soñar.

Pero el enamorado galán había pasado por alto un detalle al que realmente nadie daba demasiada importancia: el rollo y el árbol de la justicia, es decir el tronco al que ataban a los ladrones para azotarles, y la horca en que se balanceaban los asesinos y otros culpables de delito mayor.

Cuando ocuparon su morada, los recién casados no se preocuparon de detalles tan ínfimos como éste. Los primeros días se pasaron en recibir visitas, cumplimientos, atenciones y, naturalmente, en endulzar su amor. Pero con el tiempo las noches se hicieron imposibles. Santiago era, como dice un historiador, «un jubón de azotes», porque era también una madriguera de ladrones. En esta forma el chasquido de los látigos llamados comúnmente bergas, porque el mejor cuero de España se fabricaba en Berga, provincia de Cataluña, se oía de noche y de día. Quizá mientras duraba el tránsito de las carretas por la calle del Rey, haciendo sonar sus llantas sobre el empedrado; el grito de los comerciantes ambulantes, la algazara de los muchachos que jugaban corriendo por entre los espinos de la plaza, para ir después a hacer aguas mayores y menores a la escala de la casa consistorial; todo el bullicio del corazón mismo de la capital apagaba el sonido de los latigazos y los ayes de los ajusticiados. Era sólo un ruido más y no se escuchaba, pero, en la noche, cuando tras la culminación del amor, viene el relajamiento, Juanita comenzaba a oír el ruido incansable del verdugo que azotaba a los delincuentes, y luego un raro sonido en la horca, como si hubiera un cuerpo colgado, bamboleándose al viento. La soga del lazo fatal crujía sobre el seco madero que hacía de travesaño.

Las primeras veces el señor de la Morandais tomó como un capricho infantil los ruegos de su amada; mas, cuando en el silencio nocturno comenzó a oír, con insistente persistencia, los horribles sonidos de que su mujer se quejaba, creyó que se había dejado impresionar. Valiente como era no podía creer en aparecidos, más propios de consejas de brujas o de mulatas decrépitas. Resuelto a aclarar la situación, esperó una noche, sin acostarse, a que se produjeran los inquietantes ruidos.

La ciudad estaba en calma y el silencio era tan ominoso que podía escucharse el runrunear del Mapocho sobre el pedrerío. El joven se caló la espada y agregó una pistola, convencido de que sólo hallaría un atado de pillastres en malas andanzas. Cada cierto tiempo, se escuchaba el grito del sereno que encendía las velas de los faroles y daba la hora. La luna apenas asomaba entre nube y nube, dando una claridad ocasional que formaba fantasmagóricas figuras con los espinos de la Plaza. De pronto, comenzó el sonar fatídico. Primero, el chac-chac de los latigazos, y luego el crinch-crinch del correón de la horca.

Juanita apretó la mano de su marido, y entre ambos cruzó esa especie de energía nerviosa precursora de cosas incomprensibles, de otro mundo quizá. El joven se ajustó los gregüescos, apretó las guarniciones y salió a la plaza. Caminó los pocos pasos que separaban su puerta del árbol de la justicia: ahí estaba el látigo manchado de sangre, tirado sobre el rollo y, cosa espantosa... se movía solo, como manejado por una mano de ultratumba que lo golpeaba contra el tronco.

-No puede ser -pensó el francés-, la imaginación me engaña -pero ahí estaba agitándose contra el leño. Y en el aire, la cuerda de la horca batiéndose al vaivén del viento, pero no lacia y floja como debería estar, sino tirante como si un gran peso colgara de ella, rechinando en cada movimiento.

Medio paralogizado, Briand regresó a su casa y antes de alcanzar la enorme manilla que abría el cerrojo del portalón, le detuvo una voz profunda:

-Buenas noches, vuesa merced -saludó el sereno-, ¿se os ofrece algo?

-No, buen hombre, sólo he salido porque oí ruidos en el árbol de la justicia.

-¡Ah, el crujido del lazo y el chasquido del látigo! ¿No es así?

-¡Sí! ¿Cómo lo sabéis?

-Pues ha de saber su merced que llevo treinta años en este oficio y hace treinta años que veo a los que murieron en la horca o en el rollo, que vienen aquí a jugar -respondió, bonachonamente, el guardián-. Es algo natural, no pueden alejarse.

-¡Pero por qué, decidlo! -urgió el muchacho.

-Mire su merced, son cosas de las que mejor no hay que hablar -sentenció el hombre, sacando del bolsillo una botella de aguardiente y echándose un largo trago al colete-. ¿Queréis vos? -pasó la botella al estupefacto caballero y sin esperar que éste la devolviera, continuó-: Hace más de cien años, según mandaba la costumbre, era verdugo un negro jetón llamado Sebastián. Esclavo, naturalmente, de un señor principal, don Robustiano de la Zaga. Los verdugos son pagados, vuesa merced ha de saber. Pero del salario de este infeliz, la mitad era para el secretario del Cabildo y la otra parte se dividía entre el esclavo y su amo. Don Robustiano estimó que si el negro le pertenecía, los servicios que éste prestara debían rentarle a él, y así se lo dijo al bembón. Pero como aquél protestara, porque tenía a su mujer enferma y necesitaba los pesos... ¿otro trago su señoría?... ¿dónde iba?... ah, sí, el

tonto jetón reclamó y su dueño le cortó, en castigo, aquellas partes que por respeto a Usía no se pueden nombrar.

-¡Qué infamia! ¡Eso es un crimen!

-¡Así es su merced! De acuerdo a una disposición del Rey Carlos V no se podía hacer eso a los negros cimarrones, y el que lo hiciese debía terminar en la horca. Así fue como el pobre esclavo, después que le pusieron unos carbones encendidos para contener la hemorragia, le juró ante Dios que pagaría su pecado y que sería él mismo el que lo ahorcaría.

-¡Pero apuráos, infeliz! ¿No véis que me tenéis en ascuas?

-¡Calma, Excelencia, u Eminencia o Usía! ¿Queréis otro trago? -el sereno ya había soltado la lengua con el aguardiente-. Como os iba diciendo, don Robustiano le cortó las partes pa'quedarse con la negra. Pero lo supo el gobernador Sotomayor, que era de armas tomar, y le condenó a la horca. Y fue el mismo negro el que lo ajustició. Desde entonces bailan todas las noches juntos en la cuerda de la horca... hic... mejor dicho el negro persigue a don Robustiano, y don Roba persigue al negro... Yo no sé, la cosa es que alguien persigue a alguien.

El joven no quiso oír más y regresó a su hogar. En cuanto llegó al dormitorio, le prometió a su mujer levantar otra casa en los alrededores, lejos de la plaza, donde pudieran embriagarse de amor sin la presencia de fantasmas indeseables.

Decidido a perpetuar su apellido, que más tarde se transformaría en Morandé, compró un solar en la calle que hoy lleva su nombre, donde actualmente se levanta el palacio de la Intendencia. Ubicado en las afueras de la ciudad, ocupaba casi toda la manzana, con huerto y viña.

Esta vez, el francés construyó un palacio. El frontis era espacioso, y su puerta, de gruesos tablones, tachonada con clavos de bronce fundidos en Bucalemo, al estilo vizcaíno, estaba bordeada por dos inmensas columnas de piedra canteada.

De acuerdo a la costumbre de la época, no faltaba en el amplio zaguán la teja vertical incrustada en el muro, a manera de cortina, para los caballeros a quienes la necesidad sorprendía en la calle.

El techo de tejas coloniales remataba en un hermoso mojinete que le confería un aire de elegancia. En ambos extremos se levantaba, a guisa de atalayas, dos altillos construidos con madera de canelo cortada al hacha en La Dehesa.

Fue así como se erigió en Santiago la segunda casa de dos pisos, lejos del chasquido aterrador del látigo del verdugo y del alarmante chirrido del lazo de la horca...

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo